

HARLEQUIN®

Deseo

HUIDA HACIA EL PARAÍSO

Anne Eames

Huida hacia el paraíso

Michael Phillips se había llevado una fuerte impresión al enterarse que era el hijo secreto de Malone, un rico cirujano de Montana. Y para mayor complicación parecía que su atractiva ayudante le ocultaba algo. Pero nunca habría esperado que fuera nada relacionado con un hijo…

Nicole Bedder, madre soltera, había tenido que ocultar a su hijo de todo el mundo, incluso del hombre al que amaba apasionadamente. Y no sabía si, una vez revelado su secreto, Michael sería capaz de querer a un hijo del que había ignorado su existencia…

Capítulo Uno

En una gasolinera situada al este de Livingston, Montana, a unos veinte kilómetros de Joeville, Nicole Bedder se acercó al espejo del cuarto de baño y gruñó frustrada. Una de las pestañas postizas que se había colocado con tanto esmero, estaba en ese momento en la yema de su dedo índice. Para colmo de males, le temblaban las manos de debilidad, pues habían pasado más de dieciocho horas desde la última vez que había comido.

Volvió a intentarlo, en aquella ocasión utilizando las pinzas. Con maña y esfuerzo, lo consiguió al segundo intento. Pestañeó un par de veces mientras buscaba el colorete en el bolso.

Una llamada a la puerta la sobresaltó.

—Ahora mismo salgo.

El pelo, que normalmente llevaba recogido en una cola de caballo, se lo había cardado y peinado con un estilo del que se habría sentido orgullosa la mismísima Dolly Parton. Aplicó una nueva capa de carmín a sus labios, asegurándose de que el lápiz sobrepasara las líneas perfectamente dibujadas de su boca.

Retrocedió para inspeccionar el resultado final. La falda vaquera no era tan corta como hubiera querido, ni el top suficientemente ajustado. Las prendas atrevidas nunca habían formado parte de su guardarropa, aunque, seguramente, desde ese mismo día iban a tener que empezar a hacerlo.

Se ajustó rápidamente el sujetador, haciendo asomar el inicio de sus senos por el escote del top, y caminó de lado a lado del servicio para echarse un último vistazo.

Era increíble, prácticamente no se reconocía.

Antes de dejarse llevar por el pánico, abrió la puerta. La señora que estaba esperando al otro lado, una mujer madura, gimió, la recorrió de la cabeza a los pies con la mirada y pasó por su lado con gesto indignado.

Nicole sintió en su interior la presión del terror y tuvo que dominarse para no gritar. Evidente, acababa de convencer a alguien de que era una mujer de mundo, ¿pero conseguiría engañar al propietario de Purple Palace?

Claro que sí. Lo único que tenía que hacer era meterse en el

papel, se recordó a sí misma. El día anterior, había decidido que no podía presentarse en un lugar como aquel con aspecto de bibliotecaria, con su triste pelo castaño recogido en una cola de caballo. No, tenía que proyectar una imagen que indicara que las actividades que se desarrollaban en aquel lugar no ofendían en absoluto su sensibilidad.

Miró hacia el cielo con los brazos en jarras y sacudió la cabeza. Las clases de teatro del instituto no la habían preparado para aquella representación. ¿Pero qué otra opción le quedaba? Rezó en silencio, llenó de aire sus pulmones y caminó a grandes zancadas hacia el surtidor de la gasolinera, intentando no tambalearse sobre los tacones.

El capó de su viejo Chevy estaba levantado. El mecánico se limpió las manos en un trapo lleno de grasa y miró dos veces en su dirección. Cuando cerró la boca, se dirigió hacia ella, fingiendo no haber notado su transformación.

—Hay un par de correas que están bastante viejas. No creo que duren mucho —tenía la mirada fija en el escote de Nicole y la joven deseó darle una bofetada que le hiciera levantar la cabeza. Pero optó por dirigirse a él con voz confiada.

—¿Cree que podrá recorrer otros cien kilómetros?

—Es difícil saberlo. Quizá sí, quizá no.

Nicole miró el marcador de la gasolina. Catorce dólares con setenta centavos. En el bolso llevaba poco más de quince.

—Supongo que tendré que probar suerte.

El mecánico inclinó la cabeza y continuó limpiándose las manos con una sonrisa con la que parecía querer dejar claro que aceptaría un trato más que encantado. Con manos temblorosas, Nicole sacó el dinero del bolso y se lo plantó en la mano.

—Como usted quiera, señora —el mecánico se encogió de hombros, regresó a la parte delantera del coche y cerró el motor.

A Nicole le entraban ganas de irse sin esperar a que le devolviera el cambio, pero veintidós centavos eran veintidós centavos. En cuanto el mecánico se los entregó, le dirigió una sonrisa radiante y salió de allí sintiendo cómo su nerviosismo disminuía por segundos.

Michael Phillips rió entre dientes mientras cabalgaba sobre su

único caballo, una vieja yegua llamada Mae. Su lento caminar iba a sumar media hora extra al trayecto hasta el rancho de su hermana, pero merecía la pena el retraso.

Estaba deseando ver la cara de Taylor cuando lo viera allí, en Montana, y supiera lo que había hecho. Si llegaba en la camioneta, Taylor lo oiría antes de que llegara y después de haber pasado meses planeando todo aquello en secreto, quería sacarle todo el jugo posible a aquel momento.

Se detuvo cuando el camino se dirigía hacia el Oeste y dejó que Mae mordisqueara unos arbustos mientras él inspeccionaba la propiedad de su hermana.

Allí estaba ella, sentada en la hierba, delante de aquella antigua granja que Michael no veía desde hacía siete años. El único cambio notable eran los dos pequeños que jugaban al lado de su hermana. Sintió un nudo en la garganta. Llevaba años deseando conocer a sus sobrinos y por fin estaba allí. Tiró de las riendas de Mae y la yegua se puso a trotar. Al cabo de un rato Michael se detuvo, ató la yegua a un árbol e hizo el resto del camino andando, sintiendo cómo la emoción aumentaba con cada uno de sus pasos.

Emily, la pequeña de dos años, fue la primera en verlo y salir corriendo hacia su madre. John, que pronto cumpliría seis años, dejó de jugar con su camión y se levantó.

—¿Mamá?

Taylor se volvió al oír a su hijo, se quitó una mancha de barro de la frente y estuvo a punto de caerse de espaldas al ver a su hermano.

—¡Michael!

Michael corrió hasta ella, la levantó en brazos y comenzó a dar vueltas.

—Hola, hermanita —para cuando la dejó en el suelo, ambos estaban ya llorando y riendo al mismo tiempo.

—¿Cuándo...? —Taylor miró a su alrededor—. ¿Y cómo has venido? —le rodeó el cuello con los brazos otra vez—. Oh, Michael. Cuánto me alegro de verte. ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

Emily y John se mantenían a una prudente distancia, detrás de su madre, sin comprender nada de lo que allí estaba pasando. Michael sonrió y les guiñó un ojo con gesto travieso.

—Bueno, con un poco de suerte... Yo diría que unos sesenta años

más o menos.

Taylor retrocedió un paso y lo miró boquiabierta. Era justo la reacción que Michael esperaba.

—He comprado Purple Palace.

—¿Qué tú qué?

—Lo que has oído. He comprado Purple Palace y me he quedado con la vieja Mae.

—¿Mae?

—Sí, el único caballo que tenían.

—Déjame ver si lo he entendido. Has vendido el negocio de la familia —Michael asintió—. Y has comprado Purple Palace —asintió otra vez—. Y piensas… —hizo un rápido movimiento con la mano.

—Poner en funcionamiento ese lugar.

—Ponerlo a funcionar como… —miró por encima del hombro y al ver a los niños decidió no terminar la frase, pero frunció significativamente el ceño.

Había llegado el momento de acabar con los malentendidos.

—Quiero restaurarlo. Es un lugar antiguo, suficientemente viejo para convertirse en monumento histórico.

—¿Y… las chicas?

—También he comprado su parte. Y se han ido en busca de mejores pastos.

Taylor esbozó una enorme sonrisa que no tardó en transformarse en una carcajada.

En cuanto los adultos se recuperaron de sus risas, los niños se acercaron a conocer al tío Mike. Entraron todos juntos a la casa y estuvieron poniéndose al día de lo ocurrido durante aquellos años de separación.

La pintura roja de la fachada estaba levantada por algunas partes, pero Nicole tenía que admitir que aquella vieja edificación tenía mucho encanto. Si no fuera por…

Suspiró nerviosa y miró a través de una ventana. Había llamado con tanta fuerza como para despertar a un muerto, pero nadie le había abierto. ¿Estaría todo el mundo durmiendo, descansando para enfrentarse a una agitada noche de trabajo? ¿O el miércoles sería su día libre?

Sentía que el estómago se le encogía y no creía que fuera por hambre. ¿Cómo iba a trabajar ella en un lugar como aquel? Volvió a recordarse que no tenía otra opción. Además, solo se presentaba para el puesto de “ayudante”, fuera lo que fuera lo que eso significara: ¿hacer de camarera quizá? ¿Limpiar los ceniceros? ¿Lavar la ropa interior? Arrugó la nariz.

No importaba. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa. Tenía que estarlo.

Aunque le habría gustado saber algo más sobre aquel trabajo. Lo poco que sabía lo había averiguado el día anterior en una cafetería. Acababa de pedir un trozo de tarta y un vaso de agua y estaba esperando a que alguien se dejara olvidado un periódico para poder ojear la sección de empleo. Pero antes de poder mirar una sola página, los dos ocupantes de la mesa más cercana a la suya habían comenzado a reír a carcajadas al leer un anuncio de Purple Palace en el que se solicitaba un ayudante. El anuncio añadía que no se necesitaba experiencia.

—Me pregunto qué tipo de ayuda pueden requerir allí —había comentado uno de ellos.

En ese mismo momento, Nicole había decidido que ella haría lo que hiciera falta. Aunque cada vez que pensaba en ello, sintiera que el pulso se le aceleraba.

¿Qué ocurriría si las chicas que allí trabajaban... se sentían más seguras cuando pensaban que alguien las estaba ayudando? ¿Podía un ayudante ser...?

¡No! No podía ser eso. Tenía que ser otra cosa. Y saberlo exactamente parecía irrelevante, teniendo en cuenta las pocas opciones que tenía y sus muchas responsabilidades.

Continuaba sin haber dentro ningún movimiento. Nicole rodeó el porche y se fijó por vez primera en un columpio de mimbre que había cerca de otra de las entradas. Se sentó en él y se meció lentamente, escuchando el crujido del mimbre y pensando cuántas historias podría contar aquel columpio si pudiera...

Oyó los cascos y el relinchar de un caballo al otro lado de la casa y se levantó de un salto. Había dejado el coche cerca de la entrada principal. Quien quiera que se estuviera acercando, tenía que haberlo visto y estaría buscándola.

Resignada a enfrentarse al destino, irguió los hombros y alzó la

barbilla. Mientras rodeaba el porche, añadió un sinuoso balanceo a sus caderas, con el que pensaba que terminaba de caracterizar perfectamente su personaje.

Hasta que sintió que se doblaba uno de los tacones de los zapatos.

Un atractivo vaquero estaba desmontando de su caballo. Nicole intentó colocarse el tacón sin ningún éxito y soltó una carcajada nerviosa. El vaquero, con los brazos en jarras, la miraba con atención. Nicole continuó caminando… Y entonces oyó el débil crujido con el que el tacón decidía separarse definitivamente del zapato.

"Improvisa", se dijo, tenía que conservar el sentido del humor. Así que, haciendo uso de su escasa experiencia teatral, cojeó hacia él, decidida a hacer alguna broma con la que romper el hielo. Porque la actitud de aquel tipo era, definitivamente, glacial.

Sonrió tímidamente, como si quisiera decirle que esas cosas ocurrían constantemente. Él se cruzó de brazos y se limitó a permanecer donde estaba, mirándola fijamente.

—Bueno, por lo menos conservo parte del zapato —comentó Nicole exasperada, intentando mantener la sonrisa mientras le pedía al cielo que la ayudara.

¿Qué demonios le ocurría aquel tipo? A lo mejor la estaba poniendo a prueba. Sí, tenía que ser eso.

Nicole se detuvo frente a él y le tendió la mano.

—Me llamo Nicole. Y he venido… por lo del anuncio.

El vaquero le miró la mano como si estuviera considerando las posibilidades que tenía de contaminarse en el caso de que se la estrechara.

—¿Nicole qué?

—Nicole Bedder.

El vaquero le estrechó la mano con desgana.

—Yo soy Michael Phillips, el propietario de este lugar —"y no sé qué demonios está haciendo usted aquí", parecía estar añadiendo con la mirada.

—Espere un minuto. Así que el propietario de este lugar es un… —estaba empezando a dejarse llevar por los nervios, pero consiguió recuperar la calma. Sonrió de nuevo y dijo con una voz dulce como la miel—. Bueno, está bien. Ya sabemos lo de la igualdad de

derechos y todo eso... En cualquier caso, quiero que sepa que estoy dispuesta a empezar cuanto antes.

Michael se echó para atrás el sombrero y la miró con incredulidad. Nicole no retrocedió. Pero después de lo que le pareció el más embarazoso silencio de la época, decidió ser ella la que hablara primero.

—Entonces... ¿He conseguido el empleo?

Capítulo Dos

Cuando se helara el infierno, pensó Michael.

—No sé en qué tipo de trabajo está pensando usted, pero yo necesito un ayudante, no una...

—Yo puedo ayudarlo —lo interrumpió Nicole.

—No, lo siento. No es una persona como usted lo que estoy buscando —se volvió y comenzó a caminar hacia la puerta.

Nicole lo siguió pisándole los talones.

—¿Cómo lo sabe? No me ha hecho ni una sola pregunta, no sabe nada de mí.

Michael continuó caminando, esperando que Nicole renunciara a seguirlo. Pero Nicole no estaba dispuesta a rendirse.

—Para empezar —explicó Michael—, necesito un hombre —se volvió al ver que la candidata al puesto no respondía. Y la descubrió con los ojos abiertos como platos.

—¿Un hombre? ¿Aquí?

—Sí, un hombre.

—Espere un minuto. ¿No cree que ese es un caso de discriminación sexual?

Michael arqueó una ceja antes de volverse y comenzar a subir los escalones del porche.

—Solo si está dispuesta a contratar un abogado y llevarme ajuicio —y dudaba mucho de que una mujer como aquella estuviera dispuesta a acercarse por el juzgado, por lo menos voluntariamente.

Michael estaba ya casi en la puerta cuando oyó un ruido tras él. Se volvió y descubrió a la joven tumbada en el suelo. Con dos grandes zancadas, se acercó hasta ella y se arrodilló a su lado.

—¿Señora Bedder? —la observó y esperó, deseando que aquel no fuera un último intento por ganarse su compasión. La tocó el brazo—. ¿Señora Bedder?

Fuera fingido o no aquel desmayo, no podía dejarla allí. Así que la levantó en brazos, sorprendiéndose de la liviandad de su peso. Al verla de cerca, pudo advertir la palidez de sus mejillas y por un momento, casi la compadeció.

La llevó hasta la puerta, que empujó con el hombro justo en el momento en el que ella comenzaba a abrir los ojos. La joven lo miró con una expresión de sorpresa a la que siguió un gesto de

indignación.

—¿Qué cree usted que está haciendo? ¡Bájeme inmediatamente!

A Michael se le ocurrió dejarla caer al suelo, pero no lo hizo. Entró en la casa, continuó caminando hasta el sofá y allí la dejó. Al ver la extraña posición en la que había quedado una de las pestañas postizas de la joven, no pudo evitar una sonrisa.

—¿Qué es lo que le parece tan divertido?

Michael se señaló su propio ojo. Nicole se quitó inmediatamente la pestaña y la metió en el bolsillo de la falda. Michael borró la sonrisa de su rostro y se dirigió hacia la cocina.

—¿A dónde va?

—A traerle un vaso de agua —se detuvo y la miró por encima del hombro—. ¿O prefiere algo más fuerte?

—Preferiría… —comenzó a enderezarse, pero se derrumbó nuevamente en el sofá.

Michael la observó y esperó. Definitivamente, aquella mujer no estaba bien.

Nicole se quitó la otra pestaña postiza y se quedó mirándolo fijamente durante largo rato. De pronto parecía una mujer diferente, mucho más vulnerable. Maldita fuera. Esperaba que no se pusiera a llorar. Porque odiaba que las mujeres lloraran.

Sin pensarlo siquiera le preguntó:

—¿Cuándo ha comido por última vez?

Nicole alzó la cabeza, dejando que volviera a aparecer la primera mujer que Michael había conocido.

—Oh, estoy a dieta, eso es todo.

Si algo había aprendido Michael durante los últimos dos años había sido reconocer a una mujer cuando mentía. Una ráfaga de imágenes de otra mujer y otro lugar acudió a su mente. Pero inmediatamente las rechazó.

—Mire, yo todavía no he almorzado. ¿Quiere comer conmigo? —preguntó sin pensar.

A Nicole se le iluminó el semblante y se enderezó.

Michael se maldijo por haber cometido la estupidez de invitarla a quedarse a cenar. En ese momento sonó el teléfono y Michael corrió a la cocina.

Nicole tomó aire y caminó descalza hasta la cocina, donde

descubrió a Michael sujetando con una mano la puerta del refrigerador y con la otra el teléfono.

—Sí —estaba diciéndole a su interlocutor—, todavía está vacante el puesto.

Nicole le dio un suave codazo para que se apartara y sacó lechuga, tomates, mayonesa, embutidos y pepinillos en salmuera del refrigerador. Lo colocó todo en uno de los mostradores de la cocina y buscó la despensa. Allí encontró pan y patatas fritas que llevó también a la mesa.

—¿Tiene herramientas propias? —preguntó Michael.

¿Herramientas? Nicole estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿A qué tipo de herramientas se referiría? ¿Esposas? ¿Cuero negro?, se preguntó mientras extendía la mayonesa en el pan.

—No, no son imprescindibles. Solo era una pregunta. ¿Y tiene alguna experiencia en carpintería o restauración?

Nicole se detuvo al instante. ¿Carpintería?

Se quedó completamente paralizada. Mientras revivía con pelos y señales la conversación que había mantenido con Michael, sentía cómo iba ruborizándose. Miró a su alrededor. Todo hacía pensar que aquel lugar estaba en proceso de remodelación. Y no había en él ni rastro de aquellas chicas de las que tantas historias subidas de tono había oído en Livingston.

—Lo siento, supongo que debería haber indicado la forma de llegar hasta aquí —le oyó decir a Michael—. Tiene razón. Sí, bueno, que tenga suerte.

Nicole lo oyó colgar el teléfono, pero continuó de espaldas a él, preguntándose cómo iba a empezar a explicarle su error en el caso de que se atreviera a hacerlo. Cortó los sándwiches en diagonal y colocó uno en cada plato. Añadió patatas fritas, pepinillos y llevó los platos a la mesa que había delante de la ventana.

Antes de que Michael se hubiera reunido con ella, Nicole ya se había terminado una de las mitades de su sándwich y la mayor parte de las patatas. Michael la miraba fascinado por la voracidad de su apetito.

—¿Se supone que está siguiendo alguna clase de dieta para engordar?

Nicole continuó comiendo sin mirarlo, completamente

concentrada en el asunto que se traía entre manos. Cuando terminó el contenido de su plato, cerró los ojos, como si estuviera disfrutando del momento.

Michael tomó su sándwich, aunque había perdido el apetito al darse cuenta de que se había convertido en la presa de aquella desafortunada criatura. Era evidente que llevaba hambrienta mucho tiempo. Lo que quería decir que no tenía un centavo y que no podía rechazarla como le hubiera gustado hacerlo.

Y lo que más lo fastidiaba era que ni siquiera estaba seguro de que quisiera rechazarla. En aquella mujer había algo que escapaba a la mirada. Pasaba de parecer coqueta y confiada a convertirse en un gatito indefenso.

—¿No se va a comer eso? —Nicole tenía la mirada fija en el plato de Michael. Michael se lo tendió.

—¿En qué otros lugares ha intentado buscar trabajo?

—En todos —se terminó los pepinillos en tres eficientes bocados, llevó los platos al fregadero, los fregó y a continuación limpió el mostrador. Parecía haber estado haciendo eso durante toda su vida.

Cuando terminó, se puso frente a él con los brazos en jarras.

—Bueno, sé manejar un martillo como el mejor. Pintar, empapelar, lo que sea...

—¿Y ha considerado la posibilidad de trabajar como cocinera en vez de..?

Nicole se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada. Parecía haberle ofendido la sugerencia de que había ido allí buscando algo que no fuera ser la ayudante del carpintero.

—Necesito trabajo, alojamiento y comida —era más una declaración que una petición.

Que el cielo lo ayudara. Aquella mujer iba a quedarse en su casa. Sus entrañas se lo dijeron antes de que las palabras hubieran cobrado forma en su cabeza. Se acercó a la despensa y comenzó a buscar en su interior.

—¿Qué está haciendo?

—Buscar el antiácido.

—¿Alguna vez ha probado a reírse? Dicen que es un buen antídoto contra el ardor de estómago.

—¿Qué se supone que quiere decir con eso?

Nicole inclinó la cabeza de un modo adorable y dijo:

—Deberías relajarte un poco, Michael. Mira ese ceño que tienes en la frente.

¿Desde cuándo había decidido tutearlo? ¿Y cuándo había cambiado su voz? Volvía a parecerle una persona diferente. Y aunque no entendía muy bien lo que estaba ocurriendo allí, Michael sí sabía que lo mejor era hacerse cargo inmediatamente de la situación.

—Mira, Nic... señorita Bedder. Puede quedarse aquí unos días y cocinar... a cambio de alojamiento y comida —Nicole lo miraba atentamente, como si estuviera intentando calibrar sus intenciones, algo que le parecía extraño en una mujer que estaba dispuesta a vender su cuerpo a cualquier desconocido.

Había algo allí que no terminaba de cuadrar. Pero de momento no importaba. Lo único que quería era dejar las cosas perfectamente claras.

—Pero solo serán unos días, hasta que encuentre trabajo en otra parte. ¿De acuerdo?

Una lenta sonrisa asomó a los labios llenos de Nicole, dejando al descubierto unos dientes blancos y perfectos.

—De acuerdo.

Nicole fue corriendo hasta su desvencijado coche y una vez allí, se volvió para contemplar aquella mansión victoriana. Parecía una vieja dama, pensó, antes de volverse hacia su coche.

Iba a quedarse allí, pensó. Y no solo durante unos días. Convencería a aquel vaquero de que era la persona ideal para el trabajo. Jamás la había asustado el trabajo duro y después de unas cuantas comidas, recuperaría las fuerzas.

Sacó su equipaje del coche y se puso sus sandalias. Se colocó la bolsa al hombro y se permitió un momento de optimismo. Quizá aquello se convirtiera en algo más que un medio para conseguir un fin. Quizá no debería limitarse a ahorrar algún dinero y marcharse se allí. Aquel lugar podía ser perfecto para...

Pero estaba yendo demasiado lejos. Cada cosa a su debido tiempo, se dijo.

Cuando llegó a la parte trasera de la casa, vio a Michael en el marco de la puerta, esperándola sin mover un músculo. Nicole intentó caminar hacia él recuperando al personaje con el que había

llegado hasta allí, pero ya no era capaz de seguir coqueteando. Había ocurrido algo durante su desmayo que le impedía seguir representando aquel personaje. Había habido algo en la forma en la que él la había llevado al interior de la casa que la había hecho sentirse...

Acortó la distancia que había entre ellos, decidida a concentrarse en el presente. Michael le sostuvo la puerta. Al pasar por delante de él, la joven percibió la fragancia de su loción y se movió rápidamente, sintiéndose repentinamente incómoda.

Michael le tomó la bolsa y le dijo:

—Sígueme.

Cruzaron las puertas que conducían a la zona oeste de la casa. Al llegar a la primera habitación, Michael retrocedió y le señaló el interior con un gesto.

—Este será tu dormitorio.

Había un brillo de diversión en sus ojos que la confundió. Hasta que se asomó a la puerta y se quedó completamente helada.

—La propietaria anterior tenía un hijo. Y el resto de los dormitorios todavía hay que arreglarlos, así que supongo que este es el que más te conviene.

Frente a ella, tenía la habitación de un niño, decorada en colores azul, rojo y blanco, con una cama con forma de coche de carreras. Retrocedió involuntariamente y al hacerlo chocó contra el pecho de Michael, pero él no se movió. Al contrario, la agarró por los hombros y la sujetó con firmeza.

—Supongo que no vas a intentar pasar por encima de mí.

Nicole cerró los ojos y tomó aire. Fue entonces cuando advirtió que Michael continuaba con las manos posadas en sus hombros; unas manos cálidas y sorprendentemente delicadas. Se volvió rápidamente, interrumpiendo aquel contacto.

—No... Por supuesto que no.

Michael la miró con expresión de incredulidad.

—Ven, te enseñaré todo lo demás.

Nicole se encontraba cuidadosamente sentada en la cama con forma de bólido, con el rostro enterrado entre las manos y preguntándose cómo podía ser tan cruel el destino para condenarla a vivir en una habitación como aquella.

¡No! Se levantó de un salto y se acercó a la ventana. No podía permitirse el lujo de la autocompasión. Tenía un trabajo que hacer, tenía que ganar dinero. Había gente que la necesitaba.

Sin demasiada convicción, intentó apartar su dolor y mirar a su alrededor con más objetividad. Era evidente que ese espacio había sido ocupado por un niño. ¿Pero por qué? Aquel era un lugar extraño para educar a un niño. Al igual que le había ocurrido con el columpio de mimbre, deseó que las paredes pudieran hablar. Aunque, quizá fuera mejor que no lo hicieran. No le iba a servir de nada almacenar otra historia triste más.

Colocó la bolsa con su equipaje en la cama y comenzó a guardar su exiguo equipaje. Cuando sacó el álbum de fotos, estuvo pensando si debía guardarlo en el cajón de la mesilla de noche o en el del escritorio. Optó por el segundo. Era menos probable que alguien fuera a mirar allí.

Abrió lentamente el cajón. En su interior encontró varios recortables y lápices de colores y volvió a sentir el corazón en la garganta. Rápidamente, escondió el álbum y cerró el cajón. Deseaba, más que nada en el mundo, ponerse a mirar sus apreciadas fotos, pero el día ya había sido suficientemente largo y difícil. Se desnudó y se metió en la ducha, dándose tiempo para refrescarse y recuperar el optimismo.

Una vez fuera, rezó para dar gracias a Dios. Por fin había encontrado un puerto seguro. Y, con un poco de suerte, quizá también algo más.

A pesar de las llamadas que Michael había recibido, ninguna se había materializado en nada. Los materiales de construcción parecían estar desafiándolo a comenzar solo. Y tendría que hacerlo, pero no aquel día. Miró el reloj: ya había llegado la hora de salir hacia casa de Taylor.

Tomó las llaves de la camioneta y sacó la botella de vino que había dejado en el refrigerador. Al salir de la cocina, se detuvo al ver a Nicole saliendo de la sala. Se había peinado el pelo con una sencilla cola de caballo y en su rostro no quedaba ni una gota de maquillaje. Si no la conociera mejor, habría dicho que se trataba de otra persona. También era diferente su actitud cuando se acercó a él.

—¿A qué hora te gusta cenar? —le preguntó, casi con timidez.

—Bueno, esta noche ceno fuera —y el refrigerador estaba prácticamente vacío. Debería haber pensado antes en ello.

—Oh —de pronto Nicole no sabía hacia dónde mirar.

—Supongo que debería decirte que esta noche comieras lo que te apeteciera, pero no hay mucho donde elegir —pensó un momento y se le ocurrió una idea—. Pero puedo darte algún dinero para que vayas a comprar algo al pueblo.

—Hum... ¿no podría esperar hasta mañana para usar tu camioneta? —y añadió precipitadamente—. Caben muchas más cosas que en la mía.

—Pues la verdad es que no. La parte de atrás está llena de herramientas y...

Nicole bajó la mirada.

—No estoy segura de tener suficiente gasolina.

Michael advirtió incómodo su embarazo. Le resultaba mucho más fácil enfrentarse a la joven descarada y coqueta que al principio había conocido. Se pasó la mano por el pelo, intentando disimular su frustración.

—Nicole. Voy a ir a cenar a casa de mi hermana, vive aquí al lado. ¿Quieres venir conmigo? Podemos dejar lo de la gasolina y la comida para mañana.

—Oh, no podría...

Michael cruzó la habitación y la agarró del brazo.

—Insisto —la miró a los ojos—. Confía en mí.

Capítulo Tres

El miedo que le inspiraba a Nicole acudir a una cena a la que no había sido invitada se disipó en cuanto Taylor y Josh le dieron la bienvenida. Ella había oído muchas cosas sobre la dinastía de los Malone. Sabía que Max Malone había sido un legendario cirujano y que sus tres hijos con sus respectivas esposas vivían en un inmenso rancho situado a la sombra de las montañas McJoe. Pero nunca se le había ocurrido pensar que Purple Palace estuviera cerca de allí. Ni que podía haber algún tipo de relación entre los propietarios de ambos ranchos.

Mientras Josh y Michael se tomaban una cerveza, Taylor le estuvo enseñando la casa a Nicole. Si esta no hubiera sabido el dinero que tenía aquella familia, jamás lo habría imaginado por el aspecto de la casa, amueblada con acogedora sencillez.

Estaban bajando las dos mujeres del piso de arriba cuando los pequeños entraron corriendo en la cocina. La más pequeña, al intentar seguir a su hermano, tropezó en la alfombra y se cayó de bruces.

Nicole corrió instintivamente hacia ella, se arrodilló a su lado y la levantó. La niña pareció asustarse al ver a una desconocida tan cerca de ella. En cuanto vio que comenzaba a hacer pucheros, Nicole la sentó en su regazo.

—Me llamo Nicole, ¿y tú cómo te llamas?

La niña la miró tímidamente y le enseñó la mano, levantando únicamente dos deditos.

—¡Tienes dos años! Estás muy alta para tener dos años.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de la niña. Era una pequeña rubia y con los ojos azules idénticos a los de su madre.

—Em...i... ly —añadió la niña.

—¿Te llamas Emily? —la niña asintió con tanta vehemencia que estuvo a punto de caerse otra vez—. Qué nombre tan bonito.

El hermano mayor se reunió con ellas en el suelo.

—Yo me llamo John. Mi abuelo también se llamaba John, pero ahora está muerto.

Nicole contuvo una risa. El candor de los niños siempre le había encantado. Dios santo, cuánto echaba de menos todo aquello. Miró a John y tragó saliva. ¿Aquello sería una bendición o un castigo? ¿Podrían aquellos niños ayudarla a mitigar su dolor? ¿O impedirían

que cicatrizaran de una vez por todas sus heridas?

John le tendió su libreta de dibujos y Nicole dejó de pensar en sí misma. Con una sonrisa, observó sus rostros expectantes y abrió la libreta.

Michael no podía apartar los ojos de Nicole. ¿Quién era aquella mujer que jugaba con tanta facilidad con los niños cuando se suponía que debía de ser lo menos maternal del mundo? Se apoyó contra el marco de la puerta y dio un trago a su botella. Quizá no se dedicara a la prostitución, después de todo. Pero entonces, ¿por qué diablos había ido a Purple Palace?

Unos mechones de pelo escapaban de su cola de caballo y caían suavemente sobre aquellos ojos castaños que parecían demasiado grandes para un rostro tan fino. Recordó cómo lo había mirado cuando lo había descubierto llevándola al interior de la casa. Evocó la ligereza de su cuerpo, aquella sensación de total vulnerabilidad...

—Es muy natural, ¿verdad? —susurró Taylor.

Michael se volvió sorprendido al oír la voz de su hermana.

—Sí, eso parece.

—Me has sorprendido, hermanito —añadió Taylor con una sonrisa.

—¿Por qué?

—Por haber contratado a una mujer como ayudante.

Michael se volvió hacia Taylor y entró en la cocina.

—Espera un momento. Yo he dicho que ha venido a buscar trabajo, no que la haya contratado.

Taylor lo miró con incredulidad.

—De verdad. Está sin dinero y hambrienta, así que le he dicho que podía quedarse para encargarse de la cocina, pero solo durante unos días.

—Ya veremos.

—Claro que lo veremos.

Pero su hermana todavía no había dicho la última palabra.

—Todavía no puedo creer que mi hermano, el cínico, que piensa que todas las mujeres mienten con la misma facilidad que respiran haya...

Michael la agarró de la muñeca.

—Todas las mujeres no. No creo que tú mientas.

—Y tampoco mamá.

Michael la soltó la muñeca.

—Ahora, no, Taylor.

—¿Entonces cuándo?

Josh entró en ese momento en la cocina y al verlos se interrumpió bruscamente.

—¿Interrumpo algo?

Michael dejó la botella de cerveza vacía encima del mostrador.

—Simplemente tu mujer está metiendo la nariz donde no le importa —inmediatamente se arrepintió de sus palabras y se acercó a su hermana—. Pero tiene una nariz preciosa —añadió, intentando arreglarlo—. Lo siento, hermanita.

Taylor le dio un enorme abrazo, pero Michael advirtió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Yo también.

Josh se abrió otra botella de cerveza y preguntó:

—Bueno, ahora que ya está todo arreglado, ¿por qué no comemos?

En la mesa había más comida de la que Nicole había visto en todos esos meses. Ni siquiera cuando tenía el apartamento y su pequeño negocio en Denver podía permitirse un lujo como aquel.

Pero a pesar de lo delicioso que estaba todo, era tan consciente de la presencia de Michael, que apenas probó la comida. Sentía el aroma de su loción, el roce de su piel. Y había pasado tanto tiempo desde...

—¿Nicole?

Nicole alzó la mirada sobresaltada.

—Lo siento... Creo que estaba tan concentrada en la comida que no he oído la pregunta.

—Taylor estaba preguntándote que de dónde eres —repitió Michael.

—Oh, soy de... Delaware.

Michael la miró dubitativo.

—¿De verdad? ¿Y cómo has acabado en Montana?

Nicole se encogió de hombros.

—Siempre he querido conocer el Oeste.

—Yo también —Taylor le sonrió desde el otro extremo de la mesa—. Mi madre nació aquí, pero yo crecí en Michigan. Vine aquí

a estudiar.

Agradecida por aquel cambio de tema, Nicole continuó la conversación.

—¿Fue entonces cuando conociste a Josh?

Josh soltó una carcajada.

—Si hubiera sabido la reputación que yo tenía entonces, jamás habría aceptado salir conmigo. Supongo que en aquella época me consideraban un mujeriego.

—¿Supones?

Nicole observó su cruce de miradas y vio un inmenso amor en sus rostros que le llegó directamente al corazón. No sabía si era envidia, tristeza o simplemente la sensación de haber perdido su oportunidad para el amor. Pero el caso era que le dolía mirarlos.

—En realidad nos conocimos porque yo fui la fisioterapeuta de Josh. Tuvo un pequeño problema en el hombro e insistió en que yo lo tratara. En aquella época yo trabajaba con el padre de Josh. Tenía una clínica en el mismo rancho.

—¿Y ahora no echas de menos tu trabajo?

Taylor miró a su marido antes de contestar.

—Es curioso que lo preguntes, porque últimamente hemos estado hablando de la posibilidad de que vuelva a trabajar, pero antes tenemos que resolver el problema de la niñera. Savannah y Jenny ya tienen suficiente con sus propios hijos y el trabajo del rancho. No puedo pedirles... —dejó de hablar repentinamente, y miró a Nicole como si estuviera viéndola por primera vez. Inmediatamente desvió la mirada hacia Michael—. ¡Ay! —exclamó.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó John.

Taylor fulminó a su hermano con la mirada.

—Nada, cariño. Solo ha sido un pequeño calambre en la pierna.

Josh, comprendiendo que la conversación amenazaba con convertirse en problemática, cambió de tema.

Cuando llegó el postre, una impresionante tarta de chocolate, Taylor se volvió hacia su hermano y le preguntó:

—Habíamos de los planes que tienes, Michael. Antes me has comentado que estabas esperando unas maderas.

Michael cortó un par de trozos de tarta para los niños mientras les explicaba sus proyectos.

—No voy a tener mucho tiempo libre —comentó Josh—, pero si

necesitas ayuda, dímelo.

—¿Y qué me dices de Billy? —sugirió Taylor—. Ya ha cumplido dieciséis años y es muy mañoso. A lo mejor él tiene tiempo.

—Lo tendré en cuenta.

—Me encantaría poder hacerlo yo. Ya sabes cuánto me gusta la carpintería —dijo Josh.

—Sí, recuerdo que mi padre y yo tuvimos que hacer un recorrido por todas tus obras artesanales antes de esa fiesta del Cuatro de Julio.

Josh sonrió.

—Menuda fiesta aquella, ¿eh? Yo había preparado todo ese plan, para proponerle matrimonio a Taylor en el momento de los fuegos artificiales. Y justo entonces Jenny se puso de parto. Menos mal que pude llevarla al hospital antes de que nacieran los gemelos. Y gracias a Dios, Max iba en el avión con nosotros. El…

Nicole advirtió que Michael palidecía. Josh se calló de pronto, parecía no saber hacia dónde mirar. Ambos hombres tomaron el tenedor y continuaron comiendo en incómodo silencio. Nicole los miraba alternativamente, intentando comprender lo ocurrido. Había ocurrido algo en aquella fiesta, eso era evidente. ¿Pero qué?

Al final, Taylor dijo, con voz ligeramente temblorosa:

—¿Y después de restaurar la mansión, qué piensas hacer con ese lugar?

Michael tardó en contestar. Parecía distraído.

—Creo que montaré un alojamiento. No hay un lugar en el que dormir en kilómetros a la redonda, así que he pensado que el próximo propietario podía dedicarse a ello.

—¿El próximo propietario? —preguntó Taylor—. Yo pensaba que ibas a quedarte.

—Y pienso hacerlo. ¿Pero me imaginas a mí de hostelero? —rió —. En cuanto haya terminado la restauración, buscaré trabajo y un lugar donde vivir.

—Pero cerca de aquí, ¿no? —preguntó Taylor, todavía preocupada.

Michael empujó su silla y se levantó.

—No te preocupes, hermanita. Ese es exactamente el plan.

Los dos hombres se ofrecieron a lavar los platos mientras las mujeres salían con los niños al jardín. Nicole siguió a Taylor al

porche y se sentó en el último escalón. Observó junto a la hermana de Michael la puesta de sol y suspiró satisfecha.

—Es impresionante, ¿verdad? —le comentó Taylor.

—Sí, lo es —al cabo de un momento, añadió—: Gracias por la cena. Hacía tiempo que no comía tan bien.

Taylor se enderezó, apoyó los codos en las rodillas y la miró fijamente.

—Se te dan muy bien los niños, tienes experiencia con ellos, ¿verdad?

Nicole solo vaciló un segundo antes de contestar:

—Sí.

—¿Y podría conseguir referencias sobre ti?

La emoción y la esperanza la invadían. ¿Podía? Seguro que las madres a las que había ayudado podían recomendarla, pero no podía pedir que le enviaran correspondencia sin correr el riesgo de que la localizaran. Recordó entonces la oficina de correos que había visto el día anterior, al lado de la cafetería en la que se había enterado de que ofrecían un puesto de trabajo en Purple Palace.

—Tardaré una semana o dos, pero estoy segura de que podré conseguirlas.

—¿Y no te importa mantener esto entre nosotras hasta entonces?

—No, en absoluto.

Después de aquella conversación, estuvieron mirando a los niños jugar, sin decir muchas cosas más, pero Nicole sabía que ya tenía su primera amiga en Joeville. Por un momento, pensó en preguntarle qué había ocurrido en aquella fiesta de la que Josh había hablado, pero no quería ser curiosa.

Aun así, cuanto más conocía a Michael, más segura estaba de que ella no era la única que tenía cosas que ocultar.

Capítulo Cuatro

Michael dejó caer la plomada al lado del marco de la puerta del baño. El aroma del beicon inundaba la casa y la imagen de Nicole parecía haberse apoderado de su mente. Habían pasado siete años desde que había muerto su madre, y hasta esa misma mañana, no había sido consciente de cuánto echaba de menos la presencia de una mujer en su vida.

Maldita fuera. Tenía que tener cuidado. En menos de una semana o dos, Nicole se habría ido. Y haría bien en recordarlo.

Alineó el marco de la puerta con la plomada y se agachó para recoger el hilo.

—¿Quieres otra taza?

Miró por encima del hombro y vio a Nicole tras él con la cafetera en la mano. Michael levantó su taza y ella se la llenó con una sonrisa. No quedaba en ella el menor rastro de la mujer que había conocido el día anterior. ¿Cuál sería la verdadera Nicole?

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Nicole. Parecía sincera.

—No, gracias. El desayuno estaba magnífico —bebió un sorbo de café y añadió—: Y el café también, gracias —maldijo en silencio. ¿Por qué tenía que sentirse incómodo cuando aquella mujer estaba cerca? Se sentía torpe y enorme al lado de su esbelta figura.

Y qué figura, pensó, dejando la taza en el suelo y volviendo a su trabajo. Su camiseta, aunque no era excesivamente ajustada, no conseguía esconder la generosidad de sus curvas. Aquel día, con vaqueros, estaba mucho más atractiva que el día anterior con la minifalda. Oh, diablos, estaba dejando que fuera su libido la que hablara. Aquello era una estupidez.

—Estoy preparando un sopa. Y... bueno, estaba pensando que quizá podría ir hoy de compras, a no ser que me necesites aquí...

En realidad Michael estaba loco porque se marchara.

—Puedes llevarte la camioneta si quieres. Las llaves están colgadas al lado de la puerta —empezó a golpear un clavo con el martillo. Se negaba a mirarla a los ojos.

—¿Podrías vigilar la sopa mientras estoy fuera?

—Claro.

—Para la hora de comer ya estará hecha. También hay un poco de pan en el horno. Eh... Tengo unos asuntos personales de los que ocuparme en el pueblo, así que probablemente no vuelva hasta la

hora de la cena. ¿Te parece bien?

—Claro, tómate todo el tiempo que quieras.

—Bueno, entonces...

Continuaba allí quieta. Su perfume estaba haciendo estragos en Michael. ¿A qué demonios estaba esperando? Justo entonces lo comprendió: necesitaba dinero para hacer las compras. Michael se levantó, sacó dinero de su bolsillo y se lo tendió.

—¿Crees que tendrás suficiente?

—De sobra, estoy segura —lo miró con el alma en los ojos. En aquella ocasión, Michael no pudo desviar la mirada—. Gracias por todo, Michael.

Michael sintió el calor del rubor en el cuello y volvió inmediatamente a su trabajo.

—Hasta luego.

La oyó alejarse y se obligó a no mirar por encima del hombro. No quería volver a ver el suave balanceo de sus caderas ni la curva en la que terminaba su espalda. Soltó aire. Era una suerte que tuviera que pasar todo el día fuera. Él tenía muchas cosas que hacer.

Sí, se regañó, mientras daba un nuevo trago a su café. Tenía que sacarse a Nicole de la cabeza y concentrarse en su trabajo.

Agarró un par de clavos y los colocó en su cinturón de trabajo. Pero la vocecilla de su conciencia le recordaba un problema más inmediato. Ya era hora de que intentara averiguar cómo les iban las cosas a los Malone. En Michigan, le parecía muy fácil creer que podía enfrentarse a sus complicadas relaciones familiares. Una vez allí, tener que enfrentarse cara a cara con personas a las que apenas conocía le parecía algo completamente diferente.

Michael se sentó en el suelo. Aquel era un tema que necesitaba algo más que una mirada superficial y no podía continuar posponiéndolo. Si pensaba quedarse a vivir en Joeville, tendría que verlos cuanto antes y hacer las paces con ellos. Aunque en realidad, tampoco podía decirse que estuvieran en guerra. De hecho, durante el breve tiempo que los había tratado siete años atrás, habían llegado a gustarle.

Incluso Max. Suspiró largamente.

Max.

Su padre.

Sí, John era el hombre con el que Michael había vivido y al que había adorado. Y, sin embargo, Max era su padre. Algo de lo que él se había enterado después de volver a Michigan. Y un hecho en el que se había negado a profundizar durante todos aquellos años.

Mientras el hombre con el que había convivido desde la infancia estaba vivo, no había querido tener otro padre. Incluso en ese momento, cuando su padre adoptivo había muerto, le costaba ver a Max como a su verdadero padre. En realidad eran dos extraños.

Cerró los ojos y se imaginó a su padre trabajando a su lado. Siempre había dado por sentado que su relación nunca acabaría. En ese momento, Michael habría dado cualquier cosa por tenerlo allí. Estaba seguro de que habría adorado aquel lugar, de que se habría sentido orgulloso de verlo renacer. Eran como dos semillas dentro de una misma vaina, como decía siempre su madre.

Sintió en el pecho el mismo dolor que lo asaltaba cada vez que pensaba en su madre. Siempre la había tenido en un pedestal, al lado de su padre. ¿Por qué entonces le habría sido infiel? ¿Y por qué les habría mentido a ambos, llevándose a la tumba sus mentiras? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Tomó el martillo frustrado, sintiendo que el enfado bullía en su interior. Enfado contra Max, contra Roxanne, la siguiente mujer a la que tan estúpidamente había amado. Y, sobre todo, enfado contra sí mismo por no haber sido capaz de controlar sus sentimientos.

Se asomó a la ventana. Al final del camino estaba el viejo Chevy de Nicole.

—¿Y qué voy a hacer contigo? —preguntó en voz alta, como si tuviera frente a él a la mismísima Nicole. Otra mujer, otro problema. Pero no podía echarla de allí. Antes tenía que encontrar Nicole otro trabajo. Recordó que Taylor le había propuesto un remedio para eso, pero su solución implicaba que Nicole se quedara.

—¡Y no pienso permitirlo! —se volvió y reanudó su trabajo, sabiendo que sus palabras caían en el vacío. Tenía que tener mucho cuidado con Nicole. Aquella mujer parecía frágil e indefensa, pero apostaría cualquier cosa a que detrás de aquella fachada se escondía una mujer astuta y mentirosa.

Tenía que ignorar su perfume, y aquel bonito rostro, se regañó a sí mismo. E ignorar el aroma a sopa recién hecha que subía por las

escaleras. Clavó otro clavo. Tenía que olvidar la imagen de Nicole jugando con los niños. Clavó un par de clavos más y tiró el martillo al suelo.

En cuanto Michael ya no pudo verla desde la mansión, Nicole llevó la camioneta a la cuneta. Abrió su bolso y sacó con cuidado el recipiente de plástico en el que había guardado una ración de sopa. A su lado, colocó un par de hogazas de pan que ella misma había hecho aquella mañana. Después, abrió el periódico por las páginas en las que había vales de descuento y recortó los que podían serle útiles. Cuando terminó, sumó todos los que tenía: en total eran doce dólares.

Una vez en el pueblo, fue a la oficina de correos para enviar las cartas en las que pediría sus referencias, después se acercó a un almacén para hacer parte de las compras. Y a continuación, y pisando a fondo el acelerador, emprendió el trayecto hasta la parte del día más importante para ella.

Sentía cómo se le aceleraba el corazón mientras recorría el trayecto que la conduciría a su objetivo. Vio un letrero grabado en madera: Williams, redujo la velocidad y se detuvo al lado de la cabaña, esperando que alguien la viera y saliera a saludarla. Como nadie la vio, corrió hasta la puerta principal, llamó una vez y se metió dentro. Tumbado en el suelo, rodeado de un montón de troncos, estaba su razón para vivir. AL oír que la puerta se abría, el niño miró por encima del hombro y se levantó de un salto.

—¡Mamá!

Nicole corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Cody, Cody... Te he echado mucho de menos esta noche.

El niño se aferraba con tanta fuerza a su cuello que Nicole se preguntaba cómo iba a ser capaz de despedirse de él otra vez, cómo iba a poder hacer lo que sabía que debería hacer si quería que pronto pudieran volver a estar juntos y completamente a salvo.

—Te he echado de menos, mamá.

—Pronto, muy pronto, ya no podré levantarte en brazos. Eres un chico muy fuerte.

Cody la miró con una sonrisa radiante.

—Eso es por que ya tengo siete años y medio —dijo orgulloso.

Nicole le revolvió cariñosamente el pelo. En ese momento, salió

Mabel de la cocina y sonrió al verla allí. Nicole le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal está hoy mi abuela favorita?

Mabel sonrió ante aquel cumplido. En realidad no era la verdadera abuela de Cody, pero era la única que el niño había conocido.

Mabel tomó a Nicole de la mano y la condujo hasta el sofá.

—Dime qué has estado haciendo, querida. No esperaba verte tan pronto por aquí.

—Yo tampoco. Pero tengo una gran noticia: he encontrado trabajo —sabía que si Michael no la contrataba, la contrataría Taylor.

Mabel se tapó la boca y la miró con ojos brillantes.

—Mis oraciones han sido escuchadas. ¡Y qué pronto! Estoy deseando decírselo a Walter. Estaba tan preocupado por ti...

Nicole miró hacia la ventana.

—¿Dónde está Walter?

—En el bosque. ¿No puedes quedarte hasta que vuelva?

Nicole miró a Cody, que le estaba suplicando con la mirada que dijera que sí, y pensó que el corazón se le iba a romper. Si al menos pudiera llevarlo con ella. Pero no podía arriesgarse a que los vieran juntos. Tenía que esperar a reunir dinero suficiente para marcharse lejos de allí.

—Puedo quedarme un rato, pero no mucho. Todavía tengo que ir de compras y tardo más de dos horas en llegar a mi casa —observó atentamente a Cody y decidió cambiar rápidamente de tema—. Vamos, cariño. Ayúdame a sacar las bolsas que llevo en la camioneta.

Cody sonreía e intentaba parecer valiente, pero a Nicole le preocupaba cómo podían afectarlo a largo plazo todos aquellos cambios. Se recordó a sí misma que estaba haciendo lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias, pero ni siquiera así consiguió aliviar su preocupación.

Cody la ayudó a meter el pan, la sopa, y el resto de cosas que Nicole había comprado. Mabel se mostró especialmente efusiva agradeciéndole la comida y Cody estaba emocionado con su caja de cereales favoritos. Era tan poco lo que hacía falta para complacerlos... Mientras los observaba guardar sus provisiones,

Nicole deseó haber podido llevarles muchas cosas más. La próxima vez lo haría. Quizá pudiera tomarse los miércoles como día libre y convertir aquello en una costumbre. Y quizá la próxima vez pudiera quedarse un rato más.

Miró el reloj. Eran ya las dos y cuarto. Tenía que regresar para hacer las compras de Michael y, con un poco de suerte, todavía le quedaría tiempo para prepararle la cena.

Mientras Mabel preparaba el té, Nicole le escribió su dirección y teléfono por si acaso surgía alguna emergencia. Le explicó que no le había dicho a su jefe nada de Cody y Mabel comprendió perfectamente la necesidad de guardar aquel secreto.

Nicole estuvo montando un rompecabezas con Cody durante otros veinte minutos, terminó el té y se sentó a Cody en el regazo.

—Tengo que marcharme, grandullón.

—Quédate un poco más, por favor.

—Esta vez no, mi amor. Pero volveré pronto —lo abrazó con fuerza y lo dejó en el suelo. Cody le dio la mano y la acompañó hasta la camioneta.

—¿De quién es esa camioneta tan bonita, mamá?

—Del hombre para el que trabajo. Es carpintero —se arrodilló al lado de su hijo y posó las manos en sus hombros—. Ya sabes que no te dejaría si no fuera absolutamente necesario, ¿verdad?

—Lo sé, mamá —respondió el niño, pestañeando con fuerza para ocultar las lágrimas—. Todo eso es por ese hombre malo del que me hablaste, ¿verdad?

—Exacto. ¿Has vuelto a mirar su foto?

El niño asintió.

—Muy bien. Tienes que mirarla de vez en cuando con Mabel, para que puedas reconocerlo si lo ves, ¿de acuerdo?

—Me acuerdo del coche. Era un Cadillac. Un Cadillac muy grande —abrió los brazos todo lo que pudo.

—Tú y tus coches —Nicole le dio un beso en la mejilla, subió a la furgoneta y cerró la puerta—. Hasta luego, cocodrilo —forzó una sonrisa.

—Adiós, caimán —se despidió Cody, corriendo al lado de la camioneta.

Nicole estuvo despidiéndose de él a través del espejo retrovisor hasta que lo perdió de vista. Y entonces dio rienda suelta a las

lágrimas.

Mientras aparcaba la camioneta nuevamente en Purple Palace, miró preocupada el reloj. Eran ya las seis de la tarde y Michael podía pensar que no iba a llegar a tiempo. Era tan poco lo que le había pedido a cambio de alojamiento y comida. Y aquella no era la mejor forma de demostrarle que en realidad necesitaba que se quedara.

Acababa de apagar el motor cuando Michael salió del interior de la casa. Parecía recién duchado y se había puesto una camiseta blanca que acentuaba tanto su musculatura como su bronceado. Se acercó a ella y la joven advirtió que todavía tenía el pelo húmedo. De pronto, se dio cuenta de que Michael la estaba mirando mientras ella lo observaba y desvió la mirada.

—Has debido gastar hasta el último centavo —comentó, mientras le abría la puerta de la camioneta. Pero no había ni rastro de reproche en su voz.

—No todo —contestó, mientras bajaba con una bolsa en cada mano y se dirigía hacia la casa—. Siento llegar tarde. No volverá a ocurrir —le resultaba más fácil hablar con él cuando no tenía que mirarlo. Cuando lo miraba, nunca sabía lo que se iba a encontrar. A veces lo descubría observándola de tal manera que le hacía sentirse desnuda. En otras ocasiones, su mirada era acusadora, parecía estar acusándola de ser una mentirosa. Cosa que por otra parte era cierta. Pero lo que Nicole veía casi siempre al mirarlo era a un hombre atractivo y básicamente bueno.

Oyó ruido de bolsas tras ella y se volvió.

—Déjalas, Michael. Eso puedo hacerlo yo.

—No tengo nada mejor que hacer. Ya he terminado el trabajo del día.

—Debes estar hambriento —Michael se adelantó, abrió la puerta empujándola suavemente y le indicó que pasara.

—Hace un rato me he tomado otro tazón de sopa, así que estoy estupendamente.

Hicieron tres viajes más a la camioneta hasta tenerlo todo en la cocina. Nicole observaba a Michael intrigada por aquella nueva faceta. En aquel momento parecía amable, relajado. Y aquello le ponía nerviosa. Por alguna extraña razón, le resultaba más fácil

enfrentarse a su cinismo.

—Jenny me ha traído carne asada y patatas. Están en el horno, todavía calientes, así que esta noche no tienes que preocuparte de la cena.

Así que la había esperado para cenar, ¿pero por qué?

—Jenny es la cuñada de Josh. La que tuvo las gemelas la última vez que yo estuve por aquí. Pronto cumplirán siete años.

Nicole bajó la mirada e intentó concentrarse en el contenido de otra bolsa. Cody tenía siete años. ¡Pero no! Aquel no era momento para pensar en él.

—Debió de ser una noche increíble. Me refiero a esa en la que tuvisteis que ir volando al hospital. Tuvisteis suerte de ir con un médico —se volvió para colocar parte de las compras en el frigorífico y advirtió que Michael tenía la misma expresión que cuando la noche anterior habían mencionado a Max.

—¿Quieres una copa de vino? —preguntó Michael, cambiando repentinamente de tema.

—Sí, gracias.

Michael descorchó una botella, la llevó a la mesa y sacó la cena del horno. En cuanto ambos estuvieron sentados, alzó su copa.

—A tu salud.

—A la tuya —respondió Nicole, incapaz de sostenerle la mirada y preguntándose a qué se debería todo aquello. Pero no tuvo que esperar mucho para averiguarlo.

—¿No crees, Nicole, que ya va siendo hora de que me digas la verdad?

Capítulo Cinco

Nicole estuvo a punto de atragantarse con el vino.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Sabes perfectamente a qué me refiero: a la actuación que hiciste cuando viniste a pedir trabajo. Nunca has trabajado en un lugar como Purple Palace, ¿verdad?

Nicole alzó la mirada, volvió a bajarla y sacudió la cabeza de lado a lado.

—Entonces, a qué venían esos tacones, y ese peinado, y…

Aunque se sentía completamente estúpida ante aquel interrogatorio, por lo menos todas aquellas eran preguntas que podía contestar con sinceridad.

—Yo… quería parecer la persona adecuada para ese trabajo. No quería parecer demasiado formal. Ya sabes, el tipo de persona que podría sentirse ofendida ante lo que yo pensaba que se hacía aquí —por el rabillo del ojo, vio que Michael sacudía la cabeza y se echaba a reír.

—¿Y para qué demonios podían querer un ayudante en un burdel? —Michael tomó un sorbo de vino y soltó otra carcajada.

Nicole no podía seguir seria ni un segundo más. Su farsa tenía un lado cómico, pero ver a Michael reírse era todavía más divertido.

—¿Lo ves? —dijo al cabo de unos minutos.

—¿El qué?

—Que la risa es mejor que los antiácidos.

Continuaron riendo a carcajadas y llegó un momento en el que a Nicole le entró hipo. Respiró hondo y se tapó la nariz, pero lo único que consiguió fue que Michael se riera todavía más. Al cabo de un rato, este se levantó y le hizo levantar los brazos por encima de la cabeza.

—Pero si no me he atragantado —protestó Nicole entre risas—. Solo es hipo.

Michael le soltó las manos y comenzó a acariciarle la espalda con movimientos circulares. De pronto, se hizo un intenso silencio en la habitación. Michael volvió a sentarse y ambos apuraron su copa de vino al mismo tiempo, como si necesitaran una excusa para no hablar.

Estaba empezando a ocurrir algo que a Nicole la aterraba. Lo

sabía por la forma en la que Michael la miraba de vez en cuando. Y, sobre todo, por el modo en el que ella estaba comenzando a verlo.

Dos miércoles después, Nicole recibía las cartas con los informes que había estado buscando. Cuando las tuvo entre sus manos, cerró con fuerza los ojos, rezando para que le sirvieran para conseguir el trabajo. Sería media jornada y seguramente no le daría mucho dinero, pero ya era algo. Se preguntó si Jenny necesitaría ayuda para sus gemelas. Y recordó entonces que Taylor tenía también otra cuñada con dos hijos. Un grupo de seis niños sería ideal.

Era un buen plan, decidió mientras se dirigía hacia la casa de Mabel. Y no por primera vez consideró la posibilidad de quedarse a vivir en Joeville. Era un lugar aislado, pero ¿podrían vivir Cody y ella en Purple Palace estando seguros de que no los encontrarían? ¿Y qué pensaría Michael cuando se enterara de que tenía un hijo?

Aquellas preguntas la mantuvieron distraída durante toda la tarde y gran parte de la noche. Al día siguiente, después de desayunar se dedicó a quitar las sábanas de las camas, las metió a la lavadora y al cabo de un rato salió a tenderlas al patio.

Estaban a mediados de mayo y el sol brillaba con fuerza sobre Montana. Nicole tomó la primera sábana, la colgó sobre la cuerda y la extendió. Era una tarea sencilla, pero la había echado mucho de menos cuando vivía en el apartamento de Denver y tenía que llevar la ropa a la lavandería. Recordó otra época anterior, cuando vivía en casa de sus padres y sentía en la cama el crujido de las sábanas de lino y su fresca fragancia. La vida era tan sencilla entonces...

Hasta que había entrado en ella Robert. Robert, no Bob. Él quería que lo llamaran Robert porque le parecía que inspiraba más respeto, más autoridad. Aquella debería haber sido la primera señal sobre su mal carácter, pero Nicole estaba tan enamorada que no había sido capaz de adivinar el peligro que tenía por delante.

Colgó la última sábana y regresó al interior de la casa. Pero de aquella época de su vida procedía Cody, pensó, algo que ella agradecería durante el resto de su vida. Michael la llamó desde el porche y Nicole volvió a salir.

—¿Te importa sujetar la puerta un segundo? —le preguntó.

Nicole se apartó para dejar que Michael pasara con un lienzo de mampostería.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó mientras él subía por las escaleras.

—No, ya puedo yo.

Nicole lo observó con profunda tristeza. Menuda ayudante era ella. Sabía que Michael apreciaba las buenas comidas y tener la casa limpia, pero no era eso lo que más necesitaba. ¿Durante cuánto tiempo podría seguir ella en aquella casa sintiéndose útil? En ese momento sonó el teléfono y Nicole corrió a contestar.

—¡Nicole! —el sonido de la voz de Taylor le sirvió de distracción. Nicole había estado preguntándose cómo pasarle sus informes discretamente y su amiga acababa de darle la solución: quería invitarlos a cenar si no tenían planes para aquella noche

—Yo nunca tengo planes, pero tendré que preguntarle a Michael.

—También quería preguntarte si todavía sigues interesada en cuidar a los niños.

—Oh, sí, mucho. Ayer recibí las cartas que estaba esperando.

—Y estoy segura de que dicen maravillas de ti.

—Por lo menos dan números de teléfono a los que puedes llamar si quieres información directa.

—Tráeme las cartas esta noche y hablaremos.

—Estoy realmente interesada en ese trabajo, pero no sé si Michael...

—Oh, no te preocupes por mí hermanito. Ya sé que parece un tipo duro, pero te aseguro que en el fondo es un blandengue.

Mientras Taylor le explicaba el menú que tenía preparado para aquella noche, Nicole pensaba en el hombre a veces gruñón, pero casi siempre amable y educado, que estaba en el piso de arriba.

—Bueno, voy a preguntárselo —colgó el teléfono cuando Taylor se interrumpió y, aprovechando un intervalo entre martillazo y martillazo, lo llamó. Michael bajó las escaleras a toda velocidad y tomó el teléfono.

—Hola, hermanita.

Nicole se fue a habitación de al lado, pero aun así, no pudo dejar de escuchar:

—Estupendo, ¿a qué hora vamos?

Se hizo una pausa y a continuación advirtió un cambio en su voz.

—¿Qué tipo de sorpresa, Taylor? No tiene nada que ver con Max, ¿verdad?

Nicole volvió a preguntarse qué habría pasado entre los dos hombres. Por lo que había oído por todas partes, Max era un hombre querido y respetado por todos. Nunca había oído nada malo de él.

—De acuerdo —oyó decir a Michael—. Si estás segura... Ahora me ha picado la curiosidad. ¿No vas a darme ni una pista? Ya me lo imaginaba. De acuerdo entonces. Nos veremos a las seis.

A las seis menos cuarto, Michael estaba esperando a Nicole fuera de la casa, disfrutando de la brisa de la tarde y de las praderas cubiertas de flores que se extendían hasta donde le alcanzaba la vista. Se sentía extrañamente sereno. Y se alegraba como nunca de haber tomado la decisión de abandonar la ciudad para ir a vivir al campo.

Vio a Nicole saliendo de casa con una tarta entre las manos. Era la viva imagen de la domesticidad campestre. Su vestido largo, se mecía al viento y se pegaba a sus piernas. Llevaba el pelo recogido en una trenza y sujeto por un lazo del mismo color azul que la blusa.

Si sabía que la estaba admirando, no lo demostró. Se acercó a la camioneta a grandes zancadas y se sentó en el asiento de pasajeros sin decir una sola palabra. Sonreía, parecía una mujer satisfecha con el mundo... que mantenía sus pensamientos bien ocultos.

Michael sabía bastante de guardar los propios pensamientos para sí, pero rara vez estaba satisfecho con ellos.

Viajaron con las ventanillas abiertas, dejándose embriagar por la fragancia de la tierra fértil mezclada con el aroma a manzana y canela de la tarta que Nicole llevaba en el regazo. A Michael le gustaba que Nicole permaneciera en silencio. No había conocido a muchas mujeres que no sintieran la necesidad de llenar cualquier momento de silencio con conversación. De hecho, eran muchas las cosas que de ella le gustaban.

Y eso lo asustaba. Sabía que Nicole se marcharía pronto. Ese era el acuerdo. Seguramente con su personalidad y su capacidad de trabajo, pronto en contraría algo. La había visto leyendo las ofertas de trabajo en el periódico y los miércoles se marchaba a primera

hora y no regresaba hasta la hora de cenar. Seguramente aprovechaba los días libres para asistir a entrevistas. ¿Por qué otra cosa podía mantenerla tan ocupada?

Cuando llegaron a casa de su hermana, aparcó la camioneta al lado de la de Josh. Sentía una incómoda presión en el pecho. Sin darse cuenta, se había ido acostumbrando a la presencia de Nicole. Sabía que iba a echarla de menos cuando se fuera.

Apagó el motor justo en el momento en el que John salía a recibirlos. El pequeño agarró a su tío de la mano y tiró de él hacia la puerta principal.

—Venga, tío Mike. Tenemos una sorpresa.

Michael miró por encima del hombro a Nicole, que lo seguía. Ella se encogió de hombros y sonrió con dulzura. Llegaron a las escaleras del porche. Michael notaba crecer su nerviosismo. ¿Qué habría inventado su hermana en aquella ocasión?

Y entonces la vio. Distinguió la silueta de una mujer frente a la ventana del comedor. Se quedó completamente rígido. La mujer se volvió lentamente y comenzó a caminar hacia él con los brazos

abiertos. A medida que se apartaba de la luminosidad de la ventana, comenzaban a distinguirse sus facciones.

—Dios mío, Michael, parece que hayas visto un fantasma.

Michael abrazó a la mujer, ocultando lo que estaba pensando.

—¡Tía Molly! —había sido el parecido con su madre el que lo había dejado paralizado—. Qué maravillosa sorpresa.

—Ya te lo dije, tío Mike.

Molly se apartó ligeramente, parecía querer comerse a Michael con la mirada.

—Ha pasado tanto tiempo...

—Sí, mucho tiempo, tía Molly.

—Prefiero que me llames solo Molly, por favor. Lo otro me hace sentirme demasiado vieja —miró por detrás de Michael y preguntó —: ¿No vas a presentarme a tu mujercita?

Michael quería explicarle que Nicole no era “su mujercita2, pero Nicole acababa de pasarle la tarta a Taylor y ya se había adelantado, tendiéndole la mano a Molly.

—Soy Nicole. Me alegro de conocerte, Molly.

—Encantada, Nicole —le estrechó la mano y le guiñó un ojo a Michael. Este elevó los ojos al cielo.

Después de la cena, mientras los adultos tomaban el café y saboreaban la tarta de manzana de Nicole, los niños salieron a jugar.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —le preguntó Michael a Molly.

—No estoy segura, Michael. Prefiero ir viviendo al día.

Michael estudió atentamente a su tía. No parecía enferma y por el Buick que había visto aparcado frente a la fachada delantera, tampoco parecía que tuviera problemas económicos.

—Tu tío… —comenzó a decir y se interrumpió—. Nos divorciamos el año pasado. He estado viajando durante todo este tiempo, intentando acostumbrarme…

Los niños entraron corriendo en ese momento. Emily se sentó en el regazo de su madre, mientras John se lavaba las manos y regresaba a la mesa en busca de otro trozo de tarta.

Josh tomó la cafetera y volvió a llenar la taza de Molly.

—Bueno, por lo menos has llegado al lugar indicado. Puedes quedarte durante el tiempo que quieras… Si no te importa dormir en el sofá cama que tenemos en el salón.

—Puedes dormir en mi cama, tía Molly. A mí me gusta dormir en el sofá —se ofreció John.

—Gracias, cariño. Eres muy amable.

John la miró radiante y tomó un trozo de tarta. De pronto, miró a los adultos con renovado entusiasmo:

—¡Ya sé! ¿Por qué no hacemos una fiesta para que tía Molly conozca a todo el mundo? A mis primos, a mis tíos, a Hannah… —se llevó la mano a la barbilla, con gesto de concentración—. ¡Ah, y me olvidaba del abuelo Max! —John miró a su alrededor, advirtiendo el silencio que su propuesta había provocado—. ¿Tía Molly?

—¿Sí, cariño?

—Te gustan las fiestas, ¿verdad?

—Sí, claro, pero…

—Todos son muy buenos. Te tratarán muy bien, de verdad.

Michael no podía continuar en silencio ni un segundo más. Su relación con Max era problema suyo. No tenía por qué sufrirlo toda la familia.

—Creo que hacer una fiesta es una buenísima idea, ¿no crees

hermanita?

Taylor lo miró en silencio. Michael miró entonces a Josh y advirtió que parecía aliviado.

—Bueno, entonces no hay más que hablar —Michael condujo a su tía hacia el sofá—. Ya nos ocuparemos más adelante de los detalles —cuando se volvió para sentarse, vio que Nicole estaba mirándolo con una cálida sonrisa. Ella no podía saber la importancia que tenía para él lo que acababa de hacer, pero, de alguna manera, parecía haberse dado cuenta de que era algo importante y le estaba dando su aprobación.

Nicole se volvió lentamente y se alejó. Al cabo de unos segundos, Michael oyó sus pasos ligeros sobre el porche. Miró por la ventana y la vio alejarse de la casa junto a Taylor y los niños.

A Michael le conmovía la facilidad con la que las dos mujeres habían conectado. Quizá se arrepintiera al día siguiente de lo que iba a pasar, pero en el fondo sabía que lo había estado esperando. Esperaba que su hermana le ofreciera trabajo a Nicole. Esperaba...

No, sería mejor que eso dejara de esperarlo.

—¿Estás seguro de que no te importa? —a Nicole le costaba creer su buena suerte. Taylor no solo le había ofrecido trabajo, sino que Michael estaba de acuerdo—. Eso significará que tendré que seguir quedándome aquí, ¿lo sabes?

—Lo sé.

Estaban meciéndose en el columpio de mimbre del porche. Nicole por fin empezaba a relajarse; tenía la sensación de que acababa de superar otra barrera.

—Empezaré a pagarte un alquiler, por supuesto.

—¿Ya no piensas seguir cocinando y ayudando en la casa?

—Claro que sí. Solo me ocuparé de los niños los martes y los jueves. Así que esos días dejaré todo preparado, como hago los miércoles.

—Entonces no tendrás que pagarme nada porque nada ha cambiado.

Oh, claro que había cambiado. Nicole lo notaba. Y no solo respecto a la oferta de trabajo, sino también en la naturalidad con la que estaban sentados el uno al lado del otro y en la forma en la que Michael pasaba el brazo por el respaldo del columpio,

rozándole suavemente la espalda y los hombros, como si fuera un adolescente intentando una caricia sutil.

Cuanto más tiempo permanecían allí, contemplando la noche, más deseaba Nicole inclinarse contra él, sentir sus brazos a su alrededor. Durante todos aquellos años, se había dicho que no echaba de menos a ningún hombre. Estaba convencida de que no merecía la pena volver a arriesgarse a cometer un error. Pero el hombre que estaba sentado a su lado era un hombre diferente. Quizá...

Una suave brisa agitó la hierba y Nicole se estremeció,

—¿Tienes frío? —le preguntó Michael sin mirarla, intentando parecer natural.

—Un poco —respondió Nicole sonriente.

Michael le pasó el brazo entonces por los hombros. Nicole cerró los ojos, y apoyó la cabeza en su pecho. Michael mecía lentamente el columpio mientras le acariciaba suavemente el brazo. Y Nicole deseaba que el columpio jamás dejara de moverse, que pudieran permanecer así eternamente.

Pero el columpio se paró y Nicole alzó la cabeza. Michael la tomó suavemente por la barbilla, haciéndole volver el rostro hacia él. En sus ojos se reflejaban los rayos de la luna y una inmensa pasión. Nicole se humedeció lentamente los labios y Michael aceptó su silenciosa invitación.

Fue un beso ardiente, pero delicado, no exigente. Michael fue el primero en ponerle fin. Le dio un beso a Nicole en la punta de la nariz, la estrechó suavemente contra él y le susurró al oído:

—Esto complica un poco las cosas, ¿sabes?

A Nicole le latía con tanta fuerza el corazón que apenas podía hablar. Aquella no era una pregunta que necesitara una respuesta. Pero sí, las cosas se complicaban. ¿Cómo podía amar a aquel hombre sin contárselo todo?

Esperó, sintiendo sus brazos a su alrededor y deseando otro beso que no llegó.

Más tarde, en la cama, Nicole se decía que era mejor que hubiera sido así. Pero continuaba sintiendo el rastro de sus caricias y no podía dejar de preguntarse qué sería acostarse con Michael.

Michael no podía dormir. Salió al porche y se sentó en el

columpio. Miraba las montañosas cumbres que se erguían frente a él. Por eso había decidido ir a Montana, para disfrutar de la belleza del paisaje y de aquella hermosa casa que estaba tan cerca de la su hermana.

Y para escapar de su juventud. De la casa en la que su madre había estado mintiéndole durante toda su vida. De la casa en la que había convivido con Roxanne durante cerca de dos años. Roxanne, la mujer con la que pensaba casarse y pasar el resto de su vida. La mujer que lo había estado engañando durante años.

Pero todo aquello estaba ya a miles de kilómetros de distancia y se preguntaba si no habría sido su ego, más que su corazón, el que había sufrido con aquellas mentiras.

Miró hacia al cielo. Sí, aquel era el lugar al que él pertenecía. Quería estar allí.

Cerró los ojos y la imagen de Nicole invadió sus pensamientos. Ella no era como Roxanne. Él lo sabía. ¿Pero era capaz de sentirlo? ¿Estaba emocionalmente preparado para confiar en Nicole?

Recordó entonces el roce de sus labios y comprendió que quizá ya fuera un poco tarde para hacerse esa pregunta.

Capítulo Seis

El día de la fiesta que habían preparado para la tía Molly amaneció despejado. Nicole había estado esperando con ansiedad aquel día, tenía ganas de poder estar con otra gente. Porque la convivencia con Michael la estaba poniendo histérica.

Había pasado casi una semana desde que se habían besado y no había vuelto a suceder nada parecido. Michael era amable con ella, pero eso era todo.

Suspiró frustrada y volvió a prestar atención a las cajas con la tarta de fresa que había estado preparando aquella mañana. Mientras las tapaba, no pudo evitar pensar en Cody. Aquella era su tarta favorita. Pero seguramente pronto, muy pronto, volverían a estar juntos.

Aquel día conocería al resto de los Malone, se dijo, intentando concentrarse en el presente. Michael entró en ese momento en la cocina y se apoyó contra el mostrador, a su lado. Llevaba una camiseta azul marino que hacía parecer más intenso el azul de sus ojos. Nicole desvió la mirada, al sentir un vivido calor en su interior.

—¿Estás lista? —le preguntó. Parecía un poco nervioso.

—Sí —contestó Nicole, sintiendo cómo se aceleraban los latidos de su corazón al verlo llevarse las cajas.

Las manos de Michael eran tan fuertes y a la vez tan delicadas, que le bastaba mirarlas para imaginar lo que sentiría si... Tomó aire y lo siguió al exterior de la casa. En cuanto se sentó en la camioneta, Michael le colocó las tartas en el regazo, se sentó tras el volante y condujo hasta la granja sin decir palabra. Pero el silencio que había entre ellos no era tan cómodo como en otras ocasiones. Por un instante, Nicole se preguntó si habría adivinado sus intenciones, si habría sido capaz de averiguar el lenguaje del cuerpo. ¿O estaría tan concentrado en sus propios problemas que ni siquiera pensaba en el deseo?

Por lo que ella sabía, Michael no había ido a ver a Max desde que estaba allí. Y aquel día lo vería. Se preguntaba si sería ese el problema. Quizá aquel día comprendiera por qué Max era una preocupación para Michael.

Y quizá aquel día pudiera ella retomar el control sobre sus sentimientos y comenzar a pensar en otra cosa que no fuera en

cuánto deseaba a su jefe.

Poco a poco, fueron llegando todos los Malone a casa de Taylor. Jugaron a toda clase de juegos, niños y adultos, y las voces y las risas llenaron los campos durante todo el día.

El anochecer sorprendió a Nicole observando a Michael. Llevaba todo el día pendiente de él y lo había visto muy distante.

Pero a pesar de su evidente mal humor, Nicole lo estaba pasando muy bien. Las cuñadas de Taylor eran tan encantadoras y divertidas como ella le había contado y pasó la mayor parte del tiempo disfrutando de su compañía y de la de los pequeños.

Cuando el día tocaba a su fin y las mujeres estaban ordenando la cocina, Jenny soltó una risotada y señaló hacia el patio.

—¡Mirad eso! —las mujeres siguieron el curso de la mirada de Jenny. Esta señalaba a Hannah, el ama de llaves de los Malone, que le estaba susurrando algo a Molly al oído mientras señalaba hacia el rancho.

—Ya está otra vez.

Savannah se asomó a la ventana.

—¿Qué quieres decir?

—Casi he visto moverse los engranajes del cerebro de Hannah en cuanto se ha enterado de que Molly estaba divorciada y tendrá que dormir en el sofá mientras esté aquí —contestó Jenny.

—Ah, caramba, así que la casamentera se ha puesto en funcionamiento.

—Eso me temo —respondió Jenny—. ¿Cuántas veces ha intentado llevar a Max a una de las fiestas de su parroquia? —se miraron y soltaron una carcajada. Jenny añadió, dirigiéndose a Nicole—: Esa Hannah no estará contenta hasta que vea a todos los hombres casados.

—Una semana en la habitación de la suerte y Molly ya no tendrá nada que hacer —comentó Taylor.

Jenny, Savannah y Taylor se echaron a reír. Entonces una a una fueron narrándole las historias que habían tenido lugar en aquella habitación que estaba encima de la cocina del rancho. Nicole reía con las demás, pero no podía evitar sentir cierta envidia. Habían sido tan felices con sus familias, sus maridos y el amor que todos ellos compartían.

Max entró en ese momento en la cocina.

—¿A qué vienen tantas risas? —preguntó con una enorme sonrisa.

—Solo son cosas de mujeres, Max —contestó Jenny.

Max la miró con recelo y sonrió al mirar hacia el patio, donde vio a Hannah hablando con Molly.

—Ah, ya comprendo —se apoyó contra el marco de la puerta. No parecía tener prisa en marcharse.

Nicole estudió su atractivo rostro. Las canas que cubrían sus sienes le aportaban un aire de sofisticación y encanto. De pronto, Max se acercó a ella y apoyó la mano en su hombro.

—Creo que tengo que darte las gracias porque eres la responsable de que mi fisioterapeuta favorita haya vuelto a trabajar.

Tenía una mirada tan amable que Nicole no podía comprender que Michael pudiera tener ningún tipo de problema con aquel hombre.

—No tiene que darme las gracias a mí, doctor Malone. Yo solo me voy a ocupar de los niños.

—Llámame Max, por favor —le pidió sonriente.

Nicole le devolvió la sonrisa. En ese momento advirtió cierta tristeza en su mirada, la clase de tristeza nacida de años de sufrimiento y soledad. No sabía por qué, pero de pronto se descubrió deseando que Molly pudiera llevar alegría a la vida de aquel hombre.

Jenny se apartó de la ventana y se acercó a Nicole.

—Ya sabes, si crees que puedes apañártelas con dos más, no me importaría poder descansar de los niños de vez en cuando.

Taylor, que estaba guardando parte de las sobras en el frigorífico, le comentó:

—Si quieres traer a tus niños, de momento vamos a empezar los martes y los jueves.

Savannah se acercó a ellas.

—¡Eh! ¿Y qué me decís de Chris? Estoy segura de que le encantaría pasar más tiempo con sus primos. Y también a su hermanita. Además, creo que sería una buena idea que los niños se reunieran en el rancho. Allí tienen más sitio y Hannah se podría encargar de prepararlos a todos la comida.

—Cuantos más mejor —dijo Nicole, intentando no mostrar su emoción. Cuanto antes reuniera el dinero que necesitaba, antes podría estar de nuevo con Cody.

En ese momento, Michael llamó a Taylor por la ventana de la cocina.

—¿Queda más cerveza?

—Claro, pero no esperes que te la lleve —se volvió y guiñó un ojo las otras mujeres mientras sacaba la botella del frigorífico.

Michael entró en ese momento por la puerta trasera y dejó de sonreír en cuanto vio a Max.

Nicole casi podía sentir su tensión mientras Taylor le daba la cerveza. Michael la destapó, se volvió y se quedó mirando en silencio hacia la ventana.

—Bueno —comentó Jenny, intentando romper el silencio—. Hablando de niños, creo que ya es hora de que vayamos pensando en marcharnos a casa. Ha sido una fiesta maravillosa, Taylor.

—Yo también me voy —Savannah le dio un beso a Taylor en la mejilla— Gracias por la fiesta. Adiós Nicole —se interrumpió y miró a Michael, que continuaba de espaldas—. Me alegro de haber vuelto a verte, Michael.

Michael giró la cabeza.

—Yo también.

Nicole miraba alternativamente a Michael y a Max, esperando que saliera algo bueno de aquel encuentro inesperado. Quizá si Taylor y ella salieran de la cocina...

—¿Estás lista para que nos vayamos? —preguntó Michael, todavía de espaldas a Max.

Nicole miró a Taylor, que parecía a punto de llorar.

—Cuando quieras —dijo Nicole, frustrada por lo poco que sabía de lo que allí estaba ocurriendo. Si al menos pudiera comprenderlo...

—Entonces vamonos —dejó la botella en el mostrador—. Gracias, hermanita —y salió sin mirar ni una sola vez a Max.

Eran casi las once cuando Nicole renunció a intentar dormir. Se ató el cinturón de la bata y se asomó al porche, sin estar muy segura del humor en el que encontraría a Michael.

—¿Te importa que me reúna contigo?

Michael palmeó el espacio que quedaba a su lado en el columpio

y, para alivio de Nicole, le dirigió una cálida sonrisa.

—¿Lo has pasado bien en la fiesta?

Hasta el final, sí, pero obviamente, no fue eso lo que le dijo. Le habló de la oportunidades de trabajo que le habían surgido y lo espió por el rabillo del ojo para ver cómo reaccionaba al enterarse de que iba a ir a trabajar a casa de Max.

—Así que te ocuparás de todos ellos, excepto de Billy.

—Sí. Ese pobre chico debe de haberse sentido muy solo, hasta que comenzaron a nacer los otros niños.

—Estoy seguro, sobre todo viviendo en un lugar como este.

—¿Como este? ¿A qué te refieres?

Michael le explicó entonces que Billy era el hijo de una trabajadora de Purple Palace. La cama en la que Nicole dormía, había sido suya. Pero su madre murió de leucemia y Ryder lo había adoptado cuando el niño tenía solamente siete años. Nicole escuchó la historia imaginando cuánto habría sufrido Billy y alegrándose al mismo tiempo de que Michael estuviera compartiendo algo con ella, aunque no fuera aquello que más interés tenía en saber. Observó disimuladamente las manos de Michael, descansando en su regazo. Quería acariciarlas, sentir sus dedos entrelazados con los suyos, sentir el calor de su piel.

Cuando Michael terminó su relato, Nicole lo miró y le preguntó:

—¿Conoció alguna vez a su verdadero padre?

—Ryder es su verdadero padre. El único al que ha conocido.

—Sí, sí, claro —la vehemencia de Michael la sorprendió, pero sabía que tenía razón. Al fin y al cabo, ella jamás habría dicho que Robert era el padre de su hijo.

—¿Qué te ha parecido entonces el resto de la familia? —preguntó Michael, cambiando de conversación y de tono.

—Me han gustado mucho —ella siempre había querido tener hermanas y hermanos, y así se lo contó a Michael.

—¿Y tus padres? —era una pregunta inocente, pero Nicole se tensó al instante—. ¿Están vivos?

—Supongo que sí.

—¿Supones?

—No los veo desde que tenía dieciocho años —se estremeció ligeramente. Michael detuvo el columpio y la estrechó entre sus brazos. Era lo que Nicole había estado deseando que hiciera, pero

estando tan cerca de él le resultaba difícil concentrarse y pensar una respuesta.

Había salido al porche esperando averiguar su problema y ayudarlo a resolverlo. Pero se habían girado las tornas y en ese momento era Michael el que parecía preocupado por su pasado. Nicole ya había hablado más de lo que pretendía. No quería mentirle, pero la verdad era que a sus padres no les gustaba Robert y habían dejado muy claro que si se metía en problemas por culpa de aquel hombre, no se le ocurriera pedirles ninguna clase de ayuda. Y ella no lo había hecho, por supuesto.

¿Pero cómo podía explicárselo a Michael sin contarle todo lo demás?

—¿Te importa que cambiemos de tema? —le dijo, en cuanto encontró fuerzas para hablar.

Michael suspiró largamente. Parecía desilusionado.

—De acuerdo. ¿De qué te gustaría que habláramos entonces?

Nicole miró hacia el cielo, aliviada por el cambio de tema.

—Oh, veamos. ¿Qué te parece que hablemos de la casa?

—Ah, de la casa. Es un tema seguro para los dos. ¿Qué te apetece comentar sobre la casa?

—¿Alguna vez has pensado en la posibilidad de quedarte aquí cuando termines de arreglarla?

Michael soltó una carcajada.

—Taylor me ha preguntado lo mismo —sacudió la cabeza—. Pero la restauración es una cosa y ser hostelero otra muy distinta. Además, tendría que contratar a alguien que se encargara de las comidas y la limpieza y para cuando termine de pagar todo esto, no sé si me va a quedar dinero. Aunque me va a costar renunciar a ella.

Nicole sacudió mentalmente la cabeza. No podía perder el control. Michael estaba hablando de la casa, no de ella.

—La parte de arriba ya está bastante bien. Prácticamente solo queda empezar a pintar y a empapelar las paredes —comentó, esperando que en su voz no se reflejara su ansiedad.

Michael la miró con curiosidad, como si supiera que en realidad estaba pensando en otra cosa.

—Tienes razón, sobre todo con lo del papel. Pero me he pasado horas mirando muestras e intentando decidir cómo combinarlas. Y

son seis dormitorios nada menos.

—Yo puedo ayudarte.

Michael la miró esperanzado.

—¿De verdad te gustaría ir conmigo a la ciudad a escoger los papeles?

—Me encantaría. Y disfrutaré mucho empapelando la casa.

—Te pagaré, por supuesto.

Nicole negó con la cabeza.

—No, rotundamente no —se alegraba de haber encontrado por fin una forma de sentirse útil.

—No seas tonta. Pensaba pagar a un ayudante —como Nicole volvió a protestar otra vez, Michael la agarró por la barbilla y le hizo volver la cabeza—. Ese era el trabajo que habías venido a buscar, ¿no es cierto?

—Sí, pero…

—¿Qué tengo que hacer para que dejes de protestar? —al principio parecía estar bromeando, pero Nicole advirtió que le estaba mirando los labios y le resultó imposible contestar.

Había pasado tanto tiempo desde la primera vez que la había besado que ya dudaba de que volviera a suceder. Y hasta ese mismo día no había sido consciente de cuánto deseaba que ocurriera.

Michael acercó su rostro al suyo y la miró a los ojos. Nicole sabía que su mirada estaba traicionando su deseo. Y entonces sintió su boca sobre sus labios. Vacilante al principio. Hasta que ella se inclinó hacia él. Entonces Michael le entreabrió los labios y exploró los húmedos rincones de su boca.

Nicole sentía palpitar en su vientre un deseo que se había negado durante siete años. Deslizó la lengua en el interior de su boca, sintiendo que se acortaba la distancia entre ellos. Michael interrumpió el beso para sentarla en su regazo y volvió a buscar su boca, en aquella ocasión con más ardor. En medio de aquel delicioso mareo, Nicole sentía la evidencia de su deseo presionándose contra ella. La respiración de Michael era tan intensa y errática como los latidos del corazón de la joven mientras le hacía abrir las piernas y deslizaba lentamente una mano por debajo de su falda. Michael fue acariciándole el muslo hasta llegar a su último destino. Nicole resistió la necesidad de apresurarlo; la humedad que sentía entre las piernas era suficiente para indicarle que lo deseaba

tanto como él la deseaba a ella.

Cuando Michael alcanzó el elástico de sus bragas, Nicole ya estaba a punto de gritar de deseo. Jamás había conocido a un hombre tan paciente y tierno. La estaba volviendo loca. Sintió que rozaba con el dedo el máximo centro del placer y estuvo a punto de desmayarse ante aquel delicado contacto. Y cuando al final Michael hundió un dedo en su interior, soltó un aullido que, estaba segura, se oyó en todo el valle.

—Nicole, Nicole —susurraba él contra su cuello—. Tranquila, tranquila.

Un segundo dedo se unió al primero y entonces Michael comenzó a mover la mano. Nicole gemía y temblaba descontroladamente. Se aferraba a él, intentando recuperar el aire que le faltaba a sus pulmones. Cuando por fin abrió los ojos, descubrió a Michael mirándola con tanto amor que sintió ganas de llorar. Michael la besó suavemente los labios y se levantó.

Nicole quería preguntarle a dónde iba, pero no hizo falta. Michael tomó la manta que estaba perfectamente doblada sobre el respaldo del columpio y la extendió en la hierba, al lado de los escalones del porche. Sus movimientos eran rápidos, seguros y su mirada intensa mientras la tomaba en brazos y bajaba con ella los escalones del porche.

Capítulo Siete

Michael la dejó suavemente en la manta y se arrodilló a su lado para ir desenvolviendo lentamente el regalo que Nicole le ofrecía. No hubo sorpresas. Michael había admirado su estrecha cintura, sus caderas y la generosa curva de sus pechos desde que Nicole había llegado. Pero verla desnuda bajo la luz de la luna le cortaba la respiración. Él se desnudó lentamente y se tumbó a su lado.

—Alguien te hizo mucho daño, ¿verdad, pequeña? —por la mejilla de Nicole se deslizó una lágrima, dándole la respuesta—. Yo nunca te haré sufrir.

Nicole alzó la cabeza y Michael la besó. Nicole lo estrechó contra ella, como si temiera que le dejara tiempo para pensar demasiado. Su cuerpo parecía estar gritándole que hicieran el amor antes de que pudiera cambiar de opinión. Y Michael lo hizo. Se colocó sobre ella y le separó delicadamente las piernas. Estirándose sobre el cuerpo femenino, acarició el excitado sexo de Nicole, llevándolos a ambos al borde del orgasmo. La brisa cálida de la noche los acariciaba mientras Nicole se aferraba a su espalda, instándolo a acercarse, diciéndole que ya había llegado el momento.

Milímetro a milímetro, Michael fue hundiéndose en su interior, penetrándola hasta fundirse completamente con ella. Los latidos de su corazón marcaban un ritmo idéntico al palpitar de sus entrañas y apretó los dientes. Nicole lo abrazó y le besó el cuello, sin moverse.

Cuando Michael ya se creía a salvo, comenzó nuevamente aquel palpitar. Cada vez que se movía, Nicole se arqueaba contra él, convirtiendo sus cuerpos en un solo ser. Michael acercó la boca hasta sus senos para besar los pezones erguidos. Los gemidos de Nicole lo estaban volviendo loco. Quería que aquella noche no terminara nunca. Quería complacer a Nicole hasta el agotamiento.

Trazó un camino de besos desde sus senos hasta su vientre, que siguió con el roce delicado de sus dedos. Y cuando llegó hasta el rincón más sensible de Nicole, ella gritó su nombre y clavó los dedos en sus hombros. Michael sintió fluir del interior del Nicole la prueba de su placer y gimió contra su vientre.

Apoyándose sobre los brazos, se levantó y la miró con los ojos rebosantes de amor. Volvió a hundirse nuevamente en ella, moviéndose en aquella ocasión a más velocidad. En el último

momento, la agarró del trasero y se movió con una intensidad renovada, arrastrándola hasta las más gloriosas cumbres del placer. Al cabo de unos minutos, se tumbó a su lado y la abrazó como si no quisiera separarse ya nunca de ella. Como si supiera que por fin había encontrado a una mujer en la que podía confiar, una mujer a la que amaría durante el resto de su vida.

Al despertarse, Nicole sintió el aroma del café y dio media vuelta en la cama con una sonrisa. Normalmente era ella la primera en despertarse y preparar el desayuno, pero aquella mañana ni siquiera había oído levantarse a Michael.

Salió lentamente de su letargo y se sentó en la cama. Quizá lo que habían hecho había sido un poco prematuro, pero no se arrepentía. Lo que ambos sentían era completamente real, de eso estaba segura. Y sentía renacer la esperanza en su interior. Quizá aquel lugar y aquel hombre fueran el comienzo de una vida plena y feliz.

Se duchó rápidamente y se vistió ansiosa por ver a Michael. Si podía convencerlo para que hiciera un descanso en el trabajo, podría contarle lo de Cody. Y hablarle también de Robert.

Ya en la cocina, se sirvió una taza de café y ensayó lo que iba a decirle. A lo mejor Michael se enfadaba al principio, pero cuando escuchara toda la historia, comprendería por qué le había ocultado la verdad.

Se acercó a la nevera para servirse un zumo de naranja, y vio entonces la nota que Michael había dejado sujeta con un imán en la puerta.

Nicole.

He ido a la ferretería. Si no he vuelto antes de que te vayas, que tengas un magnífico primer día de trabajo. Sé que serás maravillosa con los niños.

Michael.

Posdata: cuando duermes estás más guapa que nunca.

Nicole apretó emocionada la nota contra su pecho. Se sirvió un vaso de zumo y lo tomó lentamente, pensando en las consecuencias que el dejarse llevar por los sentimientos había tenido en el pasado.

Pero Michael no era como Robert. No, era completamente diferente. Aun así, quizá fuera preferible que no estuviera allí, pensó mientras miraba el reloj de la cocina. Quería llegar pronto al rancho. Además, al pasar todo el día separados, podría pensar mejor en cómo contarle a Michael toda su historia. Tendría tiempo de sobra a la hora de la cena.

Una vez fuera, caminó alegremente hacia su viejo Chevy y se dirigió hacia el rancho. Nicole no era capaz de recordar otra época en la que hubiera sido más feliz. En el cielo no había una sola nube y ella lo interpretó como un síntoma de que por fin su futuro comenzaba a despejarse.

Cuando llegó a la puerta del rancho de los Malone, Jenny y las gemelas ya estaban esperándola. Jenny la saludó con la mano y se acercó con las niñas, que no parecían tener muchas ganas de encontrarse con su nueva niñera, pero Nicole, que ya se lo esperaba, las recibió cariñosamente y sin muchas efusiones, para que tuvieran tiempo de acostumbrarse a ella.

—Esta es Sally —dijo Jenny, señalando a una de las niñas—. Y esta es Sarah.

La mañana fue un poco extraña para todos, pero, hacia la hora de la comida, las cosas ya se habían relajado. Nicole y los seis niños que tenía a su cargo, estaban sentados alrededor de una de las mesas del patio mientras Hannah les servía la comida.

Cuando los pequeños terminaron de comer, el ama de llaves se sentó al lado de Nicole.

—Caramba, qué calor —se abanicó con una bandeja vacía—. Ojalá lloviera. Los campos están secos, demasiado secos —y de pronto, preguntó sin previo aviso—: ¿Qué tal van las cosas por Purple Palace? ¿Ya habéis congeniado tú y Michael?

Nicole se sonrojó violentamente, pensando en lo que había ocurrido la noche anterior.

—Van bien las cosas, ¿eh? —Hannah le dio un codazo en las costillas—. Supongo que entonces no necesitarás ayuda —se levantó pesadamente—. Bueno, ya sabes, si alguien necesita un empujoncito, solo tienes que decírmelo —le guiñó el ojo antes de volverse y encaminarse hacia la casa.

Después de comer, estuvieron jugando al aire libre. Los niños la

ayudaron a hacer tiendas de campaña con las sábanas en el patio. Sus risas y susurros le recordaban terriblemente a Cody y, por un momento, se dejó arrastrar por la tristeza. Cuánto le gustaría que pudiera disfrutar de la compañía de aquellos niños. Walter y Mabel eran maravillosos con él, pero Cody la echaba mucho de menos, y ella lo echaba de menos a él.

Pero al día siguiente iría a verlo. Y esa misma noche se lo contaría todo a Michael.

Después de la hora de la siesta, llevó a los pequeños al establo, para ver a un potro que acababa de nacer. Allí se encontró Nicole con Max, que estaba al lado del recién nacido, pasándole el brazo por el hombro a Molly. Nicole sonrió. Al parecer la magia de Hannah estaba empezando a funcionar.

Mientras conducía de vuelta a Palace, Nicole pensó que era la mujer más afortunada de la tierra. Durante su primer día de trabajo, no había tenido el menor problema y se dirigía en ese momento a una casa en la que vivía el hombre más adorable y atractivo que había conocido nunca. Pero a medida que iba acercándose, sentía cómo crecía la tensión en su interior. Aquella noche tenía que hablarle a Michael de su pasado y corría el riesgo de perderlo todo. Pero no, sacudió la cabeza. Michael lo comprendería. ¿O no?

Cuando entró en la cocina, descubrió a Michael al teléfono.

—Sí, claro, me encantaría. Espera un momento —tapó el auricular con la mano para dirigirse a Nicole—. Es Josh, tiene que volar a Billing a buscar unas cosas. ¿Te apetece que vayamos con él?

—Esta noche no, pero ve tú si quieres —se volvió, pero pudo ver antes la expresión de desilusión de Michael.

—¿Estás segura?

—Claro.

Entonces Michael le dijo a Josh:

—Estoy listo para salir cuando quieras. Magnífico —colgó el teléfono y se acercó a Nicole. Le rodeó la cintura con el brazo y la estrechó hacia él.

Era tan maravilloso estar allí los dos solos. Nicole tenía que hacer un esfuerzo casi sobre humano para no pedirle que se quedara. Pero, por otra parte, le preocupaba la reacción de Michael cuando supiera que lo había engañado.

—Podría ir otro día —se disculpó Michael—, pero es que hay algunas cosas que todavía no he conseguido localizar...

—No pasa nada, de verdad —contestó.

Apenas tuvieron tiempo para tomar un par de sandwiches y una ensalada antes de que Michael se despidiera de ella con un beso.

Cuando Michael regresó, Nicole tenía una botella de vino en el frigorífico. Quería sugerirle que la tomaran en el porche y, una vez allí, se lo contaría todo.

Pero todavía estaba Michael metiendo en casa las cosas que había comprado cuando llamaron a la puerta.

Nicole siguió a Michael para ver quién era. Y se quedó helada al ver a Walter con Cody en brazos.

Empujó a Michael y tomó corriendo a su hijo en brazos. Cuando vio que no tenía ninguna herida ni ningún hueso roto, suspiró, sintiéndose estúpida por haber albergado pensamientos tan sombríos.

—Siento presentarme de esta forma, Nicole...

Michael abrió la puerta, invitando al hombre a entrar. Miró a Nicole, como pidiéndole una explicación.

—No te preocupes, Walter —se volvió hacia Michael—. Este es Michael Phillips, el hombre para el que trabajo. Michael, este es Walter Williams. Él y su esposa están cuidando a... —tragó saliva—, a Cody, mi hijo.

En una décima de segundo, Nicole observó cambiar la expresión de Michael de la sorpresa al enfado. Tras fulminar a Nicole con la mirada, se volvió hacia Walter.

—Pase, por favor —le señaló el sofá en el que Nicole estaba tumbando ya a Cody, pero Walter permanecía en el marco de la puerta, retorciendo nervioso el ala del sombrero.

—Gracias, pero será mejor que me vaya. Mi esposa está en el hospital.

Nicole corrió hacia él, olvidándose por un momento de sus propios problemas.

—Oh, Walter, ¿qué ha pasado?

—Se ha roto la cadera —asomó la cabeza para mirar a Cody, que continuaba durmiendo—. Nuestro hombrecito ha llamado a la ambulancia y después ha venido a buscarme al bosque. Deberías

estar orgulloso de él.

—¿En qué hospital está? —preguntó Nicole, incapaz de mirar a Michael a los ojos.

—En el Bozeman. Sospecho que tendrá que quedarse una temporada. Pero los médicos dicen que se pondrá bien. Bueno, tengo que irme. Encantado de conocerlo, señor Phillips. Nicole nos ha hablado muy bien de usted y de este lugar.

Michael no miraba a Nicole. Estaba demasiado segura de lo que estaba pensando. Walter se despidió y Nicole lo acompañó hasta su camioneta.

—Ah, hay algo más que tengo que decirte, Nicole. Esta mañana, en la cafetería del pueblo, he oído decir que ha estado merodeando por el pueblo un hombre que busca a una mujer con un niño. Conduce un Cadillac.

Nicole se sintió al borde del desmayo. ¡No! No podía ser. Después de tanto tiempo era imposible... Había tenido cuidado de no aparecer con Cody en ninguna parte. Nadie la había visto con el niño...

—Siento ser el portador de malas noticias —añadió Walter, mientras abría la puerta de la camioneta. He intentado llamar, pero... bueno. Espero que haberme presentado así no suponga ningún problema.

—Tranquilo, amigo. Has hecho lo que debías. Y no te preocupes por Michael. Ya se irá haciendo a la idea. De todas formas, pensaba contarle todo esta noche.

—¿De verdad? ¿No lo estarás diciendo para que me sienta mejor?

—De verdad —le dio un abrazo—. Dale muchos recuerdos a Mabel. Rezaré por ella e iré a verla en cuanto pueda. ¿Tiene teléfono en la habitación?

—Sí, al lado de la cama, para que no tenga que moverse.

—Entonces dile que la llamaré mañana. ¿Y tú cómo te encuentras?

—La echo terriblemente de menos, pero estoy bien.

—Ah, espera un momento —se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de dólares.

—No, no puedo aceptarlo.

—Insisto —le puso el dinero en la mano—. Me gustaría que

pudiera ser algo más, pero esto te ayudará al menos con la gasolina...

Al final Walter aceptó el dinero y se despidieron.

Nicole esperó a que la camioneta se alejara para entrar de nuevo en la casa, sabiendo de antemano lo malhumorado que iba a encontrar a Michael. Tomó aire y decidió que empezaría metiendo a Cody en la cama. Lo menos que podía hacer era ahorrarle a su hijo la discusión que, estaba segura, iba a tener lugar casi inmediatamente.

—Michael, déjame explicarte...

—No hay nada que explicar. La culpa ha sido mía por volver a confiar en una mujer.

—Michael, por favor. Hablemos.

—No tengo nada que decirte, Nicole —abrió la puerta del porche de un manotazo y salió.

Nicole sabía que era ella la causante de su enfado, pero su cabezonería estaba acabando con su paciencia. Lo siguió.

—Venga, huye —le reprochó—. Como hiciste hace siete años —no había terminado de decirlo cuando ya se estaba arrepintiendo de haberlo hecho.

Michael se paró en seco y se volvió.

—Mira quién habla. ¿Y tú de que huyes, doña Perfecta? Además de un hijo, ¿no tendrás también un marido?

Mientras luchaba contra las lágrimas que amenazaban con atragantarla, Nicole negó con la cabeza.

—Y de lo que sucedió hace siete años —continuó diciendo Michael—, tú no tienes ni idea.

—Sé que fue algo relacionado con Max —replicó, decidida a terminar lo que había empezado—. Y también sé que todo el mundo quiere a Max. De modo que sea lo que sea, tendrás que enfrentarte...

—No sé cómo te atreves a decirme algo así —la agarró del brazo y la obligó a acercarse a él—. Confiaba en ti, señora Bedder, o como demonios te llames. Y ojalá anoche no hubiera ocurrido lo que ocurrió.

—Iba a decírtelo...

—No empeores las cosas.

—Escúchame, por favor. Cuando esta mañana me he despertado ya te habías ido. Y esta noche te has ido con Josh, no he tenido tiempo para explicártelo todo.

—¿Y por qué no me lo dijiste anoche?

—No quería estropear las cosas. Parecía todo tan perfecto...

Advirtió una sombra de duda en los ojos de Michael. Este la soltó y se cruzó de brazos.

—¿Cómo puedo saber que no estás diciendo esto para justificarte?

—No puedes saberlo —posó la mano en su brazo, y le sorprendió que no la rechazara—. Michael, tienes que confiar en mí.

Michael reaccionó como si acabara de abofetearlo.

—¿Confiar? —le apartó la mano con desprecio—. Eres igual que...

Comenzó a bajar las escaleras del porche sin terminar la frase.

Nicole quería seguirlo, pero no lo hizo. Algo le decía que era preferible que le diera tiempo a que se enfriaran las cosas. Quizá más tarde, cuando le explicara todo sobre Cody, pudiera entenderla. Tenía que encontrar la manera de convencerlo de que no era como las demás. Al menos no como la mujer que tanto daño parecía haberle hecho.

Volvió al interior de la casa y se sentó en la sala, intentando analizar las cosas con calma. Quizá la escena de aquella noche hubiera servido para poner las cosas en su sitio, se dijo desolada. Sí, quizá había cometido un error. Había sido una locura alentar a Michael de la forma en que lo había hecho...

Porque su relación no tenía ningún futuro. A menos que estuviera dispuesta a asumir el compromiso de quedarse, no tenía ningún derecho a intentar que Michael la viera de manera diferente. La triste verdad era que mientras Robert continuara siguiéndolos, ella y el niño tenían que estar preparados para huir en cualquier momento... Y eso significaría dejar para siempre a Michael.

Capítulo Ocho

Al cabo de una hora de conducir sin rumbo fijo, Michael se descubrió frente a la casa de su hermana, intentando encontrar la manera de controlar su enfado. En cuanto vio su camioneta, Taylor corrió hacia él.

—¡Michael! ¿Qué te pasa?

Michael abrió la ventanilla y bajó del coche, resistiendo la tentación de cerrar la puerta con violencia. No quería despertar a los niños. Al pensar en sus sobrinos, se acordó de otro pequeño inocente que dormía en ese momento en Purple Palace.

—Ven a sentarte conmigo al porche —le dijo Taylor, agarrándole de la mano.

—¿Dónde está Josh?

—Dormido —se sentó en el último escalón del porche y le pidió que se sentara a su lado—. ¿Cuándo fue la última vez que tuvimos una conversación tú y yo solos?

—No hemos vuelto a hablar a solas desde el funeral de papá, hace ya un par de meses —sentía un intenso dolor al nombrar a su padre—. Lo echo de menos, Taylor. Mucho.

Taylor le apretó la mano.

—Yo también. Pero no es de eso de lo que has venido a hablarme, ¿verdad?

—No, no es de eso.

—¿Y voy a tener que jugar a las adivinanzas para enterarme de qué es lo que te trae por aquí?

Michael se inclinó hacia delante y se rodeó las rodillas con los brazos. ¿Por dónde empezar? Desde luego, no por lo que sentía por Nicole. Todavía no estaba preparado para hablar de ello. Así que quizá debería hablar de la llegada del hijo de Nicole, del que hasta hacía una hora desconocía su existencia. O quizá de Max. Se pasó la mano por el pelo y sacudió la cabeza confundido.

—Michael, ya sabes que durante todos estos años nunca hemos hablado de Max, de lo que sientes por él. Ahora debe de ser muy duro para ti vivir tan cerca de él.

Michael asintió lentamente, agradeciendo que su hermana hubiera tomado la iniciativa.

—Lo que es duro es que parece ser un buen hombre. Me gustaría odiarlo. Sería mucho más fácil.

—¿De verdad lo crees?

—Quizá si lo hubiera conocido cuando era más joven... O si mamá me hubiera hablado de él antes de morir.

—No podemos culparle a Max de lo ocurrido. El supo la verdad al mismo tiempo que nosotros.

—Lo sé. Pero entonces solo puedo enfadarme con mamá. Y eso tampoco me gusta —Taylor posó la cabeza en su hombro.

—¿Sabes? Para nosotros es muy difícil imaginarnos a nuestros padres como seres humanos, como gente que tiene sueños, esperanzas... E incluso deseos.

Michael asintió lentamente. No se sentía nada cómodo hablando de la vida íntima de su madre.

—Eran tan diferentes. A mamá le encantaba el cine, los libros. No tengo nada contra papá, hermanito, ¿pero lo viste alguna vez viendo una película o leyendo un libro?

—¿Y se supone que eso justifica la aventura de mamá? —replicó furioso.

—No, Michael. Pero ella ya pagó por su error durante el resto de su vida. E hizo lo que le parecía lo mejor quedándose al lado de papá y manteniendo a la familia unida —le palmeó la rodilla y suspiró—. Escucha, no estoy intentando venderte nada. Lo único que me gustaría es que hubieras podido leer lo que yo leí. Seguro que así los habrías perdonado. Oh, Michael, ojalá no hubiera quemado esos diarios.

Michael le pasó el brazo por los hombros y la estrechó contra él.

—Yo habría hecho lo mismo, hermanita —le besó la frente y se separó de ella. Recordó entonces el verdadero motivo que lo había llevado hasta allí. Un motivo que no tenía nada que ver con Max.

—Nicole ha sido maravillosa con los niños —comentó Taylor al cabo de un rato.

Michael miró a su hermana. Tenía en el rostro una sonrisa felina, como si supiera que Michael también estaba pensando en Nicole en ese momento.

—Me alegro de que nos la presentaras, Michael.

Michael se cruzó de brazos y desvió la mirada.

—¿Michael? —Taylor rió suavemente—. ¿Has tenido algún problema con Nicole?

—Esto no tiene ninguna gracia, Taylor —se levantó nervioso y comenzó a bajar los escalones. No quería ser brusco, pero, maldita fuera...

—No te enfades, Michael. ¿Por qué no me hablas de lo que ha pasado? Al fin y al cabo, esa es la razón por la que has venido aquí, ¿verdad?

—Maldita sea, Taylor. Odio que tengas razón —miró por encima del hombro. Taylor le estaba sonriendo. Pero no era la suya una sonrisa triunfal, sino una sonrisa serena que le transmitía infinita calma.

Resignado, volvió a sentarse a su lado y le contó todo. Todo, excepto que había hecho el amor con Nicole. Pero sí le contó que quería a Nicole y que incluso había llegado a confiar en ella.

—¿Qué es lo que te ha explicado ella?

—No me ha explicado nada... Bueno, quería hacerlo, pero yo no estaba dispuesto a escuchar más mentiras.

—¿Cuándo te ha mentido Nicole?

—De acuerdo, no me ha mentido directamente. Lo ha hecho por omisión, pero yo no creo que haya tanta diferencia. Me ha engañado y eso ya es más que suficiente. Además, ¿qué tipo de madre es capaz de dejar a su hijo y marcharse a buscar trabajo a un lugar como el que ella pensaba que era Purple Palace?

—Una madre desesperada —Taylor posó una mano en el hombro de su hermano—. Michael, ya has visto cómo es con los niños. No me puedo creer que no quiera a su hijo. ¿Por qué no escuchas lo que tenga que decirte?

Michael volvió a levantarse y sacudió la cabeza.

—¿Para qué si ya no puedo confiar en ella?

—Michael, no todas las mujeres son como Roxanne. Sé que te dolió enterarte de que te engañaba, pero afortunadamente lo averiguaste antes de casarte con ella. Además...

Michael se encaminó hacia la camioneta. Nicole se levantó y lo siguió.

—¿A dónde vas?

—Pensaba que me comprenderías.

Taylor aceleró el paso y lo agarró del brazo, pero Michael se negaba a volverse.

—Y te comprendo.

Michael se metió en la camioneta y miró a su hermana.

—Primero mamá, después las mentiras de Roxanne y ahora Nicole. Sé que tienes buenas intenciones, Taylor, pero aparte de ti, no conozco a ninguna otra mujer en la que pueda confiar —puso el motor en marcha y se alejó de allí a toda velocidad.

Por el espejo retrovisor, veía a su hermana bajo la luz del porche y maldijo en voz alta.

La única mujer que jamás le había fallado y él se comportaba con ella como un estúpido.

A la mañana siguiente, Michael se duchó y vistió a toda velocidad y bajó a la cocina con intención de desayunar antes de que Nicole se hubiera levantado. Pero en cuanto abrió la puerta de su habitación, oyó la voz de un pequeño procedente de la cocina.

Soltó un juramento. Aquella era su casa, pero no parecía tener ningún control sobre ella. Recorrió el pasillo a grandes zancadas, refugiándose tras su enfado como si se tratara de una coraza. Entró en la cocina, se dirigió al armario y sacó una taza que llenó de café sin mirar siquiera a la fuente de su frustración.

—Buenos días —lo saludó Nicole, sin alzar la mirada.

—Hola, señor Phillips. Tiene usted una casa muy bonita.

Michael suspiró pesadamente mientras se volvía, intentando recordarse que el pequeño no tenía la culpa de nada. Advirtió que tenía los ojos de su madre, y también su contagiosa sonrisa.

El niño asintió con entusiasmo.

—¡Y una cama chulísima!

Michael cortó un pedazo de pan y lo metió en el tostador. Si el niño había dormido en la cama, no sabía dónde habría pasado la noche Nicole. Sacó la crema de queso del frigorífico y la untó en el pan, mientras procuraba apartar de su mente la imagen de Nicole durmiendo donde fuera.

—¿Michael?

—¿Hmm?

—El miércoles pasado compré comida suficiente para dos semanas, así que creo que solo nos hace falta leche y un par de cosas más que puedo comprar en Joeville. Así que estaba pensando en dejar las compras para otro día y ayudarte con la casa.

Michael la miró a los ojos por primera vez en aquel día.

Nicole desvió la mirada y posó la mano en la cabeza de su hijo.

—Cody, ¿por qué no sales a jugar un rato fuera? Yo iré dentro de unos minutos.

Michael observó al niño, que los miró alternativamente antes de levantarse de la silla y dirigirse hacia la puerta. Desde luego, no se podía decir de él que fuera un niño maleducado.

—¿Cody?

El niño se detuvo y se volvió.

—¿Sí, señor?

—Hay una yegua en el establo. Si quieres puedes ir a verla —el niño abrió los ojos como platos—. Se llama Mae.

El sonido de los pasos del niño, bajando las escaleras del porche a toda velocidad hizo sonreír a Michael.

—Gracias, Michael.

La sonrisa desapareció inmediatamente de sus labios. Tenía pensado subir al piso de arriba y comenzar inmediatamente a trabajar, pero quizá no tuviera un momento mejor para dejar claras algunas cosas.

—Mira, Nicole, yo tengo que terminar de arreglar esta casa y tú tienes que encargarte de cuidar unos niños. Si somos capaces de mantenernos fuera del camino del otro durante el mayor tiempo posible, creo que podremos llevar esto de una forma civilizada.

Nicole asintió.

—De acuerdo.

¿Dónde demonios había quedado la complicada historia que pretendía que oyera la noche anterior?, se preguntó Michael desconcertado. Nicole permanecía sentada frente a él, fría como un cubo de hielo.

—He pensado que hoy sería el día ideal para empezar a pensar en el papel pintado. Puedo llevarme a Cody e ir a ver diferentes muestras. Habiendo tantas habitaciones, eso puede llevarnos todo un día de trabajo. ¿Te parece bien?

¿Qué le estaba pasando? Debía de estar volviéndose loco, porque de pronto, el enfado al que había prometido aferrarse, estaba desapareciendo como por encanto.

—Pero hoy es miércoles. Es tu día libre.

—Ahora que Cody está conmigo, ya es un día como otro cualquiera.

Michael acababa de descubrir cómo pasaba Nicole sus días libres. Y se preguntaba si en algún momento habría intentado buscar trabajo en otra parte. ¿Pensaba entonces desde el principio quedarse allí? ¿Y la seducción formaba también parte del plan? Pero recordó entonces cómo se habían desarrollado los acontecimientos dos noches atrás. Había sido él el que había comenzado a besarla...

—¿Michael?

—Sí, claro, ¿por qué no? —tomó su rebanada de pan y la taza de café y se dispuso a salir.

Pero Nicole lo siguió. ¿Qué demonios querría?

—Tomaré las medidas de las habitaciones y me iré.

—Tengo unas muestras que a lo mejor pueden servirte —subió las escaleras de dos en dos, deseando que Nicole se fuera cuanto antes, y le tendió un rollo de papel—. Toma, llévatelo. Y llévate también la camioneta. Yo no voy a necesitarla.

Nicole no tomó el papel directamente, para obligarlo a mirarla.

—¿Quieres que te traiga muestras para que puedas elegir?

En sus ojos había una inmensa tristeza. Casi parecía estar pidiéndole perdón.

—No, elige tú. Yo con... —la palabra "confío" se le quedó atravesada en la garganta. Claro que confiaba en su gusto para la decoración, pero prefería no utilizar esa palabra aquella mañana—. Estoy seguro de que me gustará cualquier cosa que elijas.

Pocos minutos después escuchaba el motor de la camioneta. Cansado por la falta de sueño, se sentó en el suelo, se apoyó contra la pared y cerró los ojos.

Nicole, Nicole. ¿Cómo se suponía que iba a conseguir sacársela de su sistema nervioso si la iba a ver durante todo el día? Era probable que tuviera una buena explicación para haberle ocultado que tenía un hijo. Pero, maldita fuera, ¿por qué no había confiado en él lo suficiente como para decirle la verdad? Si no al principio, si al menos después de la noche que habían pasado juntos. Una vez más, las imágenes de aquella noche invadieron su mente. Sentía los brazos de Nicole, sus brazos sobre los suyos, sus cuerpos fundiéndose como si fueran uno...

Se levantó del suelo y agarró el martillo. El trabajo era su salvación. Y cuanto antes terminara aquella casa, antes podrían

separarse y seguir cada uno su vida.

Capítulo Nueve

Dos semanas más tarde, Nicole le preguntaba a Michael si se podían reunir después del almuerzo para hablar del proyecto de la casa. Aunque había sido difícil trabajar a su lado, Michael tenía que admitir que Nicole estaba contribuyendo a la restauración en más aspectos de los que él esperaba. Había pintado la mayor parte de las molduras del piso de arriba, un trabajo tedioso para el que él jamás habría tenido tanta paciencia. Y todas sus sugerencias habían sido de gran valor.

Ojalá no hubiera sido tan buena. Ni tan dulce. Y ojalá no fuera tan buena madre. Ni todas esas otras cosas que la hacían tan condenadamente atractiva. A veces le resultaba difícil recordar por qué se había enfadado con ella. Era como si Nicole estuviera haciendo todo lo posible para que volviera a confiar en ella. En ningún momento había intentado explicarle nada. Parecía que le bastaba con demostrarlo. Cosa que, si era sincero consigo mismo, tenía que admitir que estaba haciendo bastante bien.

Nicole volvió a llenar las tazas de café, le pasó a Cody otra pasta de canela y se sentó a la mesa.

—He estado pensando que deberíamos esperar un poco antes de comenzar a empapelar.

—¿Por qué? —Michael la miró por encima del borde de su taza.

—Creo que debería lavar antes las alfombras.

—Supongo que tienes razón, pero ese es un trabajo para el que se necesitan dos personas, aunque solo sea para bajar las alfombras.

—Yo puedo ayudar —se ofreció inmediatamente Cody.

Nicole le sonrió a su hijo.

—Estoy segura, grandullón. Pero me temo que hacen falta unos músculos más fuertes que los nuestros —vaciló un instante—. Ahora que ya han terminado las clases, me pregunto si podría ayudarnos Billy.

—No es mala idea —¿pero entonces por qué le molestaba tanto no ser él el único que podía ayudarla?

—Aunque quizá sea mejor lijar antes el parqué del piso de abajo.

—Claro, esa es otra de las cosas en las que puede ayudarnos Billy —tomó aire, y sintiendo una repentina necesidad de gastar

energía, se levantó de la silla y descolgó el teléfono—. Lo llamaré ahora mismo, a ver si lo encuentro.

—No hace falta. Piensa venir a vernos hoy.

Michael colgó el auricular y la miró a los ojos. ¿Ya se lo había pedido ella? ¿Sin consultarle primero?

—Todavía no le he dicho nada del trabajo —le explicó Nicole, como si le hubiera leído el pensamiento—, he pensado que deberías ser tú el que se lo dijeras.

Michael tomó su taza y comenzó a beber, procurando ocultar la culpabilidad que debía reflejar su rostro. Siempre se precipitaba a sacar conclusiones cuando alguna mujer lo sorprendía. Y era absurdo que lo hiciera con Nicole. Porque desde la llegada de Cody, no le había dado un solo motivo para desconfiar de ella. Por el rabillo del ojo, advirtió que Cody lo estaba mirando. Al cabo de un rato, el niño dijo con voz tímida:

—Billy me va a llevar a montar a caballo... Si le parece bien, señor Phillips.

¿En qué clase de ogro se había convertido durante las dos semanas anteriores para que el niño pareciera tan asustado? Pero era cierto, no se había permitido establecer ningún lazo afectivo con el niño. No quería hacerlo porque sabía que pronto se separarían y no quería hacerle daño. Pero no había ningún motivo para que le tuviera miedo.

—Claro que me parece bien, Cody. Billy puede llevarte a montar siempre que quiera.

—Gracias —contestó Cody, con la mirada baja. Tiró a su madre de la manga y le preguntó—: ¿Puedo marcharme?

—Sí, puedes irte.

—¿Y después podré ayudarte con las alfombras?

Nicole sonrió y asintió. Cody salió entonces corriendo como si lo persiguiera una manada de lobos.

Nicole limpió la mesa mientras Michael llamaba a la ferretería. Tras hacer la llamada, este colgó el teléfono y comenzó a subir las escaleras. Necesitaba estar solo para pensar. Aquella educada rutina no estaba funcionando. Necesitaban hablar, pero antes tenía que pensar.

Antes de haber llegado al primer escalón, oyó que Cody entraba nuevamente en la cocina y retrocedió. El niño parecía

especialmente tenso aquella mañana y Michael no podía evitar pensar que su actitud tenía que ver con él, así que decidió escuchar lo que le decía a su madre.

—Él no es el hombre de la fotografía, ¿verdad, mamá?

—¿Quién, Cody?

—El señor Phillips.

—¡Cody! Por supuesto que no, ¿cómo puedes pensar eso?

—A veces me da miedo. Parece que está muy enfadado conmigo.

—Ven aquí, grandullón.

Michael contuvo la respiración. Oyó las palabras de Nicole, tranquilizando a su hijo y estuvo a punto de entrar en la cocina para asegurarle que él también pensaba que era un gran chico.

—No está enfadado contigo, Cody —le explicó Nicole—, fui yo la que le hizo enfadarse.

—¿Por qué? ¿Qué le hiciste?

—Bueno... No fui completamente sincera con él antes de que vinieras, pero todo se arreglará, cariño. No tienes que preocuparte por eso. El hombre de la fotografía no sabe dónde estamos. Aquí estamos a salvo, cariño. Créeme.

—De acuerdo —Cody no parecía muy convencido—. ¿Pero por qué no le gusto al señor Phillips?

—Oh, Cody, estoy segura de que le gustas. Simplemente está muy ocupado trabajando, eso es todo. Y ahora dame un abrazo y déjame verte sonreír.

Michael subió corriendo al piso de arriba y se encerró en el primer dormitorio que encontró.

“El hombre de la fotografía no sabe dónde estamos. Aquí estamos a salvo”, había dicho Nicole. Y la idea de que alguien pudiera hacerles daño a ella o a su hijo, le hacía sentir ardor de estómago. ¿Qué hombre sería ese? ¿Y por qué le tenían tanto miedo?

Comenzó a caminar nervioso por la habitación, sintiendo una furia creciente hacia ese hombre sin rostro capaz de hacer sufrir a una mujer y a un niño... ¡Especialmente a esa mujer y a ese niño!

Se paró en la ventana y se pasó la mano por el pelo. Era absurdo seguir negando sus sentimientos. Su enfado lo había cegado durante unas semanas, pero no podía seguir eludiendo la verdad. Quería a

Nicole. Y cualquiera que fuera el error que había cometido, no se merecía pagarle con su estúpido orgullo. Lo único que en aquel momento le importaba era poder protegerlos a ella y a Cody. ¿Pero cómo? ¿Y de quién? De una u otra forma, tendría que averiguarlo.

A media tarde, Michael oyó que Cody bajaba a toda velocidad las escaleras. Se asomó a la ventana y vio a Billy en el porche, atando su pony a uno de los postes y pidiéndole a Cody algo de beber. Cody le dijo que su madre acababa de hacer limonada y Billy le sugirió que tomaran un vaso antes de salir a montar.

Michael advirtió que Billy no entraba en la casa. Se quedó sentado en un escalón del porche, mirando detenidamente a su alrededor. Trabajar en aquella casa podía ser más difícil para él de lo que Michael se había imaginado. Los recuerdos que Billy debía conservar de aquel lugar debían de ser muy dolorosos.

Cody salió con dos vasos de limonada, le tendió uno a Billy y se sentó a su lado. Los bebieron si hablar durante un rato. Michael terminó de ponerle la masilla a una ventana en la que estaba trabajando y se dispuso a empezar con otra que estaba en la misma fachada de la casa.

Billy se terminó su limonada y se inclinó hacia delante.

—¿Sabes? Yo antes vivía aquí, cuando tenía los mismos años que tú.

—Mi madre me lo dijo. Tu cama es muy chula.

Billy miró al niño.

—Espero que seas feliz aquí, Cody. Yo lo fui mucho.

—Casi siempre estoy feliz… —empezó a decir Cody, y se interrumpió de pronto.

—Si te ha ocurrido algo, puedes contármelo, Cody.

—Bueno, es solo que… Creo que al señor Phillips no le gusta que esté aquí.

Por segunda vez en aquel día, Michael sintió el peso de la culpa en las entrañas.

—Cuando vivía aquí con mi padre y Savannah, yo me sentía igual. Incluso me escapé una vez.

—¿De verdad? ¿No te dio miedo?

—Me temblaban hasta los zapatos. Pero estaba equivocado, Cody. Mi padre y Savannah tenían algunas cosas que arreglar entre

ellos que no tenían nada que ver conmigo.

Michael dejó la masilla y se separó de la ventana. Ya había oído suficiente. Su conciencia lo estaba destrozando. ¿Cómo podía haber sido tan insensible al efecto que su conducta tenía en Cody? Solo era un niño. Un niño inocente.

Y había llegado el momento de dejar de lamentarse e intentar arreglar las cosas. De modo que se quitó el cinturón de las herramientas y bajó al porche, esperando que su idea fuera buena.

Los chicos acababan de terminar la limonada y estaban llevando los vasos a la cocina cuando Michael se reunió con ellos.

—Billy —cruzó la habitación con la mano extendida—, pensaba llamarte hoy mismo. Me alegro de que hayas venido.

Billy le estrechó la mano y retrocedió.

—¿Necesitas que te eche una mano?

—La verdad es que sí, pero no ahora. He pensado que podía tomarme un descanso y salir a cabalgar con vosotros. Hace mucho tiempo que no saco a pasear a la vieja Mae —advirtió la mirada de asombro de Cody y no le sorprendió. Durante los días que llevaba en la casa, solo lo había visto trabajar.

—Me parece estupendo, pero nos falta un caballo.

—No importa. Cody puede montar conmigo —vio la expresión desilusionada del pequeño y comprendió que seguramente quería montar su propio caballo. Inmediatamente se le ocurrió una solución. Podían montar hasta el rancho de Max y conseguir allí un tercer caballo. Fueran cuales fueran sus sentimientos hacia Max, ya era hora de comenzar a priorizar las necesidades del pequeño—. ¿Cody? No te importa montar conmigo, ¿verdad?

—No, señor Phillips —contestó el niño con la mirada clavada en el suelo y labios temblorosos.

Michael se agachó a su nivel.

—Preferiría que me llamaras Michael, si no te importa. Y si Billy está de acuerdo, he pensado que podríamos cabalgar hasta el rancho y buscar allí otro caballo para ti.

Cody se volvió hacia Billy.

—¿Podemos ir, Billy?

Este miró a Michael. Parecía tan sorprendido como Cody ante aquella sugerencia, pero por razones diferentes.

—Me parece una buena idea.

—Voy a hablar un momento con Nicole y ahora mismo vuelvo.

Billy posó la mano en el hombro de Cody y lo instó a dirigirse hacia el establo.

—Vamos. Tenemos que ensillar a Mae.

Nicole los observó marcharse, sorprendida de que Cody montara en el caballo con Michael en vez de con Billy. ¿Estaría Michael haciendo un esfuerzo especial, justo cuando el trabajo comenzaba a tocar a su fin? Al principio, Nicole había deseado con todas sus fuerzas que llegaran a llevarse bien, pero a esas alturas, que entablaran amistad solo serviría para que la separación fuera mucho más dura.

Cody se mecía en la silla, intentando encontrar una postura cómoda. Iba inclinado hacia delante, como si quisiera evitar el contacto con Michael. Y este no podía culparlo. Hasta ese día, no había hecho ningún esfuerzo por acercarse al niño. Michael intentaba no pensar en ello mientras cabalgaba, pero no conseguía apartar aquel incómodo pensamiento de su mente.

Michael le habló a Billy del trabajo de la casa y este se entusiasmó ante la posibilidad de ganar algún dinero. Dijo que empezaría al día siguiente.

—¿Y no queréis que os ayude también a pintar?

—De eso se está encargando Nicole. Y en cuanto termine de lijar el suelo, empezará a empapelar el piso de arriba.

—Me refería a la fachada. No sé si Nicole tiene miedo a las alturas, pero hay que subirse a una altura considerable.

—Mi madre odia las alturas. Una vez tuvo que ir a buscar un balón que se me había quedado en el tejado y las piernas le temblaban de verdad.

Michael advirtió la preocupación en la voz del pequeño y le entraron ganas de abrazarlo. Aquel niño adoraba a su madre... Igual que ella lo adoraba a él. Volvió a sentir el dolor de la culpa. Había tenido la evidencia de la honradez de Nicole delante de sus narices, pero su cabezonería y su orgullo le habían impedido darse cuenta durante semanas. Y ya era hora de que las cosas cambiaran. Después de lo que había oído aquella mañana, estaba seguro de que Nicole tenía razones para mantener su secreto. Además, la echaba terriblemente de menos.

Se detuvieron para que los caballos pastaran en una pradera y bebieran de un arroyo cercano. Michael observó a Billy, que miraba satisfecho a su alrededor.

—¿Crees que alguna vez te aburrirás de esto? —le preguntó, señalando con un gesto vago a su alrededor.

—Jamás dejaré Montana —contestó Billy con ardor—. No puedo imaginarme viviendo como una sardina en lata en un ciudad contaminada. Y me gusta poder vivir sin tener que cerrar las puertas. Aquí me siento a salvo, ¿sabes?

Era una pregunta retórica y Michael se sorprendió al oír contestar a Cody:

—Yo sí —y añadió—: Pero espero que el hombre malo esté lejos.

—¿Qué hombre malo, Cody? —preguntó Billy.

El niño se estremeció en la silla, pero no contestó directamente. Michael estaba a punto de repetir la pregunta cuando Cody dijo:

—Mi madre se lo contó al abuelo Walter y a la abuela Mabel. Ellos son nuestros mejores amigos.

Era evidente que quería hablar de ello, pero Michael advertía el temor del niño.

—Nosotros también somos tus amigos, Cody. Con nosotros estás a salvo —lo alentó Billy.

—Cody, se supone que no debería haberlo oído, pero esta mañana parecías preocupado por un hombre que aparecía en una fotografía. ¿Ese es el hombre malo?

Cody asintió lentamente y acercó su pequeño cuerpo hacia Michael, como si de pronto necesitara protección.

—¿Quieres hablarnos de él? —le preguntó Michael con cariño.

—Acaba de salir de la cárcel y mamá dice que nos está buscando. Por eso nos escondimos con los abuelos. Bueno, en realidad no son mis abuelos, pero mi madre me dijo que podía llamarlos así. Nos dejaron quedarnos con ellos cuando no teníamos dinero. Pero son ancianos y mamá dijo que tenía que encontrar trabajo. Entonces vino aquí.

—¿Qué hizo ese hombre malo? —le preguntó Billy.

—Robó un almacén con una pistola muy grande, pero la policía lo atrapó y lo metió en la cárcel.

—¿Vosotros visteis el robo? —preguntó Billy.

Cody negó con la cabeza.

—Yo no había nacido. Pero mamá se enteró.

—¿Y por qué está buscando a tu madre? ¿Lo sabes?

Cody desvió la mirada y dijo con un hilo de voz:

—Porque es mi padre.

Michael cerró los ojos, intentando sofocar el intenso dolor de su corazón. Incapaz de seguir reprimiéndose, abrazó a Cody y lo estrechó con fuerza contra él.

—Mi madre dice que si lo veo tengo que salir corriendo y esconderme.

—Es un buen consejo —no le extrañaba que Nicole hubiera decidido guardar el secreto. Él mismo temblaba ante la posibilidad de que alguien pudiera hacerle algún daño a aquel niño.

O a Nicole.

Que en ese momento estaba en la casa, sola.

Sintió que se aferraba el miedo a su estómago. ¿Deberían volver ya a la casa? Miró hacia delante y pudo ver el rancho. Estaban demasiado cerca para que mereciera la pena dar la vuelta. Pero en cuanto llegara llamaría a Nicole, pediría prestada una camioneta y regresaría a la casa.

Minutos después, estaba en la cocina del rancho, marcando el número de teléfono de su casa.

Contó los timbrazos: al sexto colgó. Gruñó frustrado y marcó de nuevo, temiendo haberse confundido.

Pero nadie contestaba el teléfono.

Capítulo Diez

Al noveno timbrazo, Nicole, que entraba corriendo del jardín, descolgó el teléfono. E inmediatamente reconoció el miedo en la voz de Michael.

—¿Le ha ocurrido algo a Cody? —preguntó aterrada.

—No, Cody está estupendamente. Ahora mismo está con Hannah.

Nicole suspiró aliviada, se acercó una silla y se derrumbó en ella. Pero cuando Michael empezó a explicarle dónde podía encontrar su rifle, se levantó de un salto.

—¿Por qué me dices eso?

—Cody me ha contado... —se hizo una larga pausa—. Lo del hombre de la fotografía del que tiene miedo.

Sorprendentemente para Michael, Nicole soltó un suspiro de alivio.

—¿Quieres que volvamos a casa ya? Podemos pedir prestada una camioneta.

—Gracias, Michael, pero no hace falta. Los únicos que saben que estoy aquí son Mabel y Walter y ellos jamás se lo contarán a nadie. No te preocupes, estoy bien —oyó que Michael suspiraba al otro lado de la línea y le conmovió su inesperada preocupación.

Pero aquella no era una conversación que le apeteciera tener por teléfono, así que cambió rápidamente de tema.

—¿Qué tal le ha ido a Cody con Mae? Estoy segura de que está disfrutando mucho.

—Desde luego. Es un gran chico, Nicole —añadió tras unos segundo de silencio—. Debería habértelo dicho hace mucho tiempo. Has hecho un trabajo maravilloso con él.

Nicole estaba tan asombrada que no era capaz de decir otra cosa que “gracias”. Michael no podía haberle dicho nada mejor. Y tampoco nada que le pusiera más triste. Porque estaba convencida de que Michael podía haber sido un gran padre...

Como permanecía en silencio, Michael comentó:

—Si estás segura de que estás bien, volveremos a casa dentro de un par de horas. Y no te preocupes por la comida —se calló un momento—. ¿Crees que más tarde podremos hablar?

—Sí —contestó Nicole con un hilo de voz, colgó el teléfono y permaneció durante un buen rato con la mirada clavada en la

ventana.

Sabía que Michael querría conocer su pasado... Y merecía saber que ella había querido contárselo desde que se había dado cuenta de que lo quería.

Robert. Le bastaba pensar en él para echarse a temblar. Se preguntó si debería comentarle a Michael lo que le había contado Walter, que había llegado un hombre al pueblo preguntando por una mujer y un niño. Pero no quería preocuparlo más y al fin y al cabo, Robert no había podido localizarla.

Se apoyó contra el respaldo de la silla y pensó en lo que le había dicho Michael: no en sus palabras, sino en el tono que había empleado. Y comprendió que el milagro había sucedido, que se habían cumplido sus esperanzas de que Michael la perdonara.

Aquella noche, se terminarían las mentiras. Aquella noche, solo quedaría lugar para la verdad.

Decidió darse una ducha rápida para aplacar sus nervios y, tras ponerse el camisón, se echó sobre la cama. Le sentaría bien una pequeña siesta, porque iba a necesitar todas sus fuerzas para hablarle a Michael de su pasado. Y, peor aún, para poder hablar de sus expectativas de futuro.

Michael colgó el teléfono. La mano le temblaba sobre el auricular. De pronto, sentía una necesidad imperiosa de saberlo todo sobre aquella mujer que había causado estragos en su corazón desde la primera vez que había puesto los ojos sobre ella.

Empezaba a alejarse del teléfono cuando oyó una risa tras él. Le sonaba dolorosamente familiar. Se quedó muy quieto, escuchando con atención. Apenas era capaz de respirar mientras sentía la voz de su madre cada vez más cerca.

Antes de ver a Molly, vio a Max agarrándola del brazo. El corazón le latía violentamente en el pecho. Max, al verlo, se apartó de Molly y se acercó a él con la mano extendida.

—¡Michael! Qué agradable sorpresa.

Michael ignoró la mano que le tendía y giró sobre sus talones.

—Gracias por dejarme utilizar el teléfono —dijo entre dientes, y salió de la cocina.

Oyó que Max lo seguía hacia el establo. Billy estaba allí, refrescando a su caballo, pero al adivinar la tormenta que se

avecinaba, decidió alejarse de allí.

—Creo que iré a enseñar a montar a Cody. Hasta luego.

Michael le dirigió una mirada acusadora. No sabía lo que iba a pasar a continuación. Con los brazos en jarras y la respiración agitada, se volvió, dispuesto a seguir a Billy. Pero Max se detuvo frente a él, bloqueándole el paso.

—¡Michael!

Michael alzó ambas manos, advirtiéndole con ese gesto que se apartara, pero Max no se movió.

—Debería haber llamado antes. No tengo derecho a...

—Michael, siempre serás bienvenido en esta casa. Tú...

—No debería haber venido.

—Si vamos a ser vecinos, no podemos evitar estos encuentros. ¿Por qué no vienes a casa y hablamos un rato?

—No tengo nada que decir...

—Oh, claro que tienes cosas que decir.

—Pero ninguna que tú quieras oír.

—Inténtalo.

Michael intentó marcharse otra vez, pero Max volvió a impedírselo.

—¿Es que no has tenido ya suficiente? —le reprochó Michael, perdiendo ya por completo la paciencia—. Primero sedujiste a mi madre. Después has engañado a mi hermana, haciéndola creer que eres una bellísima persona. ¿Y ahora también quieres seducir a Molly? —dio un paso hacia él, con gesto amenazador—. Si le haces algún daño a mi tía, te juro que te arrepentirás.

—Jamás le haría ningún daño a tu tía, Michael... Y jamás se me ocurrió pensar que mi interés por ella pudiera afectarte —bajó la mirada y retrocedió—. Pero ya veo que te afecta, y lo comprendo. Lo siento, Michael.

Michael esperaba que Max se defendiera, que le diera alguna razón que le permitiera apartarlo de un empujón y marcharse. Pero su arrepentimiento lo hacía imposible. Michael lo observó alejarse con la cabeza gacha.

Maldita fuera. ¿Por qué, cuando creía tenerlo todo bajo control siempre tenía que ocurrir algo? ¿Por qué habría tenido que conocer Max a Molly? ¿Es que no había otros hombres en el mundo?

¿Y por qué tenía que parecer ella tan feliz?

Michael se reclinó contra la puerta de uno de los pesebres con los brazos cruzados. Continuaba viendo con nitidez el dolor que se había reflejado en el rostro de su padre cuando habían descubierto la verdad; recordaba sus sollozos incontrolables, la tristeza de sus ojos. Algo había cambiado desde entonces. Por supuesto, no el amor que se profesaban el uno al otro. Eso jamás cambiaría. Pero aunque no habían vuelto a hablar de ello nunca más, la tristeza ya nunca había desaparecido del rostro de su padre. La verdad le había desgarrado el corazón y lo había condenado a una muerte prematura.

Michael se enderezó y respiró hondo, intentando tomar fuerzas para el camino de vuelta con Cody. Aquel niño ya había sufrido suficiente. No necesitaba más problemas. Y tampoco Nicole.

Permaneció allí un rato más, pensando en el estallido de furia que había tenido con Max, preguntándose hasta qué punto no había estado proyectando contra Nicole un enfado del que ella no era en absoluto culpable. Sí, era cierto que lo había engañado, pero con la vida que había sufrido, era lógico que quisiera protegerse.

Sacudió la cabeza, disgustado consigo mismo. El rencor contra su madre y contra Max había estado a punto de destrozar su relación con Nicole.

Pero aquello iba a cambiar. Por fin comenzaba a adivinar una salida para su situación. Aquella misma noche le pediría disculpas. Y esperaba que no fuera demasiado tarde.

Salió del establo sintiéndose mejor, con la sensación de haber emprendido un nuevo rumbo. A los pocos metros encontró a Cody con Hannah y con Billy.

—¡Ahí estás! Ven con nosotros, estábamos a punto de entrar en casa a merendar. Acabo de sacar del horno unas galletas de chocolate.

Michael se palmeó el estómago.

—Tengo que cuidar la línea. Nicole me está alimentando demasiado bien. Pero id vosotros —sonrió abiertamente, pero comprendió, por la mirada escrutadora de Hannah, que no había conseguido engañarla.

Hannah señaló entonces la puerta de la cocina.

—Chicos, pasad vosotros —les dijo a Billy y a Cody—. Y serviros un buen vaso de leche. Yo me quedo aquí fuera con Michael —se

acercó hacia un banco y se sentó, mirando a Michael para que se sentara a su lado.

Michael obedeció, en aquella ocasión con una sonrisa sincera, aunque se preguntaba qué tendría aquella mujer en mente. Esperaba que no pretendiera hablarle de Max.

—Es una buena mujer.

—¿Molly? Sí, lo es.

Hannah le palmeó la rodilla.

—Sabes perfectamente que no estoy hablando de Molly. Aunque sí, también ella es una buena mujer —se cruzó de brazos—. Mmm. Todos los hombres sois iguales. Podéis tener lo mejor del mundo delante de vuestras narices y no os dais cuenta. ¿Cuántas chicas guapas hay por aquí que además sepan cocinar, trabajar y educar a un niño? ¿Eh, cuántas?

—Hannah...

Billy y Cody salieron en ese momento de la cocina. Cody le tendió una galleta.

—Le he traído una, señor... —inmediatamente se corrigió—: Te he traído una, Michael. Por si tienes hambre.

—Gracias, Cody —se oyó un trueno a lo lejos. Michael alzó la mirada hacia el cielo—. Será mejor que volvamos a casa antes de que empiece a llover.

—No creo que llueva hoy—comentó Hannah—. Lo he visto en el Almanaque del Granjero. Me temo que vamos a tener un verano muy seco. Y si quieres saber mi opinión, puede ser hasta peligroso. Aunque la verdad es que he estado rezando para que el almanaque se equivoque. ¡Y todos sabemos que las oraciones son más fuertes que ese estúpido periódico! —soltó una carcajada tan contagiosa que el propio Michael terminó riendo a pesar de sus preocupaciones.

Se despidió de ella con un beso y corrió a montar a Cody en su caballo. Billy prometió pasarse por el rancho a primera hora de la mañana para empezar a limpiar las alfombras.

—¡Mamá, mamá! ¡Mira! —Cody entró corriendo en la casa, pero se detuvo en cuanto vio a su madre dormida en la cama. Entró en la habitación caminando de puntillas—. ¿Estás enferma, mamá?

Nicole se incorporó de un salto y se frotó los ojos con la mano.

Miró a su alrededor desorientada. ¿Era ya por la mañana? Vio entonces a Michael en el marco de la puerta y sintió nuevamente el dolor de saber que quizá estaba esperando mucho más de lo que jamás podría llegar a tener.

—No, cariño. Estoy bien. Solo un poco cansada. Vete a la cocina y yo iré en cuanto me vista —Cody desapareció corriendo, más contento de lo que Nicole lo había visto desde que se habían marchado de Denver. Michael se apoyó contra el marco de la puerta con una perezosa sonrisa.

—Por mí no hace falta que te vistas.

Nicole inclinó la cabeza y lo miró, intentando descifrar lo que quería decirle. ¿Sería real el tono seductor de su voz… o se trataba simplemente de una extensión de su imaginación?

—Hace calor —continuó diciendo Michael—, así estarás más cómoda.

—Pero si estoy en camisón…

—Estás muy bien, de verdad —insistió Michael, con una resplandeciente sonrisa.

—Mamá —gritó Cody desde la cocina—, tengo hambre.

Michael le tendió la mano para ayudarla a levantarse y Nicole se la estrechó.

—No podemos dejar que el niño continúe hambriento, ¿verdad? —preguntó Michael.

Nicole salió al pasillo detrás de Michael, consciente de que éste sabía que lo estaba observando.

Al parecer, aquella noche no iba a empezar de la forma que Nicole lo había planeado.

Más tarde, Nicole le contó a Cody un cuento, lo arropó y le dio un beso de buenas noches. A continuación se metió en el baño, se lavó los dientes y se peinó. Un escalofrío de anticipación le recorrió la espalda. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había sentido el calor de la sonrisa de Michael. Pero tenía que recordarse que no debía alentarlo. Quizá al hablar con él de su pasado consiguiera que se enfriaran un poco las cosas.

Encontró a Michael en el columpio del porche. Se acercó silenciosamente a él y se sentó a su lado.

Michael pareció alegrarse de verla, pero no hizo intención de

tocarla ni nada parecido, lo cual facilitaba un poco las cosas.

—Lo siento… —comenzó a decir Nicole.

—Lo siento —dijo él a la vez y ambos rieron suavemente.

—Siento no haberte contado todo antes de que apareciera Cody.

—Y yo siento no haberte dado oportunidad de explicármelo… Y siento también lo mal que te he tratado desde entonces.

—Es comprensible —se quedó callada un instante—. Michael… Cuando era más joven, cometí algunos errores.

—¿Y quién no? —preguntó Michael, estirando el brazo sobre el respaldo del columpio.

—Conocí a Robert a los diecisiete años —empezó a explicarle—. Él tenía diecinueve y ya ganaba mucho dinero. Era un chico atractivo, tipo James Dean. Llevaba cazadora negra de cuero y conducía un Cadillac reluciente. A todas las chicas les parecía un tipo increíble. Así que, cuando me pidió salir, pensé que me había tocado la lotería. A mis padres no les gustó en cuanto lo vieron. Pensaban que un joven que llevaba su ritmo de vida no podía estar trabajando en nada limpio. Él me decía que abastecía a diferentes farmacias. Compraba medicinas a granel a varios almacenes y almacenaba las mercancías. Al cabo de un tiempo, mis padres me prohibieron salir con él. Por supuesto, eso solo sirvió para añadir emoción a nuestros encuentros. Estuvimos saliendo a escondidas hasta que yo me gradué y entonces me fugué con él. Mi padre puso el grito en el cielo. Me dio un ultimátum: o volvía a casa y conseguía la anulación de nuestro matrimonio o no volvería a verlos nunca más.

Nicole miró a Michael, sabiendo lo que estaba pensando, pero también que sería injusto no contarle toda la verdad.

—Michael, yo pensaba que él era el mejor del mundo. Pensaba que estaba enamorada de él —Michael permanecía en completo silencio y Nicole continuó su relato—. Me quedé embarazada muy pronto. Y fue entonces cuando salió a la superficie el verdadero Robert. Quería que abortara. Yo quería complacerlo, pero no me sentía capaz de hacer una cosa así —bajó la mirada, avergonzada—. Y fue entonces cuando él comenzó a pegarme. Quería alejarme de su lado, pero estaba embarazada, no había trabajado nunca y no podía volver a casa. Además, en el fondo pensaba que las cosas podrían cambiar. Y, desde luego, cambiaron. Entonces averigüé que

lo de las farmacias era falso. Robert se vio en un apuro y pidió dinero a un prestamista. Cada vez le resultaba más difícil pagar los intereses y se estaba volviendo loco. Fue entonces cuando decidió hacer un atraco. Lo agarraron a las veinticuatro horas y lo metieron en la cárcel. Y yo aproveché para escaparme.

Se interrumpió un instante.

—Nunca lo he vuelto a ver. No apareció en el juzgado para firmar el divorcio, gracias a Dios. Durante mucho tiempo, yo intenté convencerme de que todo había terminado. Pero siempre había algo que me inquietaba. Por alguna razón, pensaba que quizá Robert quisiera localizarnos cuando saliera de la cárcel. A principios de esta año me escribió. Me decía que quería ver a su hijo y que en cuanto consiguiera recuperar su coche vendría a buscarnos. Fue entonces cuando decidí utilizar el apellido de mi madre y dejar la ciudad.

—¿Por qué te cambiaste el apellido? —preguntó Michael, cuando Nicole se quedó en silencio.

—Si utilizaba Keller, mi primer apellido, estaba segura de que me encontraría. Sabía que Robert desconocía el apellido de mi madre y... bueno, esperaba que mis padres intentaran localizarme algún día y de esa forma no les cerraba la posibilidad de hacerlo. Sé que es prácticamente imposible, pero no sabía qué otra cosa hacer. Cuando Cody nació, intenté ponerme en contacto con ellos, pero se habían cambiado de casa y en la guía telefónica de Denver no aparecían.

—¿Denver?

—Sí, Michael. Nunca he estado en Delaware. Lo siento. Pero es que al principio no...

—No pasa nada, Nicole, lo comprendo —le tomó la mano—. ¿Eso es todo?

—¿No te parece suficiente?

—Ven aquí —tiró suavemente de ella y la sentó en su regazo—. Eres una mujer valiente, señora Bedder.

—¿No querrás decir que soy una estúpida?

—Claro que no —la meció suavemente, sin decir nada, escuchando en medio del silencio de la noche el canto de los grillos y los aullidos de los coyotes.

Ya lo había contado todo. Y allí continuaba, entre los cálidos

brazos de aquel hombre. Cuando Michael le alzó la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos, el cerebro de Nicole le advirtió que había llegado el momento de continuar. Tenía que decirle que no podía quedarse, que eso solo serviría para hacer más difíciles las cosas. Pero su cuerpo se negaba a escuchar.

Michael la besó suavemente, con labios húmedos, cálidos, mientras le apartaba con la mano el pelo de la cara. Nicole gimió contra su boca, consciente de que aquello era un error, pero sintiéndose incapaz de hacer otra cosa. Tenía que detenerlo. Tenía...

Oyeron entonces un grito procedente de la habitación de Cody.

Capítulo Once

—Quédate aquí —dijo Michael, levantándose de un salto.

—No puedo.

Cody volvió a gritar y Nicole siguió a Michael al interior de la casa. Michael se detuvo ante la puerta del dormitorio del niño y se llevó un dedo a los labios. Entonces entró corriendo en la habitación, seguido por Nicole.

Cody estaba en medio del cuarto, frotándose los ojos y sollozando.

Nicole corrió hasta él y lo abrazó.

—Cariño, ¿qué pasa?

—Estaba aquí. En mi habitación —contestó el niño entre sollozos.

—¿Quién, Cody? —preguntó Michael, mirando frenéticamente a su alrededor.

—El hombre de la foto —abrió los ojos y miró a su alrededor. Parecía sorprendido de ver allí a Michael y a su madre—. He tenido una pesadilla, mamá. Quería llevarme de aquí. Yo le he dado una patada, pero tenía una pistola muy grande y...

—Chss. Ya es suficiente, jovencito, solo ha sido una pesadilla —lo tranquilizó Nicole.

—¿Puedo dormir contigo, mamá?

Nicole miró a Michael, intentando calibrar su reacción. Sabía que aquella no era la forma en la que ambos pensaban que terminaría la noche. Y también era consciente de que, sin embargo, era lo mejor.

—¿Te gustaría que te llevara a caballo? —preguntó Michael, ofreciéndole su espalda.

Cody se aferró a su cuello, le rodeó la cintura con las piernas y Nicole los siguió hasta su dormitorio. Michael tumbó al niño sobre la cama y a los pocos segundos Cody ya estaba completamente dormido. Nicole lo miró desde el marco de la puerta, disculpándose con la mirada, pero Michael se levantó, le puso un dedo en los labios y le dio un beso en la nariz.

—Que duermas bien, mi amor. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Nicole lo observó alejarse, deseando, con todas sus fuerzas, que fuera verdad.

A la tarde siguiente, cuando Nicole y Cody llegaron a casa tras haber pasado el día en el rancho, Billy salía de la casa cubierto de polvo de la cabeza a los pies y con un pañuelo rojo cubriéndole la nariz y la boca.

Al verlo, Cody se echó a reír y Nicole dijo:

—Pareces un ladrón de diligencias de una película del Oeste.

Billy se quitó el pañuelo y comenzó a sacudirse el polvo.

—Habéis tenido suerte al pasar el día fuera. ¡Menudo lío! Pero ya está todo limpio y preparado para empezar mañana a barnizar —estaba agotado, pero también orgulloso de su trabajo mientras se dirigía a su caballo—. Ahora lo único que me apetece es meterme en la ducha. Hasta mañana.

—Gracias Billy.

Nicole se despidió de él y envió a Cody al patio a jugar hasta la hora de la cena. Necesitaba hablar a solas con Michael. Había ocurrido algo aquel día que tenía interés en contarle. Y si no los interrumpían, podría contarle lo que había pensado la noche anterior.

Lo encontró dentro, examinando el trabajo de Billy. Al oírle entrar, se volvió y le dirigió una sonrisa que estuvo a punto de hacerle olvidar a Nicole lo que tenía que contarle.

—Billy ha hecho un gran trabajo, ¿verdad? —preguntó Michael, sin dejar de mirarla—. Hasta ha cubierto los marcos de las puertas y las escaleras para que no se mancharan.

Nicole le sostuvo la mirada. El corazón le latía violentamente, como cada vez que se miraban de aquella manera. Miró rápidamente a su alrededor, buscando un lugar en el que pudieran sentarse a hablar tranquilamente. Solo entonces recordó que habían sacado todos los muebles. La cocina era el único lugar que estaba intacto y la idea de hablar teniendo una mesa de por medio le parecía más fácil.

—¿Tienes tiempo de tomarte algo conmigo?

—Claro que sí, pero antes quiero lavarme un poco.

—¿Qué te apetece: limonada, té frío, un cerveza? —preguntó ella mientras se dirigía hacia la cocina.

—Té frío, gracias.

Una vez en la cocina, Nicole limpió la mesa, decidida al mismo

tiempo a dejar sus propios problemas a un lado para pensar en Molly. Algo le ocurría. Probablemente no fuera asunto suyo, pero sabía que Michael querría saberlo. Sacó una jarra de té de la nevera, sirvió una fuente de galletas y acababa de terminar de limpiar las puertas de los armarios y la nevera cuando entró Michael.

Se sentó a la mesa, sirvió dos vasos de té y mordisqueó una galleta.

—¿De qué querías hablarme, Nicole?

Nicole se demoró unos segundos, intentando poner en orden sus pensamientos mientras bebía el té. Cuando dejó el vaso en la mesa y volvió a mirar a Michael, vio que la sonrisa de este había desaparecido.

—¿Qué ocurre, Nicole? —había un recelo en su voz que a la joven no lo gustó nada.

—Michael, pareces enfadado. Como una bomba de relojería dispuesta a estallar...

—Maldita sea, Nicole. No hemos venido aquí para esto. No juegues conmigo, por favor. Dime lo que estás pensando.

—Eso es lo que quiero hacer, pero antes tienes que calmarte.

Michael se cruzó de brazos y apretó los dientes, esperando impaciente que Nicole continuara.

Nicole rezó en silencio para que el puente que habían tendido no terminara ardiendo antes de que hubiera tenido oportunidad de cruzar al otro lado. Aquella misma tarde había confirmado que Max era el responsable de los problemas de Michael. Y si iba a tener que marcharse de allí, quería hacerlo sabiendo que al menos había intentando ayudar a Michael.

—Michael... Michael, quiero hablarte de Max. ¿Qué problema tienes con él? ¿Por qué no eres capaz de estar a su lado?

—¿Y por qué se supone que eso deba de ser asunto tuyo? —preguntó Michael con sarcasmo.

—Porque yo... —se interrumpió a tiempo. Aquel no era el momento de decirle lo que sentía por él—. Porque yo he confiado en ti. He confiado lo suficiente como para contarte lo de Robert. ¿Por qué no puedes contarme tú lo de Max?

Michael se levantó de la silla y se acercó a la ventana.

—Esto... es diferente.

Nicole se levantó, se acercó a él y lo agarró del brazo,

obligándolo a mirarla.

—¿Por qué es diferente? —la mirada de Michael era tan remota, tan distante que casi la asustaba—. Por favor, dímelo.

Michael cerró por un instante los ojos. Cuando volvió a mirarla, había en ellos una triste mezcla de dolor y enfado.

—¿Quieres saber algo de tu maravilloso Max Malone? Pues entérate bien: tuvo una aventura con mi madre. ¿Satisfecha?

—Oh, Michael, yo...

—¿Lo sientes? —la interrumpió con expresión cínica—. ¿Lo sientes? —repitió, elevando la voz—. Pues bien, yo también. Y siento haber pensado que podía llegar a vivir cerca de ese hombre. Y siento saber que tendré que marcharme de aquí.

—Michael, no puedes estar hablando en serio. Tú...

—Nicole, no tienes ni la menor idea de lo en serio que estoy hablando. No sabes absolutamente nada de eso.

—Entonces cuéntamelo —insistió Nicole suavemente—. Por favor, Michael. Quizá te sientas mejor si hablas de ello conmigo.

Michael giró bruscamente y la agarró por los hombros.

—¿Tú crees? ¿Crees que me servirá de algo explicar que Max es mi padre, que el hombre que me crió y educó lo sabía y que mantener aquel secreto lo llevó hasta la muerte y que mi madre, a la que yo creía una santa, jamás me dijo una sola palabra sobre ello? —la soltó bruscamente y se volvió.

Nicole retrocedió, sintiendo el corazón en la garganta. Michael salió de casa antes de que ella hubiera tenido tiempo de recuperarse. Cuando por fin consiguió hacerlo, pudo ver a Michael apoyado contra un pino solitario, con la cabeza gacha. En ese momento, Nicole deseaba, más que nada en el mundo, decirle cómo se sentía. Pero sabía que no era eso lo que Michael necesitaba.

En aquel momento Michael necesitaba una amiga. Y ella quería serlo.

Salió lentamente por la puerta trasera, esperando que no huyera al verla. No sabía si la estaba oyendo acercarse o no, pero al menos no se movió. Nicole se detuvo a su lado y siguió el curso de su mirada, fija en la puesta de sol.

Permanecieron juntos sin decir una sola palabra durante mucho tiempo. Al cabo de un rato, Michael se deslizó hasta el suelo, apoyando la espalda contra el árbol y Nicole se sentó frente a él.

Michael alzó lentamente la mano que tenía apoyada en el regazo y se la tendió. Nicole la tomó y la estrechó con cariño. Se acercó a él y apoyó la cabeza en su pecho. Michael le besó delicadamente el pelo.

—Lo siento, Nicole —le susurró—. A veces soy un estúpido. Sé que tienes razón, que te debo la verdad. Pensaba decírtelo. Quizá incluso te lo habría dicho ayer si las cosas hubieran salido de otro modo. Es solo que... bueno, sé que no es excusa, pero me has pillado desprevenido. Por un momento, he pensado que mis sentimientos hacia mi madre y hacia Max podían interponerse entre nosotros. Lo siento, Nicole, ¿me perdonas?

Nicole asintió en silencio y le dirigió una débil sonrisa. Michael la abrazó con fuerza y la meció, comunicándole sus sentimientos sin necesidad de palabras.

—Si alguna vez vuelvo a hablarte como te he hablado hace un rato, te doy permiso para que me des una patada donde más me duela —dijo Michael con una enorme sonrisa—. Y ahora, ¿qué era lo que querías decirme cuando has llegado a casa?

Nicole lo miró vacilante.

—Es algo sobre Molly. Estoy preocupada por ella.

—¿Está enferma? —preguntó Michael con expresión de pánico.

—No, al menos no lo creo —desvió la mirada.

Michael la tomó por la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—De acuerdo, di lo que tengas que decir, no voy a enfadarme.

Nicole exhaló entonces un largo suspiro y le habló de Molly.

—Uno de los pequeños ha subido al piso de arriba de la casa del rancho cuando yo estaba preparándoles la merienda. Las escaleras terminan justo en la habitación de Molly. Al subir a buscar al niño he visto que Molly tenía las maletas encima de la cama, abiertas y con todo perfectamente doblado. Como si se estuviera preparando para marcharse...

Michael frunció el ceño y Nicole se interrumpió un instante.

—Y hay algo más —continuó diciendo—. Esta mañana, cuando la he visto, tenía los ojos hinchados y rojos. Estoy segura de que ha estado llorando.

Advirtió que Michael se quedaba con la mirada fija en el horizonte. Estaba segura de que sabía algo. Esperó en silencio, sin querer preguntar.

De pronto Michael se levantó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Voy a ver a Molly y a intentar arreglar esto, si todavía puedo. Después te contaré lo que ha pasado.

—De acuerdo —se dirigió con él hacia la camioneta, esperando que no viera reflejado el dolor en su rostro. Se había visto obligada a retrasar nuevamente el momento de decirle que no podía haber nada más entre ellos, que pronto tendría que marcharse.

Esperó a que Michael se alejara en la camioneta para sentarse en la hierba y llorar. Cuando cesaron las lágrimas, se levantó y fue al otro lado de la casa, donde esperaba encontrar a Cody. Pero no lo vio. Lo llamó, pero Cody no contestó.

En el establo, pensó, mientras se secaba las lágrimas. Tenía que estar en el establo.

Capítulo Doce

Michael se dirigió al rancho a toda velocidad, esperando terminar cuanto antes con aquel asunto para poder regresar junto a Nicole.

Habría preferido arrancarse una muela sin anestesia a tener que enfrentarse a Max, pero tenía que pensar en Molly. Si él había sido la causa de su dolor tenía que aclarar las cosas. Aunque eso significara ir a casa de Max y tragarse su orgullo.

Max Malone. Era sorprendente la cantidad de emociones que podía conjurar un solo nombre, pensó Michael. Había bastado la mención de aquel nombre para que se desahogara delante de Nicole. Ella había hecho bien al abordar aquella cuestión que podía afectar a sus vidas, pero el que hubiera sido capaz de hablar sobre ello no quería decir que hubieran cambiado sus sentimientos hacia Max.

Aun así, había algo que no podía negar: por sus venas corría sangre Malone. Algo que habitualmente procuraba olvidar.

Detuvo la camioneta cerca de la casa y salió. De momento, tenía que dejar todas aquellas cuestiones de lado y pensar solo en Molly.

Estaba sentado tras el volante, intentando armarse de valor para enfrentarse nuevamente a Max, cuando salió Billy de la casa.

—¿Qué haces por aquí? —le preguntó.

—Vengo a ver a Molly. ¿Sabes dónde está?

—Claro. ¿Quieres que vaya a buscarla?

—Sí, gracias.

Billy dio media vuelta y se dirigió hacia la casa. Al cabo de unos minutos, salía Molly con los ojos tan tristes e hinchados como Nicole le había contado.

Michael se acercó a ella y le dio un abrazo.

—¿Podemos ir a dar un paseo? ¿Tienes un rato antes de cenar?

—Todo el tiempo que quieras.

Durante un buen rato, estuvieron paseando sin decir una sola palabra.

—Molly... estás pensando en marcharte, ¿verdad?

Molly asintió lentamente.

—Sí. Mañana a primera hora. Pensaba ir a verte antes de irme, pero me alegro de que hayas venido tú. Así podemos hablar a solas.

—Te vas por culpa mía, ¿verdad?

Molly permaneció callada, con la mirada perdida. Aquel silencio era la respuesta que Michael necesitaba.

—Es por lo que le dije a Max. Por favor, Molly, tienes que decírmelo. Sé que dije cosas que no debía.

Continuaron andando en silencio. Al cabo de unos minutos, Molly miró a Michael.

—He tenido tiempo de pensar en ello, Michael, y te comprendo. Lo único que me gustaría ahora es ser capaz de decir algo que te hiciera cambiar tu opinión sobre Max. Tanto por tu bien como por el suyo.

—Y a mí me gustaría que lo consiguieras —dijo él, sorprendido por su propia respuesta.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Pero no puedo imaginarme qué podrías decirme.

—¿Quieres que lo intente?

Michael se encogió de hombros. Era lo menos que podía hacer: se lo debía.

Molly le tomó la mano y le condujo hasta la sombra de un enorme arce. Se sentaron en la hierba.

—Michael, es posible que te duela lo que voy a contarte, pero creo que ya es hora de que lo sepas. Me gustaría hablarte de tu madre, de cosas que ocurrieron hace muchos años, concretamente poco antes de que tú nacieras.

Michael se sentía incómodo, pero intentaba no demostrarlo. Imaginarse a su madre con Max... Exhaló un hondo suspiro y asintió, para que Molly continuara su relato.

—En primer lugar, quiero que sepas que tu madre quería a John a su manera. Era un hombre bueno, amable y un magnífico padre. Eran muy jóvenes cuando se casaron. Yo creo que tu madre todavía no sabía lo que quería, no sabía quién era. Lo único que sabía era que le gustaba trabajar de enfermera. Eso le daba la posibilidad de entregar toda la pasión que tenía en su interior —Molly lo miró y añadió con recelo—: En más de una ocasión lloró en mi hombro la muerte de uno de sus pacientes. No quiero decir nada en contra de tu padre, tú sabes lo mucho que lo quería.

—Lo sé —contestó Michael—. No te preocupes, Molly, puedes continuar.

—John no quería ni oír hablar de ese hospital. Cada vez que tu madre llegaba a casa llorando, le decía que dejara el trabajo, que él ya ganaba dinero suficiente. Pero no era eso lo que tu madre quería oír. Ella quería que la abrazara, que la consolara. Y tu padre tampoco era un hombre muy hablador. Así que tu madre se sentía sola muchas veces. Echaba de menos compartir esas cosas con él. Y eso nos conduce hasta Max. No pretendo decir que estuviera bien lo que ocurrió, pero quiero que sepas algo: fue tan doloroso para tu madre como para Max. Y no solo por el sentimiento de culpa, aunque después de aquella experiencia, bueno… Sé que no te va a gustar oír esto, pero ellos se amaban profundamente. Sin embargo, tu madre, tu querida y dulce madre, no podía marcharse. No era capaz de alejar a Taylor de su padre para marcharse al otro extremo del país.

Se detuvo un instante.

—Lo único que podía hacer por tanto era contarle toda la historia y esperar que no la condenara por ello. La verdad, Michael, si quieres que te sea sincera, es que yo pensaba que debía irse con Max. Era su alma gemela. Pero ella se negó. Nunca se lo habría perdonado si hubiera hecho una cosa así. De modo que se quedó. Y haciéndolo fue ella la que más perdió. No sabía que estaba embarazada cuando Max se marchó. Y cuando lo averiguó, supo que jamás podría decírselo. Ya habían sufrido demasiado. Cuando le dijo que no podía marcharse, Max aceptó su decisión. De hecho, le dijo que incluso la quería más por ello, por ser una persona tan buena. Hay algo más que deberías saber, Michael. Aquella no fue una aventura sórdida que tuviera lugar a espaldas de tu padre. Hubo antes una amistad que duró años sin que se dieran un solo beso. En solo una ocasión su relación fue más allá. Fue una noche en la que perdieron en el quirófano a un compañero de trabajo. Max estaba operando y tu madre era la enfermera. Acabaron agotados, con las defensas agotadas, y cometieron un error. Ya sabes cuánto les costó.

Michael no sabía qué pensar de aquella nueva información. El enfado ya no servía para describir los sentimientos que se agitaban en su interior. Confusión, frustración, quizá. No solo por él, sino también por sus padres. ¿Y por Max? ¿Sería posible sentir compasión por un hombre al que siempre había culpado de aquel

desastre?

—Molly, ¿por qué mi madre no me lo contó?

—Todavía eras muy joven cuando tu madre murió. Si hubiera vivido más, estoy segura de que te lo habría contado. Pero cariño, imagínate a Cody. Si fuera tu hijo, ¿se lo dirías ahora?

—No.

—¿Y a Billy, que tiene ya dieciséis años?

—No lo sé —probablemente no. La adolescencia ya era una edad suficientemente difícil.

—Y piensa en ello un momento. ¿Qué ocurriría si Cody fuera hijo tuyo, resultado de una sola noche? ¿Qué harías si él te evitara como si fueras la peste, si no fuera capaz de estar en la misma habitación que tú, si no te permitiera tocarlo, abrazarlo, o decirle lo que sientes?

Cody no era hijo suyo, pero sí podría serlo otro hijo de Nicole, puesto que la noche que habían hecho el amor no habían utilizado ningún tipo de protección. Aunque después se hubiera enterado de que estaba casada, le habría resultado muy difícil convencerse de que hacer el amor con ella había sido un error.

De modo que, ¿quién era él para juzgar a nadie?

Molly le tomó la mano.

—Sé que querías mucho a tu padre, pero Michael, ¿de verdad no hay una parte de ti a la que le gustaría conocer mejor a Max?

Michael no era capaz de mirar a Molly. Temía que ella adivinara la verdad. Una verdad para la que él todavía no estaba preparado.

—¿Temes ser desleal a tu padre? ¿Es eso?

Eso era exactamente lo que Michael sentía. Asintió lentamente.

—Es comprensible, cariño. Pero tu padre ha muerto, de modo que no puedes hacerle ningún daño. Ni siquiera a su memoria. Sus recuerdos quedarán para siempre grabados en tu corazón. Es posible que llegues a querer a Max sin que por ello tengan que cambiar tus sentimientos hacia tu padre. Son dos relaciones distintas, separadas. Cariño, me gustaría que le dieras a Max una oportunidad.

Michael desvió la mirada. Tomó una brizna de hierba y la partió en trocitos. Miró después a su tía.

—Lo quieres mucho, ¿verdad?

Entonces fue Molly la que desvió la mirada.

—Jamás te hería ningún daño, Michael. Ya has sufrido bastante en esta vida…

—Pero si lo quieres…

—Para mí tú eres lo primero. Igual que lo fuiste para tu madre.

Michael tragó saliva. Se sentía terriblemente egoísta. Cuatro personas lo habían antepuesto a sus deseos durante casi veintisiete años.

—Molly, si crees que puedes tener algún futuro con Max, deberías quedarte para averiguarlo.

—No puedo…

—Por favor, quiero que te quedes —como Molly lo miró dubitativa, añadió—: Sé que me va a llevar algún tiempo acostumbrarme a todo esto, pero quiero que te quedes.

—¿Estás seguro?

Michael sonrió, se acercó a ella y la abrazó.

—Estoy seguro. Y lo siento, Molly.

—No hay nada que tengas que sentir, cariño.

—Oh, claro que sí —suspiró y se levantó—. Y, ya que hablamos de esto, ¿te importaría excusarme con Max? Preferiría no tener que verlo, estando toda la familia en casa.

—El caso es que Max no está aquí. Ambos pensábamos que yo me iba a ir mañana por la mañana. Ya nos hemos despedido. Se ha ido a ver a unos pacientes al hospital y pensaba pasar la noche allí. Pero te aseguro que le hablaré de nuestra conversación.

—Por supuesto. Y también puedes decirle que me siento como un canalla por haber dicho las cosas que dije.

Molly le estrechó la mano.

—Él te comprende, cariño. Puedes estar seguro.

Michael entró en la cocina. Se sentía emocional—mente agotado y la melancolía empezaba a apoderarse de él. La mesa ya estaba puesta y Nicole, en cuanto lo vio, sacó una fuente del horno y la llevó a la mesa, donde ya estaba sentado Cody.

Michael hizo algunos intentos para mantener la conversación durante la cena, pero comer fue lo único que realmente pudo hacer. Afortunadamente, Cody se encargó de llenar los largos silencios. Les estuvo contando todo lo que había hecho con los Malone y el susto que le había dado a su madre aquella tarde escondiéndose en los

establos.

Michael lo escuchaba recordando lo que le había dicho Molly. Sentía de pronto la necesidad de sentar a aquel niño en su regazo y decirle lo importante que había llegado a ser para él.

Después de la cena, Nicole le pidió a Cody que se fuera a otra habitación para que pudieran ellos limpiar. Michael sabía que quería saber lo que había ocurrido, pero él no estaba preparado para hacer nada más que un breve resumen. Tenía demasiadas cosas en las que pensar. Y estaba seguro de que Nicole sabía cómo se sentía.

—Max no estaba —dijo por fin. Nicole dejó de llenar el lavavajillas y lo miró—: Pero he hablado con Molly y me ha prometido que se va a quedar.

—Oh, Dios mío. Cuánto me alegro. Parecía tan feliz aquí...

Michael sabía que estaba esperando que le contara algo más, pero no podía. Todavía no.

—Estaba pensando en salir a dar una vuelta con Mae. ¿No te parece mal?

—¿Estás bien?

Michael asintió lentamente.

—Solo necesito pensar —como Nicole parecía preocupada, posó la mano en su hombro—. No en nosotros, sino en Max, y... y en todo.

—Michael, tenemos que hablar.

—Lo sé. Y hablaremos pronto, te lo prometo. Pero si no te importa, preferiría que no fuera esta noche.

Nicole bajó la mirada y continuó llenando el lavavajillas.

—De acuerdo.

Michael la observó un momento. No podía decir si se sentía aliviada o desilusionada.

—Nicole, lo siento. Pero esta noche necesito estar solo.

Nicole forzó una sonrisa.

—No te preocupes, Michael. No pasa nada, de verdad.

Michael vaciló un momento y salió de la casa, sin comprender por qué Nicole no parecía más contenta aquella noche. Ya le había pedido disculpas por su conducta y pensaba que había manejado la conversación sobre su pasado bastante bien. No la había juzgado, ni su opinión sobre ella había cambiado.

Ensilló a Mae y la sacó del establo, preguntándose en todo momento si estaría o no cometiendo un error al no quedarse con Nicole aquella noche. ¿Por qué estaría tan tensa? ¿Estaría cuestionándose sus sentimientos hacia él?

Capítulo Trece

La semana transcurrió rápidamente. Billy pintó los techos y Nicole terminó con las molduras e hizo grandes progresos empapelando el piso de arriba. La joven trabajaba durante largas horas, como si su única misión en la vida fuera terminar de restaurar aquella casa en un tiempo récord. Michael admiraba su fortaleza, pero eso no les dejaba ningún tiempo para hablar. Después de la cena, Nicole le leía un cuento a Cody y caía agotada en la cama. Si Michael no la conociera mejor, habría dicho que estaba evitándolo.

El sábado, Michael estaba cambiando algunas tablas de madera del exterior de la casa, con intención de pintarlas. Aunque hacía calor, prefería trabajar fuera. Aquello le permitía pensar. En Max, en su padre, en su madre. Y, siempre, en Nicole y en Cody.

Todavía no había hablado con Max. Ni tampoco le había repetido su conversación con Molly a Nicole. Afortunadamente, ella no lo había presionado. Seguramente, sabía que hablaría con ella cuando llegara el momento adecuado. Y Michael comenzaba a tener la sensación de que aquel momento estaba ya cerca.

A última hora de la tarde, Michael dejó sus herramientas y se acercó a ver a Nicole y a Billy, que estaban todavía trabajando. Los tres habían trabajado durante siete días seguidos y el aspecto de la casa había mejorado de forma considerable. Estaba convenciéndolos de que se tomaran el día siguiente libre, cuando Nicole le puso una condición:

—Solo si vienes con Cody y conmigo por la mañana a la iglesia.

Era extraño, pensó Michael. Nunca le había sugerido nada parecido. ¿Pero por qué no?

—De acuerdo. Trato hecho. Pero solo si me prometes que durante todo el día lo único que harás será relajarte.

—En realidad estaba pensando en ir con Cody a ver a Mabel. Hablé ayer con Walter y ya está en casa. Creo que Cody es la medicina que ahora necesita.

Se despidieron de Billy, que se marchaba en aquel momento de la casa, y Michael dijo:

—Seguro que tienes razón —le resultaba difícil no mostrar su desilusión. Esperaba que pudieran pasar el día juntos.

—Billy ha estado poniéndome el coche a punto. Dice que podrá

aguantar el viaje perfectamente, así que a lo mejor podemos ir separados a la iglesia.

—¿Estás segura? ¿No quieres llevarte la camioneta? Incluso puedo llevarte yo a ver a Mabel.

—Si no pongo en marcha ese viejo Chevy, terminará estropeándose. En cuanto a lo de llevarnos, te lo agradezco, pero estoy segura de que te aburrirías. Seguro que tienes muchas otras cosas que hacer.

Sí, las tenía. Y la primera de ellas era pedirle disculpas a Max. Pero volvía a tener la sensación de que Nicole lo estaba evitando.

A pesar de las dudas de Michael, al día siguiente fueron a la iglesia en coches separados. Todos los Malone estaban allí, incluido Max, que no se separaba de Molly. Aunque le costaba, Michael hizo el valiente esfuerzo de mostrarse amistoso.

Después del servicio, mientras la familia saludaba a otros vecinos de Joeville, Molly le dio un enorme abrazo a Michael y susurró:

—Me gustaría pasar a hacerle una visita a casa de Taylor. ¿Podrías llevar a Max al rancho?

Ah, en ese momento Michael lo comprendió todo. Aquello era una conspiración. En primer lugar, Nicole le decía que prefería ir sola a ver a Mabel y después Molly le salía con aquello. A pesar de su incipiente enfado, cuando vio que todo el mundo se marchaba sin prestarles la menor atención ni a Max ni a él, no pudo evitar una carcajada.

—¿Estás pensando lo que yo estoy pensando? —preguntó Max, cuando el último coche de la familia abandonó el aparcamiento.

—Me temo que sí.

Se sentaron juntos en la camioneta. Un tenso silencio se extendía entre ellos.

—Desde allí hay una bonita vista del valle —comentó Max, señalando una cordillera situada hacia el sudeste—. Es uno de los lugares favoritos de Josh. Él y Taylor van de vez en cuando por allí. Es un paraje tranquilo, un lugar para hablar… sin ser interrumpidos.

Michael puso la camioneta en marcha y condujo en aquella dirección. La disculpa no tardaría en llegar. ¿Pero encontraría él las

palabras adecuadas? ¿Sería capaz de hacer las paces con aquel hombre?

Cambió de velocidad para que la camioneta subiera hasta alcanzar el collado con la magnífica vista que Max había prometido. Apagó el motor y salieron ambos de la camioneta.

Tras varios minutos de incómodo silencio, Michael fue el primero en comenzar:

—Sobre lo que ocurrió aquel día en el establo... Sé que me comporté incorrectamente. Lo siento.

—Disculpa aceptada.

—¿Molly te contó...?

—Todo, sí.

Michael suspiró pesadamente. “¿Y ahora qué?”, se preguntó. ¿Qué podía decirle a un hombre que era, al mismo tiempo, un desconocido y su padre?

—Michael... Soy consciente de que John fue tu verdadero padre, el hombre que te crió y amó. Créeme, lo comprendo perfectamente.

Michael notó un dolor en los ojos de Max que no parecía tener nada que ver con lo que estaba ocurriendo en ese momento.

—Quizá ayudaría que te explicara algo —Max tomó aire antes de continuar—. Esto ya no puede continuar siendo un secreto y ya se lo he consultado a Shane. A él no le importa que hablemos de esto.

—¿A Shane? No lo comprendo.

—En primer lugar, quiero que sepas que le pedí a Taylor que no dijera nada hasta que ambos pensáramos que era el momento más adecuado para decírtelo. Y en segundo lugar, no quiero que pienses que lo que voy a contarte es una excusa para justificar mis errores.

—De acuerdo —dijo Michael, más confundido que nunca.

—¿No te importa que comience por el principio?

—Por favor, hazlo.

Max suspiró pesadamente antes de comenzar.

—Mi mujer era hija única, la hija de un rico industrial de Denver. No creo que Christine tuviera la menor idea de lo que podía ser la vida en un rancho de Montana. Yo hice todo lo que pude para explicarle lo sola que podía sentirse, con lo acostumbrada que estaba a llevar una activa vida social, pero ella me aseguraba que parecía muy romántico. En realidad, creo que lo único que le

parecía romántico era que yo fuera cirujano. En cualquier caso, cuando me trasladaron a un hospital de Michigan, quise que viniera conmigo, pero ella ya estaba decepcionada con la vida que le tocaba vivir como esposa de un médico, así que decidió quedarse aquí. Fue entonces cuando tuvo su primera aventura. No estoy seguro de cuántas hubo después, no se lo pregunté. La primera me dolió tanto que no quise saber nada más.

Max se detuvo. Parecía repentinamente afligido.

—Lo siento, estoy divagando. Lo que me gustaría que supieras es que un año antes de que vinieras por primera vez aquí, Shane se enteró de que yo no era su padre biológico.

Michael no sabía que decir. El tema era terriblemente doloroso.

—¿Tú lo sabías?

—Lo supe desde el principio.

—¿Antes de que mi madre y tú...?

—Sí —Max le sostuvo la mirada—. Pero lo que sucedió con tu madre no era una forma de salvar mi orgullo herido. Tienes que creerme. Además, para entonces Christine ya había muerto. Se suicidó. Otra de las cosas de las que me sentiré culpable durante toda mi vida.

—¿Pero por qué vas a sentirte...?

—Debería haberme dado cuenta de que era demasiado frágil para llevar esta clase de vida. Debería haber vendido el rancho y haberme quedado en Denver.

—Pero este rancho ha pertenecido a tu familia durante generaciones. No podías vendérselo a unos desconocidos.

Max alzó la mirada y sonrió.

—A cinco generaciones. Y me alegro de que seas capaz de comprender lo que sentía por este lugar.

—Claro que te comprendo. Yo no llevo ni un año viviendo aquí y cada vez se me hace más difícil pensar en vender la casa.

Era verdad. Aunque todavía no se lo había dicho a nadie. Pero desde que él y Nicole... Sacudió la cabeza, intentando volver a concentrarse en Max.

—Mira, Michael, sé que siempre pensarás en John como en tu verdadero padre, pero quizá con el tiempo yo pueda llegar a ser algo más. No sé como llamarlo. ¿Un amigo quizá? Me resulta tan...

—¿Extraño?

—Sí, supongo que sí. Por ahora, me conformaría con que pudieras perdonarme.

—Por supuesto —dijo Michael, advirtiendo la ronquera de su propia voz. Pero en el fondo sabía que las cosas ya habían ido mucho más lejos que un simple perdón.

Cuando regresaron al rancho, Max invitó a Michael a quedarse a comer y este aceptó. Lo único que le faltaba ya era que Nicole y Cody estuvieran allí para disfrutar con él de aquel momento.

Durante el postre, después de pasarle una fuente de bizcochos, Billy le preguntó:

—¿Cuándo crees que podremos empezar a pintar el exterior de la casa?

—Oh, dentro de unos días, supongo.

—Yo no voy a trabajar el sábado, si quieres puedo echarte una mano —comentó Ryder.

—Lo mismo digo —añadió Shane.

—Y yo —se sumó Josh.

—Yo podría preparar el almuerzo —se ofreció Jenny.

—Y yo encargarme de los niños —dijo Hannah.

Max, Molly, Taylor y Savannah también se ofrecieron a trabajar.

Michael los miró emocionado. Estaba verdaderamente conmovido.

—No sé que decir. A mí me habría costado semanas hacerlo solo —miró los rostros sonrientes que lo rodeaban—. ¡Acepto! El sábado será el gran día —contestó, pensando que era un tipo con suerte.

Nicole detuvo el coche y suspiró aliviada al ver la camioneta de Michael. Tenía los nervios destrozados después de haberse pasado el día mirando por el espejo retrovisor, esperando ver en cualquier momento un Cadillac negro. Después de la conversación sobre Robert y las pesadillas de Cody, se imaginaba a su ex marido acechándola en cada esquina. Y llevar a Cody al pueblo le parecía de pronto terriblemente arriesgado.

Al bajar del coche sintió que retornaba la tristeza. La casa pronto estaría acabada y ya no tendría excusa. Si hubiera alguna forma de que pudiera quedarse allí para siempre... ¿Pero qué

ocurriría si Robert la encontraba y los tribunales decidían que tenía derecho a ver a su hijo? No podía soportar la idea de que Cody pudiera pasar ni un solo segundo con aquel animal.

Michael salió al porche y Nicole se obligó a dejar de lado su sombrío humor. Estaba en casa y de momento tanto ella como Cody estaban a salvo.

Observó que Michael se acercaba a ella y deseó gritar. ¿Durante cuánto tiempo podría seguir guardando la distancia con un nombre que era todo para ella?

Cody saltó del coche.

—¿Puedo ir a ver los caballos, mamá?

—Claro, grandullón —lo observó correr hacia el establo, deseando que jamás tuviera que marcharse de allí.

—¿Qué tal está Mabel? —preguntó Michael, tomándola de la mano y llevándola hacia el columpio del porche.

—Mucho mejor —se sentó a su lado, intentando no regodearse con aquel contacto—. ¿Qué tal te ha ido a ti el día?

—Oh, yo diría que por lo menos tan bien como lo habías planeado —le estrechó la mano.

Era absurdo fingir que no sabía sobre qué le estaba hablando, así que preguntó:

—¿Y me vas a contar lo que ha pasado?

—Más tarde, cuando Cody se haya acostado.

En realidad, a ella le habría resultado mucho más fácil que lo hiciera a la luz del día, pero no podía decírselo.

—De acuerdo.

—¿Y adivinas lo que va a pasar el sábado? ¿O también sabes eso?

Nicole le dijo que no lo sabía, de modo que él le contó que la familia en pleno se había ofrecido para pintar la casa. Pero Nicole lo oía en la distancia; su mente y su corazón estaban volcados en la delicada sensación de sus dedos entrelazados. Sin soltarle la mano, Michael se levantó, bajó los escalones del porche y desde allí contempló la casa.

—Es una suerte que repararan el tejado hace un par de años, pero no me gusta nada el color. ¿De dónde demonios sacarían esas tablas con motas violetas?

Nicole tragó saliva, intentando deshacer el nudo que tenía en la

garganta.

—A mí me gustan. Además, hay muchas casas victorianas que llevan el nombre de algún color.

—Pero yo preferiría cambiar el que da nombre a esta. No quiero dejar así el tejado.

—He estado pensando en ello.

—¿Y por qué será que no me sorprende?

Oh, Dios, Nicole adoraba aquella sonrisa.

—¿Qué te parece pintar la fachada de color gris muy claro, las molduras, las ventanas y el porche de color blanco y las contraventanas y algún que otro detalle de color violeta, para que la casa pueda seguir llamándose Purple Palace?

Nicole lo observó pensárselo y asentir. Y, de pronto, la estrechó contra él y le dio un beso en la frente.

—No sé qué habría hecho si no hubiera sido por ti. Ni cuánto tiempo habría tardado en arreglar todo esto.

Nicole sonrió, intentando parecer natural.

—Y probablemente tengas razón —entraron en la casa de la mano. Michael sacó una jarra de limonada del refrigerador y sirvió un par de vasos.

—Supongo que también tendrás alguna idea sobre las alfombras.

—Sí, he pensado...

—Cualquier cosa me parecerá estupenda. Puedes ir encargándolas ya. De hecho, creo que deberías hacerlo esta misma semana, así estarán aquí para cuando hayamos terminado de empapelar.

Nicole forzó una sonrisa.

—Hay algo que he olvidado decirte: soy muy buena en mi trabajo, pero no muy rápida.

Michael le brindó una enorme sonrisa.

—Lo sé. Y así es como me gusta.

Nicole gimió para sí y apuró el vaso de limonada. ¿Durante cuánto tiempo podría seguir viviendo bajo el mismo techo que aquel hombre sin volverse loca de deseo?

Después de que Cody se durmiera, Nicole salió al porche, el lugar en el que había compartido con Michael tantos sueños y

secretos. Lo había evitado durante cerca de una semana, pero aquella noche se preguntaba si no habría llegado ya el momento de comunicarle su decisión.

Quizá pudiera esperar hasta el sábado, después de que terminaran de pintar. Michael esperaba ilusionado ese día y no quería estropeárselo. Sí, quizá fuera mejor que esperara un poco más.

Había una ligera brisa, el anuncio de las noches más frescas que estaban ya a punto de llegar. Michael se sentó en el columpió y abrazó a Nicole. Sin ningún tipo de preámbulo, comenzó a contarle su conversación con Molly y su encuentro con Max. Michael le explicó que necesitaba tiempo para averiguar cuáles eran sus sentimientos hacia Max y hacia su madre antes de poder enfrentarse a cualquier tipo de relación en el futuro.

Nicole comprendía perfectamente lo que estaba insinuando. Pero por mucho que ella lo deseara, no podía quedarse, no podía decirle lo que él quería oír: que ella también había sido capaz de olvidar su pasado. Mientras Robert estuviera en la calle, su futuro siempre sería incierto. Y si en algún momento se acercaba a Joeville y descubría que ella estaba allí, tendría que huir para no volver jamás.

Le bastaba pensarlo para sentirse enferma. Y no solo por miedo de lo que Robert pudiera hacerle a Cody, sino por la perspectiva de vivir sin Michael.

Al cabo de unos minutos, dijo que estaba cansada y se disculpó. Inmediatamente vio reflejada la desilusión en la mirada de Michael. Y no quería ni imaginarse lo que vería cuando le dijera definitivamente adiós.

Capítulo Catorce

El sábado hizo un calor implacable, pero todos trabajaron con eficiencia. Para el medio día, ya habían terminado de dar la primera capa de pintura.

Hannah mantenía a los niños ocupados mientras la tarde transcurría y los últimos colores de la casa comenzaban a cobrar vida. A última hora, se oyeron unos truenos a lo lejos, pero la pintura estaba secando rápidamente y todavía no había caído una sola gota de lluvia.

Terminaron el trabajo con la puesta de sol. Billy y Ryder fueron a comprar unas cajas de pizzas a Joeville y estaban todos tan hambrientos que en cuestión de minutos habían desaparecido. Mientras cenaban, observaban cómo iba escondiéndose el sol tras la masa de nubes que asomaba por detrás de las montañas. Algunos miembros de la familia estaban tumbados en la hierba, en frente del porche, otros sentados en los escalones de la entrada... Hannah, Molly y Max, permanecían cómodamente sentados en las mecedoras del porche.

Durante todo el día, Nicole había sentido el calor y la camaradería de los Malone. De vez en cuando, miraba a Michael, y sabía que por fin había hecho las paces con Max. A la larga, incluso llegaría a sentirse orgulloso de pertenecer a una familia tan adorable.

Un raro sentimiento de envidia turbó su calma. Michael tenía dos familias que lo querían. Y se preguntaba si su propia familia la habría olvidado a ella por completo. Si lo habían hecho, ella era la única culpable de lo ocurrido. Había sido ella la que los había desafiado, la que se había escapado de casa.

Nicole se enderezó en los escalones y alzó la mirada hacia Hannah. Esta estaba mirando hacia el cielo y sacudía la cabeza con pesar.

—No tiene muy buen aspecto. Dios sabe cuánto necesitamos esas lluvias, ¿pero qué va a pasar con la casa?

—La pintura ya está seca —replicó Max—. Un poco de lluvia no le hará ningún mal.

Molly fue la primera en levantarse a recoger platos y servilletas. A los pocos segundos, todo el mundo la estaba imitando. Los truenos se oían cada vez más cerca.

Nicole se llevó a los niños a la cocina y les sirvió una buena ración de helado. Cody era el único que no era un Malone, pero todos lo trataban como si lo conocieran desde siempre.

A Nicole le encantaba verlo con sus nuevos amigos y aunque sabía que no iban a poder quedarse, agradecía al cielo que los hubiera enviado hasta allí. En aquel lugar habían encontrado amistad, amor, y, sobre todo, seguridad, la sensación de estar a salvo.

Michael se acercó entonces a ella.

—¿Te puedes creer que lo hayamos terminado todo en un solo día? —le preguntó asombrado—. Ya le he dado las gracias a todo el mundo, pero no me parece suficiente.

—Claro que es suficiente.

Michael la miró. Su mirada vagaba desde sus ojos a su boca. Se inclinó hacia ella, y Nicole supo que estaba a punto de besarla. Ella también se acercó...

—¡Oh, no! —el grito de Hannah les hizo separarse sobresaltado. Vieron que el ama de llaves se levantaba de un salto, cubriéndose la boca con la mano y Señalaba hacia la ventana—. ¡Mirad!

Nicole vio el resplandor rojizo y contuvo la respiración. Hacía rato que se había puesto el sol. Y, por mucho que quisiera negarlo, ya solo había una explicación para lo que estaba viendo.

Ryder corrió al teléfono y comenzó a marcar un número desesperado.

—¿Whitey? Soy Ryder Malone. Estoy en Purple Palace, viendo un incendio que se dirige hacia aquí —escuchó con atención—. Magnífico, estaremos vigilándolo —colgó el teléfono y le explicó a Michael—: Alguien había visto antes que nosotros el fuego y ya están dos camiones en camino.

—¿Será suficiente? —preguntó Michael, preocupado.

—Es lo único que tenemos —Ryder posó la mano en su hombro —. No te preocupes, hermanito. Sabemos lo que hay que hacer.

Michael lo miró a los ojos. Era la primera vez que lo reconocían explícitamente como a un hermano. Y pensaba que no era una coincidencia que Ryder hubiera elegido aquel momento. Era como si le estuviera diciendo “somos tu familia y te protegeremos”. Josh se acercó a ellos.

—Voy a montar en la avioneta para comprobar la dirección y la extensión del fuego. Mantén la radio encendida.

—Buena idea —dijo Shane—. Billy, ven conmigo. Avisaremos a los trabajadores del rancho y prepararemos el equipo. Allí esperaremos noticias tuyas.

Michael se sentía indefenso al lado de los demás, que parecían tan eficientes y seguros. Corrió tras ellos, que salían ya por la puerta.

—¿Qué puedo hacer yo? Dadme un trabajo, cualquier cosa.

Shane señaló hacia Ryder.

—Vete con él. Necesitará ayuda.

Michael agarró a Ryder del brazo.

—¿Y que me dices de las mujeres y los niños? ¿Crees que aquí estarán a salvo? —Michael se encontró con los aterrados ojos de Nicole. El fuego estaba cada vez más cerca.

Max se acercó a ellos.

—Estarán a salvo, al menos hasta que yo vuelva. Entonces sabré si es necesario o no evacuarlos.

—¿Volver de dónde? —preguntó Ryder angustiado.

—Del rancho. Quiero ir a buscar algunos medicamentos por si son necesarios. No tardaré mucho —Max pasó por delante de Ryder y Michael, mientras les advertía por encima del hombro—. Veinte minutos. No tardaré más.

Nicole corrió entonces al lado de Michael.

—Vete tranquilo, estaremos bien. Solo dime lo que podemos hacer aquí.

Si Michael había tenido dudas sobre sus sentimientos hacia aquella mujer, en aquel momento se desvanecieron. Si algo les sucediera a ella o a Cody... Miró a su alrededor y observó los rostros preocupados de las mujeres y los niños.

—¿Creéis que podemos dejarlos solos? —les preguntó a los hombres.

Hannah lo miró con los brazos en jarras.

—Claro que podemos. Que seamos mujeres no quiere decir que seamos inútiles. Y ahora, ¡largo de aquí!

Michael sonrió y mientras abrazaba a Nicole para despedirse de ella, le susurró al oído:

—Si el fuego se acerca, saca a Mae del establo —retrocedió y,

tras dirigirle a Nicole una última mirada, salió corriendo detrás de Ryder.

Nicole puso a las mujeres en acción; reunieron todas las pinturas que habían sobrado y las cubrieron de agua. En cuanto terminaron, encontraron una serie extra de mangueras con las que empaparon el establo y el tejado de la casa.

Mientras Savannah y Taylor ayudaban a sujetar la manguera, Jenny estuvo haciendo fotos de la casa y del fuego. Aunque ninguna de ellas perdía de vista el peligro que el fuego suponía, todas encontraban extrañamente bello el paisaje bajo aquella luz volcánica.

Estaban terminando de mojar el tejado cuando vieron llegar a uno de los camiones. Nicole soltó la manguera y corrió hacia ella.

—¡Hola, señoras! —le gritó el conductor por la ventanilla—. Veo que ya han terminado con el tejado.

—Pensaba que iban a venir dos camiones —replicó Nicole.

—Claro que vienen dos. Pero el otro camión se ha unido a los coches que salían de aquí.

—Lo siento —dijo Nicole, recordando de pronto las buenas maneras—. Me llamo Nicole —se presentó.

—Yo soy Whitey —contestó él, llevándose la mano al ala del sombrero—. Dirijo el equipo de bomberos voluntarios de Joeville. Y creo que deberíamos humedecer los alrededores de la casa. Después iré a llenar el depósito al lago que hay frente al rancho Malone. ¿Sabe si hay alguien que pueda ayudarme?

—Quizá encuentre a Max allí.

—Estupendo, Y ahora, quédense donde están y no se acerquen al fuego. Nosotros nos ocuparemos de ello. Y no se preocupen.

Pero Nicole estaba preocupada. Y estaba convencida de que también lo estaban las otras mujeres. Imaginaba a Michael y deseaba haberle podido decir lo que sentía por él. Quería que supiera que jamás había amado a nadie como a él y que estaba segura de que nunca podría volver a querer a nadie de la misma manera.

—¿Qué te parece Ryder? ¿Habías visto alguna vez algo así? —le preguntó Michael a Ryder mientras se dirigían hacia el rancho.

—No desde que era niño y desde luego nunca tan cerca.

—Pero podremos detenerlo, ¿no?

—Eso espero.

Y también Michael. La imagen del rostro de Nicole entre las llamas aparecían constantemente en su mente. Ojalá se hubiera quedado a su lado, para asegurarse de que estaba a salvo. Y ojalá le hubiera dicho lo mucho que la amaba y cuánto deseaba pasar el resto de su vida a su lado. Tragó la bilis que le subía a la garganta diciéndose, prometiéndose, que todavía estaba a tiempo de hacerlo.

Siguieron a Shane hasta la última colina. Michael la escuchó a ella y a Ryder organizando a los trabajadores y sintió un inmenso alivio. Pero mientras bajaban la colina, un sudor frío le empapaba la espalda. Los truenos eran cada vez más intensos y frecuentes. Y la línea de fuego estaba cada vez más cerca. Pero no llovía. Al cabo de un rato se oyó el zumbido de la avioneta de Josh sobre sus cabezas; el informe de la situación les llegó por radio segundos después.

En cuanto tuvo los datos que necesitaba, Shane dio la orden y los motores volvieron a ponerse en marcha. Las cenizas revoloteaban por el aire y llegaban hasta ellos oleadas de calor.

Michael se secaba el sudor de la frente asustado, pero la magnitud de lo que él y el resto del equipo fueron capaces de hacer en cuestión de minutos, aplacó sus miedos. Los tractores araban el terreno para formar una barrera contra el fuego mientras los tanques de agua se iban vaciando sobre él.

Trabajaban como si fueran un solo hombre. Tras proteger aquella zona, Shane ordenó que volvieran a las camionetas. Michael mismo se subió al lado de Ryder y le gritó, por encima del ruido del motor:

—¿Has visto a papá?

—¡Oh, no! —Ryder golpeó el volante y soltó un juramento.

Sin previa advertencia, el viento comenzó a formar pequeños tornados, a la vez que se iniciaba una ligera lluvia. La línea del fuego cambió de dirección, encaminándose directamente hacia el rancho Malone. Shane volvió a gritar y las camionetas se dirigieron hacia allí. Lo único que podían hacer ya era rezar para que no fuera demasiado tarde.

Michael condujo la camioneta de Ryder hasta que alcanzaron un desnivel de terreno. Bajó entonces y corrió hacia abajo, a la

velocidad que le permitía el pesado equipo de bombero. No le hacía falta mirar a Ryder para comprender el miedo que debía estar pasando.

Las llamas de la derecha devoraban hectáreas de tierra, acariciando ya la esquina del rancho. Michael recordó haber visto tres pequeñas cabañas cerca de aquí, y se preguntó si las habrían hecho recientemente los niños, o quizá años atrás sus… sus hermanos.

Sus hermanos. Sí, lo eran. Ya no podía seguir negándolo.

Capítulo Quince

Entonces llegó la lluvia. No una lluvia ligera, sino litros y litros de agua enviados por los cielos. En medio de la tormenta y a través de los limpiaparabrisas, distinguieron por fin el perfil del rancho y ambos soltaron un aullido de alegría.

Pero cuando se detuvieron detrás del todoterreno de Shane, solo los recibió el crepitar de los árboles que el fuego había convertido en cenizas.

—Papá tiene que estar en alguna parte. Tiene que estar.

La desesperación que reflejaba la voz de Ryder era un eco de los propios sentimientos de Michael. Michael se reclinó en el asiento y cerró los ojos. El miedo a lo que pudieran encontrarse lo mantenía aferrado a la puerta, sin moverse.

Cuando abrió los ojos, vio que se acercaba el segundo camión de bomberos hacia ellos. Whitey lo detuvo y del asiento de pasajeros bajó Max, cubierto de hollín de los pies a la cabeza.

Ryder salió corriendo a abrazar a su padre y Shane lo imitó.

Michael permanecía sentado en su asiento con una mezcla de miedo y otros sentimientos que lo aturdían. A través de la lluvia, observó y esperó hasta que Max alzó la cabeza. Entonces sus miradas se encontraron y comprendió hasta qué punto había perdonado a Max. Max ya no era simplemente un buen hombre: era otro padre que había encontrado un hueco en su corazón.

Cuando llegaron a Purple Palace, un periodista y un fotógrafo estaban entrevistando a Jenny. Uno por uno fueron llegando, los hombres y las mujeres corrían a abrazarlos. El fotógrafo tomaba fotos del feliz encuentro mientras Nicole procuraba apartarse de las cámaras. Michael le dirigió una mirada de complicidad y la siguió.

En cuanto los periodistas se fueron, Ryder, Shane y Joshua sacaron a sus hijos, ya todos dormidos, de la casa, dejando allí únicamente a Cody. Michael y Nicole permanecieron juntos mientras se despedían de ellos. A Michael siempre le había gustado sentir a Nicole entre sus brazos, pero nunca tanto como en ese momento. Si algo le sucediera...

Pero no le iba a ocurrir nada. Estaba a salvo. Todos lo estaban. Incluso la casa se había salvado del fuego.

Michael posó la mano en las escaleras del porche. La pintura ya

estaba seca y la mayor parte del hollín había desaparecido.

—¿Sabes? Hasta que no he estado a punto de perderlo, no me había dado cuenta de cuánto significaba este lugar para mí. Después de lo que ha pasado, no puedo imaginarme vendiendo la casa a unos desconocidos, ¿y tú?

Nicole alzó la mirada hacia él.

—No, no puedo. Has trabajado tanto...

—Hemos trabajado —la interrumpió—. Tú has participado en todo el proceso —suspiró—. Pero si la conservo, tendré que vivir con muy pocos medios quizá durante mucho tiempo.

Esperaba que Nicole dijera algo, pero como continuaba en silencio, le rodeó la cintura con el brazo.

—Ven aquí. Quiero tenerte más cerca.

Nicole lo miró vacilante, confundida quizá. Y Michael le alzó la barbilla.

—Quiero sentir tu corazón latiendo contra mi pecho. Quiero abrazarte hasta quedarme sin fuerzas —la levantó en brazos, para llevarla al interior de la casa.

—Michael —susurró ella contra su cuello—. Estoy muy sucia.

—Yo también. Y me temo que tendremos que hacer algo al respecto, ¿no te parece?

—¿No querrás decir...? —se interrumpió al ver que Michael la conducía hacia el baño—. Pero Michael...

—No sabes cuánto agradezco que estés bien —susurró él—. No sé qué habría hecho si...

—Lo sé —lo interrumpió ella—. Pero no deberíamos...

—¿Hacer el amor? —no comprendía su vacilación en un día como aquel—. Mírame a los ojos y dime que no quieres hacerlo —Nicole desvió la mirada, pero él le hizo girar la cabeza—. Nicole, dime que no me deseas. Jamás te forzaría a hacer algo que no quisieras.

—Oh, Michael, claro que quiero hacerlo, pero...

—Pero nada, mi amor. Ya hablaremos más tarde. Ahora, solo déjame amarte —Nicole le rodeó el cuello con los brazos y cuando los labios de Michael encontraron su boca, lo besó como si ya nunca fuera a permitirle separarse.

Michael la desnudó rápidamente, se desprendió de sus ropas y, sin dejar de abrazarla, abrió el grifo de la ducha y se metió con

Nicole en la bañera. Allí la besó y abrazó hasta que el deseo le hizo levantarla en brazos para hundirse en ella y amarla con una urgencia ávida y primitiva, con un deseo que nada parecía saciar. Tenía la sensación de que podía estar haciendo el amor con Nicole durante toda la vida y que ni siquiera así tendría bastante. Y por la impaciencia que Nicole mostraba, esperaba que ella estuviera sintiendo lo mismo.

Sus besos, cada vez más profundos, imitaban el rítmico movimiento de sus cuerpos. Le robaban a Nicole suspiros de placer que a él mismo lo arrastraban hasta la locura.

Con solo su mirada, Michael le decía lo que sentía por ella mientras enjabonaba suavemente su cuerpo bajo la ducha. Nicole hizo lo mismo con él y a continuación ambos se enjuagaron bajo el agua fría.

Michael secó a Nicole y tras secarse él, envolvió a la joven en una toalla y la condujo a su dormitorio. Allí se sentó en la cama y la atrajo hacia él. Nicole dejó caer la toalla y se refugió en sus brazos; el amor que reflejaban sus ojos hizo revivir el deseo de Michael. En cuestión de segundos, estaban haciendo nuevamente el amor.

Nicole se aferraba a él con fuerza, sintiendo cómo su mundo escapaba a su control. Una parte de ella le decía que estaba siendo egoísta, que estaba empeorando la situación. ¿Pero qué podía ser peor que decirle definitivamente adiós?

Michael besaba su cuello y susurraba su nombre una y otra vez. Jamás en su vida había sentido Nicole tantas ganas de decirle a alguien que lo amaba, pero sabía que no podía hacerlo.

Sus cuerpos se mecían como si fueran uno y ella deseaba que aquello jamás se detuviera. Arqueó la espalda y sintió que Michael se deslizaba en su interior. Se sentía llena de él, pero, al mismo tiempo, no tenía suficiente. Quería más, mucho más. Tomó su rostro con ambas manos y lo besó, enredando su lengua en la suya. Si aquella iba a ser la última vez, quería que fuera la mejor. Deslizó las manos hasta el trasero de Michael y lo presionó contra ella, memorizando cada centímetro de su cuerpo, consciente de que pronto llegaría un momento en el que lo único que le quedaría de Michael sería su recuerdo.

Su deseo era insaciable. Gemía y ronroneaba de placer una y

otra vez. Michael lamió sus pezones y Nicole tembló. Todo su cuerpo suplicaba que lo liberara de aquella dulce tortura, pero ella se controlaba, consciente de que Michael no cesaría hasta que pudiera satisfacerla.

Al sentir que Nicole se acercaba al orgasmo, Michael comenzó a moverse más rápido. Nicole apretó los dientes. Michael deslizó entonces la mano entre sus cuerpos para poner en funcionamiento la magia de sus dedos al tiempo que se hundía más todavía en ella. Aquello fue la locura. Michael aceleró el ritmo de sus movimientos, su respiración agitada se mezclaba con los jadeos de Nicole, hasta que ella sintió que la llenaba de placer. Nicole se aferraba a él, sintiendo las lágrimas deslizarse por su rostro.

Al cabo de unos minutos, Michael dio media vuelta, sin dejar de abrazarla.

Aquello había terminado. Ya no habría otra vez. Nicole permanecía bajo el calor de su abrazo, quería saborear cada segundo. Pero al final, la venció el cansancio y se quedó dormida entre sus brazos.

Las primeras luces del amanecer la despertaron. Al verse en la cama de Michael, pensó inmediatamente en Cody. No sería nada bueno para él averiguar lo que había pasado. De modo que se separó de Michael y comenzó a levantarse. Pero Michael la agarró por la muñeca.

—No te vayas todavía.

—Pero Cody…

—Lo sé, espera un momento.

Nicole se tumbó a su lado, apoyando la cabeza en su pecho.

Michael le dio un beso en el pelo y susurró:

—Tendremos que hacer algo con esto, ¿no crees?

Sí, claro que tendrían que hacerlo. Tenía que decirle cuanto antes que era imposible que pudieran disfrutar de un futuro juntos.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Tengo que terminar de poner el papel de la sala —contestó Nicole, sin atreverse a mirarlo.

—No, hoy no vamos a trabajar. En primer lugar, dormiremos un rato más. Y después, cuando Cody se despierte, prepararemos juntos el desayuno. Y podemos ir comer los tres al campo, ¿qué te parece?

—Suena estupendo, Michael —alzó la cabeza, le dio un beso en la mejilla y escapó rápidamente de entre las sábanas.

Cuando Cody llamó a la habitación de Nicole, esta tenía la sensación de que acababa de volver a dormirse, pero al mirar el reloj, se dio cuenta de que eran ya más de las diez. Le dijo a su hijo que bajara a la cocina y que se reuniría inmediatamente con él.

Triste y cansada, se puso la bata y salió al pasillo descalza. Cody estaba ya colgado al teléfono, hablando sobre el fuego. Le preguntó a Nicole que si podía ir a montar con Billy y los demás y ella le dio permiso. Le resultaría mucho más fácil hablar con Michael sabiendo que Cody estaba lejos.

Se estaba tomando una segunda taza de café, tras haberse despedido de su hijo y de Billy, cuando entró Michael en la cocina.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarse a llorar. Qué hombre tan bueno. No había hecho nada para merecerse el daño que ella le iba a hacer.

Le preparó su desayuno favorito, huevos revueltos con queso, mientras él se servía un café y se sentaba a la mesa. Al principio, la conversación se centró en los acontecimientos del día anterior, pero cuando Michael le contó cómo había superado por fin su enfado con Max, con su madre y con Roxanne y había vuelto a confiar en las mujeres, Nicole ya no fue capaz de controlarse y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus ojos.

Michael se acercó inmediatamente a ella.

—¿Te ocurre algo?

—He dormido muy poco, eso es lo que me ocurre —le tendió un plato con su desayuno—. Lo siento, Michael. Me alegro mucho por ti.

—¿Quieres acostarte un rato más?

—No. Pero sí voy a darme una ducha. Después prepararé la comida que nos vamos a llevar, ¿de acuerdo?

Michael le dio un beso en el cuello.

—Tómate todo el tiempo que quieras. Yo me encargo de limpiar la cocina.

Capítulo Dieciséis

Eran justo las doce del medio día cuando comenzaron a preparar la comida. Michael estaba metiendo las cosas en la cesta mientras Nicole lavaba la fruta y pensaba preocupada en la jornada que tenía por delante. Como iban a salir más tarde de lo que habían previsto, no tendrían mucho tiempo para estar solos, algo que agradecía. Lo que tenía que decirle ya era suficientemente doloroso como para tener que prolongar aquella tortura.

—Hace un bonito día —comentó—, ¿Por qué no vamos a dar un paseo hasta el río en vez de ir en camioneta hasta las montañas?

—Lo que tú quieras, mi amor.

Lo que Nicole quería era pasar toda su vida al lado de aquel hombre. Algo completamente imposible. Pero peor que su propio dolor, era el sufrimiento que iba a infligirle a él. Michael no le había dicho en ningún momento que la amaba, pero ella lo sabía.

En cuanto Nicole terminó de lavar la fruta, salieron de la casa y caminaron cerca de un kilómetro hacia el Norte. Encontraron un lugar en la sombra, entre dos álamos y al lado del río. Era el lugar perfecto, pensó Nicole con tristeza mientras extendían una manta en el suelo. Demasiado perfecto para dar una mala noticia.

Tras contemplar el paisaje con unos prismáticos, se sentaron en la manta y Michael sacó un par de copas que llenó de vino. Sostuvo la suya en alto y dijo:

—Por el amor de mi vida —y chocó su copa contra la de Nicole. Se miraron a los ojos mientras bebían. Nicole lo contemplaba pensando que de un momento a otro se le iba a romper el corazón. Había llegado el momento de decírselo. Intentó comenzar a hablar, pero Michael presionó un dedo contra sus labios y sonrió.

—Nicole, te amo. Creo que te quiero desde la primera vez que te vi en frente de mi casa y con esos ridículos tacones —dejó su copa en el suelo y le tomó la mano.

—Michael, yo...

—Chss. Quiero decirte algo más —se llevó la mano de Nicole a los labios, la besó suavemente y la miró a los ojos—: Quiero casarme contigo, Nicole. Y quiero pasar el resto de mi vida en esta casa, contigo y con Cody. Y si tú quieres, tendremos más hijos también. Sabes que será difícil y que no tendremos mucho dinero. Pero estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que seas feliz.

Nicole ya no pudo seguir conteniendo las lágrimas. Mientras Michael la acariciaba con ternura, quería decirle lo maravillosa que le parecía su propuesta, que no había nada que deseara más en la vida que lo que él le ofrecía. Lo miró a los ojos y vio reflejado en ellos todo el amor que Michael sentía.

—Michael… Michael, lo siento, pero no puedo casarme contigo.

En el camino de vuelta a Purple Palace, Cody observaba a Billy desmontando y examinando la pata de su pony.

—¿Está bien?

—Parece que sí. Solo se le está saliendo una herradura.

—¿Puedes seguir montando?

Billy se puso la mano sobre la frente para protegerse del sol y estudió el valle. Estaban a medio kilómetro de Purple Palace. Ató el pony al árbol y comentó:

—Iré hasta allí en tu caballo y luego volveré andando.

—Pero es un paseo muy largo.

—Hace un día muy bueno, no me importa —se acercó a Mae, y montó junto a Cody. El niño reía contento mientras iniciaban el descenso hasta la casa.

Nicole les había dicho que ella y Michael iban a ir en la camioneta de excursión, de modo que cuando Billy vio que tanto el coche como la camioneta estaban aparcados fuera de la casa, cambió de opinión.

—Acabo de acordarme de que tengo algunas cosas que hacer en el rancho. ¿No te importa hacer el resto del camino andando y prestarme tu caballo?

—Claro que no —dijo Cody, mientras bajaba.

—Esperaré hasta que te vea llegar a casa. Hablaremos más tarde, grandullón.

—Hasta luego —dijo Cody, comenzando a correr hacia la casa. Cuando llegó al porche, se volvió y lo saludó con la mano.

Billy agitó la mano y regresó cabalgando hasta el pony.

Nicole advirtió desolada la tensión que se dibujaba en el rostro de Michael.

—¿Qué estás diciendo, Nicole?

—Cody y yo tenemos que irnos.

La furia transformó la boca de Michael en una dura línea.

—¿Y pensabas decírmelo? ¿O preferías que me levantara una mañana y descubriera de pronto que ya no estabais?

—No, pensaba decírtelo hoy.

Michael la miró con incredulidad.

—¿Y lo que ocurrió anoche que fue? ¿Un último revolcón antes de marcharte?

—Intenté detenerte, pero...

—¿Por qué? —la interrumpió—. ¿Por qué tienes que marcharte?

—Por Robert. Antes o después nos encontrará y...

—Y no confías en que yo sea capaz de protegerte.

—No puedes estar vigilándonos durante veinticuatro horas al día, Michael.

—¿Y quién va a poder vigilarte cuando te vayas?

—Ese no es el problema.

—¿Entonces cuál es, Nicole?

—Tú quieres... Te mereces tener una esposa. Alguien que pueda echar raíces a tu lado. Yo no puedo hacer eso, Michael. En cuanto sepa que Robert ha estado cerca de aquí, tendré que marcharme. Tú no lo conoces —fijó la mirada en los campos de flores que se extendían hasta Purple Palace—. Se llevaría a Cody y yo jamás volvería a verlo otra vez. Tú te mereces otra cosa: una persona con la que puedas vivir siempre en esa hermosa casa. Y yo no... —entrecerró los ojos y se llevó la mano al pecho—: ¡Dios mío, no! Por favor, no —gritó.

—¿Que ocurre, Nicole?

Nicole se levantó precipitadamente y señaló hacia la casa.

—Un Cadillac negro. ¡Es él!

Comenzó a correr a toda la velocidad que sus piernas le permitían, pero a los pocos metros se torció el tobillo y cayó de bruces. Michael se agachó para tenderle la mano.

—¡Sigue tú! —le gritó Nicole—. Y ten cuidado. Es posible que vaya armado —Michael comenzó de nuevo a correr—. ¡Y si Cody va en ese coche, llama a la policía! Diles que persigan a un Cadillac negro. Su ocupante se llama Robert. Robert Campbell.

Michael prácticamente voló hasta el rancho. Nicole, ignorando el dolor de la caída, corría tras él. Pero la casa parecía estar a

cientos de kilómetros de distancia. Cuando por fin llegó a la puerta trasera, Michael estaba ya colgando el teléfono.

—¿Dónde está? —le preguntó desesperada—. Por favor, dime dónde está.

Michael se acercó a ella.

—La policía ya viene hacia aquí.

—¡Su caballo! ¿Has ido a ver si estaba su caballo?

—He llamado al rancho. Billy me ha dicho que dejó a Cody en la colina, pero que estuvo mirándolo hasta que entró en casa.

—Oh, no. Por favor, no —se dirigió hacia la puerta y se volvió. No sabía qué hacer—. A lo mejor ha intentado atraparlo. ¿Has visto en qué dirección se ha ido?

Michael sacudió la cabeza.

—No. Y ahora no podemos irnos. La policía llegará en cualquier momento.

—Entonces iré yo. Espera tú aquí.

Michael la agarró por los hombros.

—No, no te vas a ir. ¿Qué harías si te lo encontraras? Acabas de decirme que es probable que vaya armado.

—Oh, Michael. No puedo quedarme aquí y... —oyó que se acercaba una sirena y corrió hacia la puerta con la esperanza de que Cody llegara con la policía.

Pero el policía salió solo de su coche. Nicole se derrumbó contra Michael y contestó a las preguntas del policía sobre Robert.

—No hay muchos Cadillac negros por esta zona. No dejaremos que vaya muy lejos.

De pronto se le ocurrió algo a Nicole.

—¿Y si llamamos a Josh? Él tiene una avioneta. Podría sobrevolar la zona... Quizá así lo encontremos.

—Lo llamaré —dijo Michael, corriendo hacia el interior de la casa.

—Mientras tanto, señora, no se mueva de aquí. Nunca se sabe lo que puede pasar. Es posible que llame.

Con ayuda de Josh, el Cadillac fue localizado dos horas más tarde. Encontraron a Campbell a las afueras de Livingston. Solo. No había ninguna prueba de que el niño hubiera estado con él, aunque la maleta con ropa de niño que llevaba demostraba claramente sus

intenciones. Encontraron en su coche una pistola y suficiente cantidad de cocaína como para probar que estaba traficando otra vez.

De modo que Robert fue arrestado, pero Cody continuaba sin aparecer.

Michael permanecía sentado en los escalones del porche, con gesto de derrota. Todos los Malone se habían reunido allí, esperando instrucciones. Tanto Purple Palace como la propiedad de los Malone fueron divididas en diferentes zonas que iban a ser rastreadas por parejas. Billy permanecía separado de los otros, con la cabeza, gacha. Michael observó que Max se acercaba a él.

—¿Quieres que vayamos juntos a buscarlo?

El adolescente se volvió lentamente hacia él. Su rostro era el vivo retrato de la culpabilidad.

—Claro, abuelo.

Michael miró hacia la vieja campana que colgaba de un poste del patio. Hasta entonces lo había considerado como un simple objeto decorativo, pero en ese momento comprendió su utilidad.

—En cuanto alguno de vosotros encuentre a Cody, que vuelva y haga sonar la campana para que regresen todos los demás. Y por si acaso no la oís, regresad cada media hora.

Los equipos se dispersaron en todas direcciones, dejando a Nicole sola con Michael.

—No creo que pueda soportarlo —dijo ella, enterrando el rostro entre las manos—. Preferiría estar buscándolo que estar aquí sin hacer nada.

—Lo sé, cariño. Pero de esta forma estarás aquí cuando lo encuentren.

—¿De verdad crees que lo encontrarán? Y si Robert…

—No pienses eso. Cody está cerca de aquí, estoy seguro. ¿Recuerdas que siempre le decías que se escondiera en cuanto viera al hombre del Cadillac negro? Pues apuesto lo que sea a que eso es exactamente lo que ha hecho.

Pocas horas más tarde, oyeron que se acercaba un coche a toda velocidad. Iba Max tras el volante. Y del asiento de al lado salió Billy, agarrando a Cody de la mano.

Nicole corrió hasta el coche y se arrodilló frente a su hijo.

—Cody, Cody… —lo abrazó con fuerza y besó su fría mejilla.

—¡Mamá! Estaba muy asustado. Pero me escondí, como tú me dijiste.

—Eres muy valiente, jovencito. Te quiero, Cody.

Max se acercó a ellos.

—Parece estar bien, pero me gustaría examinarlo antes de marcharme.

—Por supuesto —dijo Nicole. Tomó a Cody en brazos y lo llevó hasta el sofá de la sala.

Oyó que Billy tocaba desde fuera la campana y sintió que su corazón bailaba de júbilo al ritmo de aquellos alegres tañidos. Su hijo estaba a salvo, Robert encerrado, y Michael permanecía a su lado. Michael, la roca en la que se había apoyado, el hombre que había sufrido casi tanto como ella la desaparición de Cody… Pero cuando recordó que había rechazado su propuesta de matrimonio y el dolor que lo había causado, volvió a sentir el escozor de las lágrimas.

Michael la abrazó, como si le hubiera leído el pensamiento.

Max se levantó entonces del sofá y se aproximó a ellos, que esperaban cerca de la puerta.

—Aparte de alguna que otra picadura de insecto, parece que está perfectamente, al menos físicamente. Pero vigiladlo de cerca. Ha sido un buen susto para un niño tan pequeño. Animadlo a hablar sobre lo que le ha pasado, a contaros cómo se siente —Michael lo escuchaba con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada. Max posó las manos en sus hombros y lo abrazó—. Tienes una hermosa casa, Michael. Y una familia más hermosa todavía. Espero que disfrutéis de muchos años de felicidad —hizo ademán de marcharse, pero Michael lo retuvo para devolverle el abrazo.

Nicole sintió que se deslizaba otra lágrima por su mejilla. Aquella parecía la noche de los milagros.

Capítulo Diecisiete

Después de acostar a Cody, Nicole se reunió con Michael en el columpio. Este estaba reclinado contra el respaldo, con la mirada fija en el cielo. Nicole no había olvidado la pregunta que le había hecho aquella misma tarde, pero en ese momento prefería que permanecieran en silencio, disfrutando de la tranquilidad de la noche de Montana.

Al cabo de un rato, Michael posó el brazo en sus hombros y suspiró.

—¿Y bien? —preguntó, dirigiéndole una sonrisa.

—¿Y bien qué?

—¿Ya estás preparada para darme una respuesta diferente?

Nicole sacudió la cabeza lentamente.

—Pero antes tengo que decirte algo.

Michael la miraba como si Nicole estuviera a punto de dejar caer una bomba.

—Te amo, Michael, más de lo que jamás había imaginado que pudiera amar a nadie.

Michael la abrazó y suspiró.

—Nicole, Nicole. Me has dado un susto de muerte. Pensaba que todavía había algún problema.

Nicole alzó la mirada y le acarició lentamente el cuello.

—Creo que ya hemos tenido problemas suficientes para toda una vida, ¿no te parece?

—Probablemente. Ya medida que vayan pasando los años, seguramente tendremos más. Pero siempre que los enfrentemos juntos, podremos superarlos —la sonrió con ternura—. ¿Eso significa...?

—Sí —dijo quedamente—. Acepto.

Michael la besó suavemente en los labios, la sentó en su regazo, como había hecho la primera vez que habían estado juntos y susurró:

—¿Sabes, Nicole? Esta noche todavía no han terminado la sorpresas —y, sin previo aviso, sacó un sobre y se lo tendió.

—Michael, ¿qué es esto?

—La última sorpresa de este increíble fin de semana. Venga, ábrelo.

Nicole abrió el sobre lentamente y comenzó a temblar.

Nuestra querida Nicole:

¿Cómo empezar a decirte cuánto sentimos haber permitido que estemos separados durante tantos años?

Cuando nos enteramos de que Robert había sido detenido, intentamos encontrarte, pero parecías haber desaparecido de la faz de la tierra. Sabemos que no deberíamos haber dejado pasar tanto tiempo. Te echamos mucho de menos, cariño. Y ahora ese joven, Michael, nos ha contado que tienes un hijo maravilloso. Nos rompe el corazón saber que tenemos un nieto al que ni siquiera conocemos.

Michael nos ha contado que estáis bien y a salvo. No sabes cuánto lo agradecemos y lo mucho que nos alegra saber que ese joven piensa pedirte que te cases con él. Jamás se nos ocurriría meternos en tu vida, pero pensamos que deberías aceptar su propuesta porque sabemos que ese hombre podrá hacerte feliz.

Nicole, ¿ crees que podrás perdonarnos alguna vez ? Nos encantaría veros a ti y a Cody. Y si va a haber una boda, nos encantaría ayudarte a prepararla.

Queridísima hija, no pasa un solo día sin que nos arrepintamos de lo que hicimos o nos culpemos por haberte conducido a una vida tan dolorosa. Lo sentimos mucho, hija, de verdad.

Con todo nuestro amor, ahora y siempre: Mamá y papá.

Nicole estuvo leyendo la carta una y otra vez, hasta que las lágrimas le impidieron continuar haciéndolo. Entonces la dobló lentamente y la metió en el sobre. Pestañeó con fuerza y alzó la mirada hacia el hombre que estaba a su lado.

—Michael, no sé qué decir. ¿Cómo...?

—Fue muy fácil. Fuimos a la biblioteca y consultamos en Internet. Iniciamos la búsqueda utilizando tu nombre de soltera y después el apellido de tu madre. Nos enteramos de que ahora están viviendo en Arizona.

—¿Cómo... cómo podré agradecértelo?

—Chss, ya lo has hecho —se inclinó hacia delante y la besó suavemente—. Has aceptado casarte conmigo.

Nicole se acurrucó en sus brazos.

—Es sorprendente cuánto han cambiado las cosas para los dos

en tan poco tiempo —dijo Michael—. Llegaste a este lugar sin tener la menor idea de lo que te podías encontrar. Y yo, cuando llegué por primera vez aquí, no sabía absolutamente nada de los Malone. Pensaba que me veían como… como al hijo bastardo de la familia. Yo solo quería que me vieran como a Michael Phillips: un hombre con su propia familia y su propia historia. Pero al cabo de un par de días… No sé en realidad cómo me veían. Quizá un poco como ambas cosas, que es lo que soy.

—Ambos somos muy afortunados —comentó Nicole, mirando la carta que tenía entre las manos—. Tenemos dos familias que se preocupan verdaderamente por nosotros.

—Aja —musitó Michael, estrechándola con fuerza entre tus brazos—. ¿Y crees que podremos tener todo preparado para que se conozca toda la familia para el Día del Trabajo?

Nicole lo miró, fingiendo absoluta sorpresa.

—¿Tanto vamos a tener que esperar?

Michael soltó una carcajada que vibró hasta en la última célula de Nicole. Pero entonces la joven oyó algo tras ella y al volverse descubrió a Cody en el marco de la puerta, con expresión asustada.

—Ven aquí, cariño. ¿Qué te ha pasado? ¿Has tenido una pesadilla?

El niño se sentó en el columpio y sacudió la cabeza.

—No estaba durmiendo. Estaba pensando en ese hombre malo. ¿Qué pasará si vuelve?

—No va a volver, Cody —contestó Michael—. Todavía tiene que pasar mucho tiempo en la cárcel.

—No quiero que sea mi padre —musitó Cody.

Michael se acercó entonces a él y esperó a que el niño alzara la mirada para decirle:

—Tengo algo que pedirte.

Cody lo miró con curiosidad.

—¿Sabes, Cody? Quiero casarme con tu mamá, y me gustaría saber si tú estás de acuerdo en que lo haga.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Entonces podemos quedarnos siempre aquí?

—Siempre.

Cody se arrojó a los brazos de Michael.

—Bueno —le advirtió Michael—, todavía no has contestado a mi pregunta.

Cody se separó de él y se puso a saltar emocionado:

—¡Sí, sí, sí! —de pronto se detuvo y dijo—: Me gustaría que fueras mi padre.

—Esa es otra de las cosas que quería preguntarte: ¿quieres que te adopte?

—¿Eso es lo que hizo Ryder con Billy?

—Exactamente.

Cody se volvió hacia su madre y le preguntó:

—¿Hoy es mi cumpleaños o algo parecido?

Nicole y Michael soltaron una carcajada. Cody los miró alternativamente y preguntó con expresión traviesa:

—¿Esta es la parte en la que tenéis que empezar a hacer cursilerías?

Nicole y Michael respondieron con una nueva y más sonora carcajada:

—Ahora mismo a la cama, jovencito.

Nicole lo observó correr hacia el interior de la casa. Sabía que tardaría algún tiempo en dormirse, pero también que estaba bien. Tenía muchas cosas en las que pensar y, gracias a Dios, todas ellas buenas. Michael la besó suavemente los labios:

—Entonces mi amor, ¿dónde quieres que hagamos la ceremonia?

—Aquí mismo, en el porche —respondió ella sin dudar—, donde nos enamoramos.